



NEWADULT



VICTORIA VÍLCHEZ

**SIEMPRE SERÁ
INVIERNO**

PARTE 2



EDICIONES **KIWI**

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, enero 2019

© 2019 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta

obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Parte 2](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A todos los que os gusta el invierno, y también a los que no; sin él, nunca apreciaríamos la belleza de la primavera.

Parte 2

1

—Tienes que hablar con tu hermano —le dijo la señora Donaldson.

—Lo he intentado, mamá, pero no me coge el jodido teléfono.

Sean llevaba dos días con el móvil pegado a la oreja. Primero había sido su madre la que lo había llamado muy alterada; le había costado al menos veinte minutos que se tranquilizase y le contara lo sucedido. Aun así, no había podido explicarle demasiado, ni siquiera ella sabía qué era lo que le ocurría exactamente a Cam.

Luego él se había dedicado a llamar una y otra vez a su gemelo, hora tras hora, sin obtener más respuesta que la de su buzón de voz.

—Cuida ese lenguaje, Sean —lo regañó su madre, sin perder ni un ápice de su sentido del decoro.

—¿No ha salido en todo este tiempo de su habitación? —inquirió, ignorando su comentario.

Sean empezaba a plantearse si no sería mejor coger un avión e ir él mismo a sacarlo a la fuerza. Escuchó a su madre suspirar, aquello la superaba.

—Solo un par de veces, pero ni me habla y...

No terminó la frase.

—¿Y qué, mamá?

Otro suspiro. Sean se armó de paciencia.

—Maverick estuvo ayer aquí. Le pregunté si sabía algo de lo que le había sucedido a Cam, si ellos... habían discutido o algo así. Pero no quiso decirme nada. ¿Están saliendo otra vez juntos, Sean? —Le sorprendió la pregunta. «¿Otra vez?» ¿Desde cuándo estaba su madre al tanto de lo de Cam y Maverick?—.

¿Crees que no lo sabía? ¿Que nunca me di cuenta de lo que sucedía entre ellos?

Sean no contestó. Resultaba irónico que Cam hubiera creído que nadie en su familia conocía su relación con Maverick y todos fueran conscientes de ella.

Se frotó las sienes, frustrado.

—Hay cosas de ella que Cam no sabe. Tal vez... —Se dio cuenta de que había hablado en alto y se apresuró a añadir—: Intentaré llamarlo de nuevo y ver qué puedo hacer. Si no, tendré que volver a casa.

Gracias a Dios, su madre no preguntó.

La charla no se alargó mucho más, no había demasiado que pudieran hacer mientras Cam se negara a hablar con ellos. Se despidieron, y la señora Donaldson regresó al piso superior y se detuvo frente a la puerta de Cam. No se oía ruido alguno, pero llamó de todas formas.

—¿Cam?

Pero Cam no estaba allí. Mientras su madre hablaba con su hermano, se había escabullido hasta el jardín trasero, llevado por una necesidad que no entendía ni él, y ahora se encontraba en la cabaña del árbol. Estaba furioso y, por un momento, se sintió tentado de destrozar a golpes todo lo que allí había solo para aliviar el dolor y la sensación de traición.

No quería hablar con Sean, ni con su madre, ni con nadie, menos aún con Maverick; la sola idea de enfrentarse a ella le rompía el corazón. ¿Por qué demonios había regresado? ¿Por qué había hecho resurgir en él sentimientos que creía olvidados?

El rostro de una pequeña niña pelirroja bailó frente a sus ojos durante unos pocos segundos, y su rabia se aplacó en parte. Era tan parecida a Aria y a la vez tenía tanto de Maverick que resultaba imposible que Cam la odiase; al contrario, en todo caso, aquella pequeña era su sobrina y no tenía culpa de nada.

Se desplomó sobre el colchón, abrumado. Tenía una sobrina; Sean era

el padre de una niña y Maverick su madre. Pensó entonces no solo en lo que suponía para él, sino en cómo asumiría Sean, y también Olivia, algo así.

Acababan de comprometerse, iban a casarse.

Se le escapó una carcajada cínica muy poco propia de él. Era como un jodido culebrón, solo que él era parte del enredo.

«Debiste quedarte en California», se dijo, aunque sabía que eso no hubiera cambiado las cosas.

Esa niña existía y no iba a dejar de hacerlo. Tampoco quería que fuera así, en otro momento Cam se hubiera sentido incluso ilusionado por la noticia. Pero él continuaba albergando sentimientos por Maverick que sabía que no desaparecerían así como así.

Sin embargo, las mentiras, su silencio durante años, la traición de su hermano... Eran demasiado para él. Había descartado por completo la idea de que Sean hubiera forzado a Maverick, eso sí que no podía ser verdad; ella misma lo había negado.

Le dolía el pecho, le escocían los ojos por todas las lágrimas que se había negado a dejar salir, y su mente, normalmente racional, no lograba hallar una forma de afrontar lo sucedido.

Baker Hills siempre había sido un lugar frío en invierno, pero en esos días a Maverick su clima le resultaba más inclemente que nunca.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó a Lily, su hija.

La niña había pasado gran parte de las fiestas arrastrando un resfriado. No estaba acostumbrada a las bajas temperaturas de Ohio, sino a la calidez de California, a la playa, la arena y el sol. La pequeña asintió, sonriendo, y Maverick le devolvió la sonrisa a pesar de todo. Ella era la razón de su regreso al pueblo.

—¿Podemos ir hoy a patinar, mami? —le pidió, esperanzada, y tosió un

poco, pero se puso la mano en la boca para disimularlo.

—Ya veremos, peque. Ahora ve a recoger tus cosas. Mañana regresamos a casa.

La niña no se movió.

—¿Vendremos más veces? —preguntó, de pie frente a su madre—. Me gusta Ohio, y la nieve, y el frío.

Sonrió, y Maverick vio en ella la sonrisa de los Donaldson, la veía cada día desde hacía seis años. Agarró a la pequeña y la sentó sobre sus rodillas.

—Creo que sí —le dijo, aunque no estaba segura de que así fuera.

—¿Aunque la abuela refunfuñe?

Maverick rio; incluso Lily se daba cuenta de que su abuela no era lo que se decía una anciana entrañable.

—Aunque la abuela refunfuñe —le aseguro, susurrándole al oído.

Le hizo cosquillas y Lily saltó de sus piernas al suelo, risueña y feliz, y se marchó escaleras arriba para preparar su equipaje.

Maverick permaneció largo rato en la cocina, sentada en una silla y con la vista fija en las vetas que formaba la madera de la mesa. Todo había salido mal; Cam no quería verla siquiera, y no podía olvidar cómo la había mirado, horrorizado, al comprender lo que había sucedido. Tampoco podía culparlo por ello.

—¿Os vais?

La voz de su abuela hizo que levantara la cabeza de repente; supuso que había estado escuchando la conversación.

—Sí, mañana. Tenemos que regresar ya.

Maverick no tenía demasiado claro si la mujer querría que volvieran a

visitarla o no, aunque en el fondo quería creer que sí lo deseaba. Era muy difícil permanecer ajena al encanto de Lily, si bien, su abuela se había puesto del lado de su padre años atrás.

Cuando los padres de Maverick se habían enterado de que esta estaba embarazada, se había desatado el infierno en aquella casa. Su padre la había abofeteado y la había llamado «zorra», y su abuela no había movido un dedo para defenderla. Solo su madre se había mostrado más comprensiva a pesar de las lágrimas que había derramado. Ella sabía la forma en la que aquello afectaría a su hija, lo sabía de sobra, pero la había apoyado pese a todo.

Su padre, por el contrario, no le dio opción. Lo primero que hizo fue sacarlos a todos del pueblo para que nadie se enterase de lo sucedido, temiendo las habladurías que despertaría.

—Es una niña muy espabilada —señaló la anciana, y Maverick supo que eso sería lo máximo que obtendría de ella.

—Lo es.

Era eso y mucho más, para Maverick era lo mejor de su vida, le daba igual lo que hubiera tenido que sacrificar. Aunque su vida no hubiera transcurrido como había imaginado, no cambiaría la decisión tomada casi siete años atrás.

—Si hubiera dependido de mi padre, Lily no existiría.

—Solo quería lo mejor para ti —lo defendió la anciana.

Maverick sabía que lo haría, incluso aunque no estuviera de acuerdo con él, solo porque se trataba de su hijo. Lo entendía, podía llegar a comprenderlo, ella también era madre. Pero no dejaba de doler.

—Me llevó a rastras a una clínica, ¿lo sabías? Se lo ocultó a mi madre. En cuanto llegamos a California, aprovechó que ella había salido para llevarme allí

—le espetó, y la amargura se derramó junto con su voz—. Estaba aterrada. Yo...

yo no quería, pero a él no le importó.

Ni siquiera sabía por qué le contaba todo aquello; su abuela de sobra conocía a su propio hijo.

—No quería para ti lo mismo que para él.

Aquello terminó de enfurecerla. Para su padre ella solo había sido una carga.

—No —negó Maverick—, lo que de verdad le molestaba era verse reflejado en mí. Me odiaba, y odió a Lily incluso desde antes de que naciera. Le recordábamos todo lo que él no había sido. Todo lo que yo impedí que tuviera; según él, al menos.

Su abuela chasqueó la lengua, molesta por lo acertado de sus palabras.

Maverick se levantó y salió de la cocina.

—¿Volveréis? —preguntó la mujer, siguiendo sus pasos.

—No lo sé.

No tenía ni idea. Regresar a Baker Hills había resultado doloroso y extraño, también alentador; la había llenado de esperanza y a la vez había revelado emociones que ignoraba que siguiera albergando.

—No quiero a ese muchacho en mi puerta —soltó su abuela, cuando ya subía las escaleras.

Maverick se detuvo y giró para encararla, y el dolor reapareció en su pecho.

—No te preocupes, no va a volver. Él ya está muy lejos de aquí.

No le dio más explicaciones. Continuó ascendiendo para ir junto a su hija.

Ella era lo importante, lo único que valía la pena en aquella casa. Quizás regresar a Baker Hills hubiera sido una pésima idea, quizás su vida ya nunca volvería a estar allí.

Al llegar al piso superior, escuchó a Lily canturreando en la que había sido su antigua habitación. Se acercó de puntillas y se asomó a la puerta para observarla. Los juguetes seguían dispersos sobre la alfombra y estaba claro que no había empezado a recoger; como siempre, se había distraído. Probablemente incluso había olvidado cuál era la tarea que le había encomendado.

—¿Lily? ¿No tenías algo que hacer? —La niña ladeó la cabeza con rapidez y esbozó una sonrisa que Maverick conocía demasiado bien—. Recógelo todo,

¿vale?

—Un momento, mami. Estoy jugando.

Los «momentos» de su hija podían durar tanto como lo hiciera su interés por lo que se traía entre manos.

—Ahora, Lily. Mañana nos vamos temprano.

Pero Maverick sabía que tendría que volver a insistir varias veces antes de conseguir que le hiciera caso. Ser madre era un trabajo a tiempo completo, a veces realmente agotador, pero no se arrepentiría nunca de la decisión que había tomado.

Siete años atrás, a duras penas había logrado retrasar a su padre el tiempo suficiente para que su madre los encontrara e impidiera que él la obligara a interrumpir el embarazo. Después de aquel día, las discusiones entre sus padres se volvieron más y más habituales, y violentas, hasta que su madre reunió el valor que le había faltado durante su matrimonio y lo echó a la calle.

—Lily —le advirtió, tratando de ponerse seria.

Resultaba difícil estando en su antigua habitación. Maverick no había sido lo que se dice una niña dócil, y su hija, en eso, se parecía a ella.

La pequeña siguió a lo suyo. Maverick se acercó y terminó sentándose en la alfombra frente a ella.

—Si no recoges, no podremos ir a patinar.

A la niña se le iluminó el rostro y soltó de inmediato el peluche que tenía entre las manos.

—¿Vamos a ir al lago? ¿Vas a llevarme?

Maverick asintió.

—Solo si recoges.

Debido al catarro y la fiebre que había tenido durante varios días, apenas habían salido dos o tres veces de casa juntas durante las fiestas. En esas ocasiones, una parte de Maverick había deseado encontrarse con alguno de los Donaldson. Cualquiera de ellos se hubiera dado cuenta de que Lily era una copia pelirroja de Aria y eso la habría salvado de tener que ser ella la que lo confesara.

Era un pensamiento detestable y cobarde, y, desde luego, una idea horrible, visto el resultado. Pero después de haber visto a Cam aquel primer día en el funeral de su padre, ya había sabido que todo sería más complicado de lo que en realidad esperaba.

—Recoge rápido e iremos a patinar —le dijo a la pequeña—, pero solo un ratito, y tendrás que abrigarte bien.

Lily asintió de forma repetida y se puso a recoger corriendo. Maverick contempló como se movía a saltitos por la habitación, ajena a todo por lo que su madre había pasado en los últimos días. Para bien o para mal, Maverick decidió que continuaría siendo así.

—¿Has hablado con Sean?

Cam se estremeció al escuchar el nombre de su hermano. Negó, y su madre exhaló un largo suspiro.

—Tienes que hablar con él o conmigo, Cam, no puedes...

—Voy a volver a California —la interrumpió, desconcertándola aún más.

La mujer no sabía si alegrarse o no de que su hijo hubiera decidido regresar a la universidad. Días atrás, la noticia la hubiera emocionado, pero ahora era demasiado consciente de que Cam no estaba bien.

—Es una decisión importante —terció ella, tanteándolo—. ¿Estás seguro?

Cam asintió. No podía seguir en Baker Hills, aunque tampoco estaba seguro de que fuera capaz de enfrentarse a su gemelo. Maverick había venido a buscarlo; él le había dicho a su madre que no quería verla, y luego había espiado a través de la cortina de su habitación para observar cómo regresaba a su casa.

Su estómago se había agitado al contemplar su melena roja revuelta por el viento y había tenido que apartarse de la ventana para recuperar la calma. Ni aun así lo había conseguido.

—Me iré en un par de días —prosiguió, a pesar de que era probable que se largara al día siguiente. Aquello era una huida en toda regla—. ¿Necesitas que hable con Davis?

—No te preocupes por eso. Yo me haré cargo. —Cam se puso en pie, pero su madre lo empujó de nuevo contra el asiento—. Vas a comer —le dijo, recuperando parte de la autoridad que había perdido en aquellos días.

—Mamá...

—No. Comerás, Cam, no me importa si tengo que hacerte tragar la comida a la fuerza. Vas a alimentarte.

Evitó discutir con ella. Iba a marcharse y no quería embarcarse en una

batalla que perdería de todas formas. No podía culpar a su madre por estar preocupada cuando él mismo también lo estaba. Su vida se había desmoronado con la muerte de su padre y, de nuevo, lo había hecho con la revelación de Maverick. Pero la cuestión era que no sabía qué hacer al respecto. ¿Debería saber su madre que tenía a una nieta a pocas casas de distancia?

Sean, sin duda, tendría que saberlo o... ¿lo sabría ya? ¿Se lo habría dicho

Maverick en algún momento durante su visita? ¿Por eso había ido Sean a buscarla a su casa? La señora Parker había dicho que había estado allí... Era una posibilidad que no se había planteado hasta ese momento. Su mente se negaba a pensar que Sean pudiera ocultarle algo así y menos aún que hubiera vivido siete años sabiendo que Maverick se había quedado embarazada y que no le importase en absoluto. Sean no era así; sin embargo, tampoco lo habría creído capaz de traicionarlo. Pensar en ello lo superaba, luchaba constantemente con un dolor que se volvía más y más intenso con el paso de las horas.

Debería haber hablado con su gemelo desde el momento en que había visto a la niña, pero no hacerlo constituía su único refugio; cuando se enfrentara a él, ya no habría marcha atrás.

Obedeció a su madre y se esforzó por comer algo. Luego subió a preparar sus cosas para el viaje. De repente, el ansia de abandonar Baker Hills lo quemaba por dentro. Daba igual que California tampoco le pareciera un destino más agradable que aquel. Quería irse de allí; cuanto antes, mejor.

Para cuando llegó la tarde, a Cam ya le era imposible soportar las miradas recelosas de su madre y sus atenciones. Se debatió entre encerrarse de nuevo en su habitación y salir de casa. Ganó esta última, más que nada porque la señora Donaldson se apresuró a meterse en el dormitorio de su hijo con la excusa de poner un poco de orden.

Cam se planteó subir a la cabaña, pero terminó vagando por la calle en dirección al centro del pueblo. El cielo estaba completamente despejado y hacía frío; aun así, agradeció la brisa fresca que le acariciaba la cara.

Sus pies lo llevaron hasta la calle del Lucky's. Empezaba a anochecer y el local estaba bastante lleno. Desde el exterior, recorrió el rostro de todos y cada uno de los clientes, aunque la ausencia de una melena pelirroja ya le había dicho lo que quería saber: Maverick no estaba allí.

No quería encontrársela, no podía soportar lo que sería mirarla a los ojos de nuevo. Estaba más dolido de lo que lo hubiera estado nunca. A pesar de que no había entendido a Sean cuando este se había empeñado en negar la muerte de su padre, ahora comprendía por qué lo había hecho. Aceptarlo suponía un viaje sin retorno y, en el caso de Cam y Maverick, él no estaba preparado para realizarlo.

—¿Batido de chocolate? —le preguntó Marianne.

Cam asintió y se sentó en uno de los taburetes de la barra. La mujer le sonrió mientras se lo servía, pero él apenas si pudo devolverle el gesto.

Salir de Baker Hills era su mejor opción, su única opción, aunque eso supusiera tener que enfrentarse a su gemelo. En realidad, quizás eso fuera lo que deseaba. Quería saber cómo, cuándo y, sobre todo, por qué.

—Hoy estás demasiado serio —señaló Marianne—. ¿Se han ido ya tus hermanos?

Tuvo que obligarse a hablar.

—Sí, de vuelta a la universidad.

—¿Y tú?

Había una pequeña multitud de clientes reclamando la atención de la dueña y del otro camarero de ese turno, ¿por qué demonios tenía que interesarse por él?

En otro momento de su vida, Cam se hubiera amonestado por esa clase de pensamiento y le hubiera contestado con cortesía, pero en ese instante...

—Me voy mañana —atinó a decir de forma brusca.

Marianne, desconcertada por su actitud, no intentó alargar más la conversación. Cam se preguntó en qué clase de persona lo estaba convirtiendo aquello. Él nunca actuaba así. Siempre había sido responsable, quizás demasiado serio, pero jamás maleducado con nadie. Fue a disculparse, pero la mujer ya estaba atendiendo a otro cliente.

Bajó la vista y se quedó mirando su batido hasta que alguien le dio un par de golpecitos en el hombro para llamar su atención. Se giró y se encontró a su prima.

—¿Qué hay, Lea? —Miró tras ella—. ¿Estás sola?

—Iba de vuelta a casa y te he visto desde fuera.

Cam echó un vistazo a su alrededor, no había ningún otro taburete libre. Ni siquiera había tocado su batido, pero sacó un billete y lo dejó sobre el mostrador.

—Vamos, te acompaño —le dijo, poniéndose en pie.

Cam huía, de todo y de todos. Llevaba semanas haciéndolo, y resultaba curioso que le brindase compañía a una persona con la que nunca había terminado de entenderse. Pero en el fondo necesitaba hablar con alguien, y Lea estaba allí.

Caminaron durante un rato el uno junto al otro sin hablar. Cam con las manos en los bolsillos y la vista clavada en el suelo, y Lea, arrebujaada en su abrigo, ligeramente incómoda.

—No tenías por qué molestarte —le dijo ella, a mitad de camino.

Su casa estaba al otro lado del pueblo, justo en dirección contraria a la residencia de los Donaldson. Cam levantó la barbilla y la miró.

—Tranquila, me vendrá bien el paseo —replicó, sintiéndose un poco más él mismo—. ¿Cómo siguen las cosas en el instituto?

—Son unos gilipollas —soltó ella, mucho menos comedida que en su

conversación anterior. Suspiró—. Nada que yo no haya sido.

El comentario estuvo a punto de hacer sonreír a Cam.

—Todos pasamos por esa etapa y todos nos hemos puesto un poco gilipollas alguna vez.

Lea resopló.

—No como yo, créeme, ni como ellos —añadió, y Cam percibió la tristeza que trataba de esconder; en eso, él era un verdadero experto—. Pero supongo que me lo merezco.

Rodearon un pequeño parque infantil, a esas horas desierto, y el lago apareció ante ellos.

—Lea... —comenzó Cam.

—No me sermonees más, por favor. Sé lo que hice.

Pero Cam negó.

—Estuvo mal, muy mal —continuó, a pesar de sus protestas—. Pero no puedes seguir lamentándote ni dejar que te pisoteen. Todos cometemos errores...

Pensó en Sean y en Maverick, y en que ni siquiera les había dejado explicarse. ¿Había sido un error lo que pasó entre ellos? ¿Podía llamársele así?

Apartó el pensamiento y se concentró en su prima.

—No te culpes. Aria y Max te han perdonado y eso es lo que importa.

Lea sonrió.

—Parece que les va bien, ¿no? —le dijo, y su alegría sonó sincera, muy alejada del tono sarcástico y malintencionado al que su prima lo tenía acostumbrado.

—Están muy bien juntos —coincidió.

Se detuvieron frente a la pista de patinaje. Había aún un buen puñado de personas sobre el hielo a pesar del frío y de la hora. La Navidad poco a poco llegaba a su fin y muy pronto retirarían el árbol que presidía el lago y el resto de la decoración del pueblo, aunque todavía quedaba mucho para que el deshielo convirtiera la pista de nuevo en un lago.

—Me alegro —dijo Lea. Inspiró y observó a la gente que patinaba a pocos metros de ellos.

Su casa quedaba tan cerca que desde la ventana de su habitación podía ver el lago helado, pero ese año ni siquiera había sacado los patines del armario. Las cosas se habían puesto peor para ella después del verano y apenas contaba ya

con ninguna amiga con la que ir a patinar o a cualquier otro lugar. En realidad, no contaba con ninguna.

—¿Esa es Parker? —comentó, señalando un punto a su derecha—. Es ella, ¿no? No sabía que había regresado al pueblo.

Cam palideció. Sus ojos se desviaron al lugar que Lea había señalado y buscaron con ansiedad a Maverick. Cuando la encontró, descubrió también a su lado una pequeña figura que le daba la mano.

—¿Y esa niña? —continuó Lea, sin percatarse de la expresión inquieta de Cam—. Se parece a ella, mira su pelo... ¿Será su hija?

Él no trató de contestar, no podía. Ante su silencio, su prima se volvió para mirarlo, pero Cam continuaba con los ojos fijos en la pista.

—¿Cam? ¿Estás bien?

No agradeció la atención, pero le alivió que Lea hubiera dejado de observarlas. No tardaría en darse cuenta de a quién se parecía la niña, además de a su madre.

—Vamos. Es tarde. —Prácticamente la empujó en dirección a su casa.

—Por lo que veo, ha repetido la historia familiar... —exclamó, pero a continuación perdió parte del entusiasmo que el cotilleo había provocado en ella y no dijo una palabras más.

Cam creyó que lo había descubierto.

—¿Qué pasa? —preguntó con miedo.

Lea prosiguió andando, ahora por iniciativa propia. No le contestó hasta que estuvo en la puerta de su casa.

—Lo siento —le dijo a Cam, pero él siguió sin entender, temiendo lo peor

—. Prometí que me mantendría al margen de cualquier clase de rumores. Es una estupidez —murmuró, bajando la vista—, pero lo estoy intentando... ser una persona mejor.

Se echó a reír, avergonzada.

Cam no pudo evitar sorprenderse. Lea parecía por fin ser consciente del daño que había hecho el curso pasado. Tal vez, después de todo, su prima hubiera aprendido la lección.

Él, por el contrario, se sentía menos él mismo que nunca. Quizás todos estuvieran cambiando, quizás nada volviera a ser lo mismo a partir de ahora.

3

Cam abandonó Baker Hills de la misma forma en la que había llegado, aturdido, triste y con un peso extra en el corazón, uno que le obligaba a respirar con pesadez.

Apenas había dormido la noche anterior. Solo cuando el sol comenzó a llenar de luz su habitación, el agotamiento lo venció y logró descansar un poco.

Perdió parte de la mañana en la cama, pero a la hora del almuerzo ya estaba en

el aeropuerto.

Había luchado consigo mismo antes de decidir subirse al taxi, porque sabía que no había vuelta atrás. Puede que Maverick ya estuviera en el mismo estado al que él se dirigía, tal vez no, tal vez se encontraba al otro lado de la calle; tanto daba una cosa como la otra, al marcharse dejaba en aquel pueblo la oportunidad de obtener las respuestas que se estaba negando. A pesar de que la niña fuera...

su sobrina, le resultaba demasiado doloroso llamar a esa puerta y hacer algo para cambiar las cosas. No era él mismo, no era más de lo que había sido desde el momento en que se enteró de la muerte de su padre. Era irónico que tampoco lo fuese tratándose de una nueva vida.

Conseguir el billete que lo llevaría al otro lado del país le había costado, la noche anterior, un buen pellizco de sus ahorros, pero quedarse más tiempo parecía una opción que requería de él pagar un precio mucho más alto.

Llegó a California a primera hora de la tarde con poco más que una mochila colgada de la espalda y una bolsa pequeña. El aire cargado de humedad lo golpeó en la cara al descender del avión, aunque agradeció la temperatura, mucho más suave que la de Ohio. Se deshizo de la chaqueta y caminó en dirección a la salida. Cogería otro taxi hasta el campus.

No había avisado a Sean ni a ninguno de sus amigos de su regreso, necesitaba algo de tiempo para acostumbrarse a estar allí de nuevo, y el trayecto hasta la universidad ni siquiera alcanzaría para empezar a hacerlo. Era una pena que la ventana de su apartamento que daba a la calle fuera la de Sean, si no, hubiera empleado el mismo sistema que usaba Olivia para colarse en él, a través de la escalera de incendios.

Caminaba por la terminal de llegadas con la mirada baja, ausente y preocupado, cuando tropezó con alguien que apareció de la nada. Se disculpó

por inercia antes de darse cuenta de que el desconocido no era tal, se trataba de Sean.

—No has avisado —comentó su hermano por todo saludo, y su expresión cautelosa le dijo a Cam que no sabía muy bien a qué atenerse.

—No, y no tenías que venir a buscarme.

Sean, con los brazos cruzados sobre el pecho, observó su rostro.

—¿Me estás vacilando, Cam? —le espetó, perdiendo la paciencia—. Llevo tres putos días llamándote a todas horas. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Sean estaba enfadado y no era de los que se contenía cuando era así; pero, más allá de eso, estaba preocupado por su gemelo.

—Estabas bien, o al menos parecías estarlo cuando nos fuimos —prosiguió, al comprender que Cam no tenía intención de contestar—. ¿Qué ha pasado? No es que no me alegre de que hayas regresado, pero mamá me ha llamado diciendo que ni siquiera estaba segura de que fuera aquí a donde te dirigías.

Cam apenas lo escuchaba. No podía apartar los ojos de su rostro a pesar de que era el mismo que él veía todos los días en el espejo, aunque el suyo lucía ahora unas ojeras y la sombra de una barba de la que su hermano carecía.

—No voy a hablar de esto aquí —le dijo, apartando por fin la mirada de él y echando un vistazo a la puerta de salida.

Fuera, una larga fila de taxis recogían a los viajeros para llevarlos a su destino. Todo lo que Cam deseaba era llegar hasta uno de ellos y marcharse.

—¿Aquí? ¿Y en casa? ¿Hablarás en casa? —lo presionó Sean—. Mamá se está volviendo loca de preocupación, y yo también. Olivia, Aria, Max... incluso Maya lo está.

—Ahora no —repitió, al límite de sus fuerzas.

Ni siquiera sabía si podría hablar con él en el campus. Montar un numerito en pleno aeropuerto no entraba en sus planes.

Sean gruñó, frustrado. No entendía nada.

—Vamos, te llevaré a casa —le dijo, dando por perdida esa batalla.

—No.

Sean, que ya había echado a andar hacia el aparcamiento, se detuvo y se giró para mirar a su gemelo.

—No seas imbécil, Cam. No sé qué ha pasado ni por qué te niegas a hablar conmigo, pero tu coche está ahí fuera y te juro que ahí se quedará si no vienes conmigo. Me da igual si lo roban o se lo lleva la grúa.

Esperaba que su hermano no decidiera coger el coche y se largara de allí sin

él, algo probable dado su estado. Aun así, le lanzó las llaves y Cam las cogió al vuelo. Echaron a andar en silencio, y este los acompañó durante casi todo el trayecto hasta el campus.

—¿Vas a contarme lo que está pasando? —le preguntó de nuevo, cuando se acercaban a la universidad, y esta vez su tono voz fue mucho más suave, suplicante. No obtuvo respuesta—. Cam, por favor. Eres mi hermano, mi gemelo, me duele verte así y no saber qué hacer para ayudarte. Déjame ayudarte

—rogó, sentado junto a él.

Cam no apartó la vista de la carretera y su expresión resultaba indescifrable.

A Sean nunca le había costado tanto adivinar lo que pasaba por su mente como en ese momento.

—¿Es por Maverick? ¿Esto es por ella? —aventuró, porque era lo único que se le ocurría—. Cuéntamelo, por favor.

Pero Cam estalló al escuchar ese nombre.

—¡No puedes! —gritó, y su voz retumbó en el interior del habitáculo—. No

quiero que me ayudes. No tienes por qué saberlo todo de mí, Sean. ¡No tenemos por qué compartirlo todo!

Sean enmudeció al escucharlo. Había rabia en su voz, rabia y dolor, y una amargura que salía de lo más hondo de su pecho. Sin embargo, Sean estaba seguro de que había pulsado la tecla adecuada al mencionar a Maverick. Se trataba de ella, ¿de quién si no?

Suspiró y se tragó un montón de palabras que no creía que fueran bien recibidas en ese momento. No ganaría nada discutiendo con Cam. La tensión que se respiraba en el coche, sin embargo, no disminuyó un ápice.

Cam apretaba los dientes casi con tanta fuerza como lo hacía con el volante.

Normalmente, disfrutaba conduciendo, pero en ese instante solo quería llegar al campus, bajarse del coche e interponer la mayor distancia posible entre su gemelo y él.

Le dolía pensar en lo que sabía y estar allí sentado junto a él.

Apenas aparcó, sacó la llave del motor, cogió sus cosas y se bajó del coche.

Enfiló el camino en dirección al edificio de apartamentos en el que vivían. Sean lo siguió, aunque no se esforzó para alcanzarlo. Aun así, Cam apretó el paso y subió por las escaleras para no tener que esperar por el ascensor. Jamás le había costado hablar con su gemelo y ahora se sentía incapaz.

Rato después de llegar al apartamento, Sean continuaba sin aparecer, y supuso que habría subido al piso de Olivia, su novia.

«¿Qué mierda estás haciendo, Cam?», se preguntó, ya en su dormitorio.

Si la revelación de Maverick había roto algo en su interior, lo de Sean lo estaba destrozando por completo.

Lanzó la bolsa y la mochila al suelo y se dejó caer sobre la cama, exhausto y dolorido, por dentro y por fuera. Iba a tener que hablar con Sean y tendría que hacerlo pronto. Era consciente de lo que esa conversación podía suponer para él, pero las cosas ya no podían empeorar; él no podía sentirse peor de lo que

ya lo hacía.

Sean no apareció por el apartamento en toda la noche y, cuando Cam salió de su habitación al día siguiente, tampoco estaba allí. Debía de haber dormido en casa de Olivia. Aplazado su encuentro, decidió que se acercaría al edificio de administración y quizás también a hablar con sus profesores. Tal vez hubiera una manera de recuperar el tiempo que había perdido, aunque era obvio que no se graduaría ese verano.

Tener algo en lo que pensar lo ayudó a que su estómago aceptase el desayuno. Se dio una ducha rápida y se cambió de ropa, casi como si fuera un día más en la universidad y nada hubiera cambiado, a pesar de que todo estaba fuera de lugar.

No tardó mucho en estar listo, no quería cruzarse con Sean todavía. Para su sorpresa, fue Olivia la que apareció en su salón.

—Tienes que dejar de colarte por la ventana —comentó, al verla allí de pie

—. Estaba a punto de irme, Sean no está.

Se giró hacia la puerta, decidido a largarse, pero Olivia tenía otros planes para él. Unos pocos segundos después, la tenía colgada del cuello. La anestesia emocional en la que había tratado de hundirse no evitó que Cam percibiera el cariño con el que lo abrazaba.

—Me alegro de verte, cuñado —le dijo, y se rio al llamarlo así. Seguía sin creerse que fuera a casarse con Sean—. Te he echado de menos, y Perseo también.

Cuando la chica se retiró, Cam notó que algo se restregaba contra sus piernas. Bajó la mirada para encontrarse con el gato de Olivia. La noche anterior no lo había visto, ni siquiera se había acordado de que estaba en el apartamento, aunque seguramente había estado durmiendo en la cama de su hermano.

Cam se inclinó para coger al cachorro, que había crecido en el escaso mes que había estado fuera, y le acarició el lomo. El gato ronroneó satisfecho por las

atenciones.

—He venido a darle de comer —comentó Olivia—. ¿Vas a clase? — Cam negó y le contó brevemente su idea de ir a hablar con los profesores. No podía incorporarse a las clases así como así—. Te acompaño.

Eso no se lo esperaba.

Olivia llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta que, por el tamaño y lo larga que le quedaba, era de su gemelo, pero ella no era de las que se preocupaba por lo que la gente pudiera pensar.

—Puedo llevarte en la moto —trató de convencerlo, al comprender que Cam pretendía negarse.

Puso tal empeño que Cam no tuvo más remedio que aceptar su compañía.

Ninguna excusa sirvió con ella, Olivia era muy insistente cuando se lo proponía y, en esa ocasión, estaba claro que quería ir con él. Cam solo esperaba no acabar gritándole también a ella.

4

Olivia desapareció por la escalera de incendio para ir en busca de las llaves de la moto, pero estaba ya en el callejón cuando él llegó abajo. Cam levantó la mirada hacia la ventana del apartamento de la chica y se encontró a su gemelo observándolos.

—¿Esto ha sido idea de Sean? —le preguntó a Olivia, cuando ella le tendió un casco.

—¿Tú me has visto alguna vez hacer lo que él dice? —se burló; algo que, por otro lado, era completamente cierto.

La novia de su hermano solía hacer lo que quería y cuando quería, así que, si estaba allí, era por voluntad propia. Cam suspiró y se ajustó el casco.

—No está muy contento contigo —comentó ella, refiriéndose a Sean.

Cam echó un nuevo vistazo a la ventana, pero él ya no estaba allí.

—Ya, bueno, yo tampoco lo estoy.

Ir con Olivia en moto resultaba todo un acto de fe. Conducía bien, eso había que concedérselo, pero tendía a ignorar más señales de tráfico de las que a Cam le hubiera gustado. Era la primera vez que viajaba con ella en moto y, seguramente, sería la última.

—Divertido, ¿verdad? —preguntó a Cam, al detenerse frente al edificio de administración.

Él agitó la cabeza de un lado a otro, pero no la sacó de su error.

La chica lo acompañó por el campus durante toda la mañana. No hizo preguntas incómodas y su conversación se limitó a un poco de charla insustancial acerca de las asignaturas que le quedaban por cursar a Cam para graduarse. Había esperado que empezara a interrogarlo sobre lo que ocurría entre su hermano y él. Conforme avanzaba el día, y eso no sucedió, se fue relajando.

Incluso llegó a sonreír con alguna de sus bromas. Era fácil estar con Olivia, no juzgaba a nadie. Entendía por qué su gemelo había perdido la cabeza por aquella chica.

Comieron en uno de los locales con los que contaba el campus y Cam se ofreció a pagar para agradecerle la compañía. No había sido consciente de lo mucho que necesitaba esa clase de normalidad hasta que se vio allí sentado, con Olivia devorando una hamburguesa y chupándose los dedos al terminar.

—¿Sabe mi hermano lo que eres capaz de tragar? —le preguntó, mencionando sin querer a Sean.

Olivia asintió muy tranquila a pesar de la transformación que sufrió el rostro de Cam.

—Hacemos competiciones de vez en cuando —repuso ella, y mantuvo

la sonrisa en todo momento.

Se lo había puesto en bandeja, pero Olivia no hizo nada por aprovecharlo.

Cam se preguntó si no sería él el que más necesitaba hablar de aquello. Se dedicó a terminarse las patatas fritas que quedaban en su plato mientras Olivia se reclinaba en el asiento.

—Nos casaremos en verano —lo informó, poco después—. En Lostlake.

Supongo que Sean hubiera querido decírtelo él, pero ya está dicho.

—¿Este verano? —inquirió Cam, sorprendido.

Olivia realizó un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es muy probable que Sean firme con los Rams, y dice que quiere ser un hombre casado para entonces...

Todo aquello era algo que debería haber sabido de labios de su gemelo; era la clase de noticia que Sean le contaría tirado en el sofá, con los pies sobre la mesa, mientras compartían una cerveza, sin ceremonia alguna.

Pensó en Lostlake, el lugar en el que pasaban las vacaciones estivales todos los años, y pudo imaginar sin problemas a Olivia vestida de novia junto al lago de la mano de Sean, probablemente lanzándose al agua tras la ceremonia. Sería perfecto para ellos.

Sin embargo, la imagen varió de un instante a otro y se encontró contemplando a una chica pelirroja y no castaña, y a él en lugar de a su gemelo.

Había una niña también, una preciosa niña situada junto a ellos. El pensamiento lo aterró e hizo aflorar el dolor de su pecho.

—¿Estáis seguros de esto? —preguntó, sin poder evitarlo.

Muy posiblemente, Sean desconocía la existencia de esa niña y, por tanto, también Olivia.

Ella arqueó las cejas.

—Muy muy seguros —terció, sin un solo titubeo.

Por muy enfadado que estuviera con Sean, eso no cambiaría nada de lo que había pasado años atrás. Tenía que hablar con él, era lo justo para todos, incluida Olivia.

—Debería hablar con Sean —farfulló para sí mismo, pero el comentario llegó a oídos de Olivia.

Esta se me metió una patata en la boca y no dijo nada. Había conseguido exactamente lo que quería.

A primera hora de la tarde, regresaron dando un largo paseo en moto por las calles y avenidas del campus. Allí no había nieve, salvo por la gran nevada que había caído en otoño, histórica en realidad; pero la cercanía de la noche siempre hacía descender la temperatura. De igual forma, Olivia parecía encantada de poder disfrutar durante un rato de su moto.

Tras aparcarla en el callejón en el que solía dejarla, la chica señaló la escalera de incendios.

—Me subo por aquí, ¿te veo luego?

Cam no estaba seguro de que fuera un pregunta, pero asintió y la dejó marchar, y con ella se fue una parte de la tranquilidad que lo había acompañado durante las horas anteriores. Se alegraba de que Olivia fuera la mujer que Sean había elegido para compartir su vida, y jamás pondría en riesgo su felicidad.

¿Cómo era posible que, sabiendo lo que él había sentido por Maverick, Sean se hubiera arriesgado a herirlo de esa forma?

«Si de verdad piensas eso de Sean, pregúntaselo de una vez».

Parecía imposible.

Creía conocer a su gemelo mejor que a sí mismo. Aquello era una locura.

«Habla con él», insistió su conciencia.

Afrontar sus miedos, el dolor o lo que viniera después, no podía ser peor que lo que estaba viviendo. Aun así, Cam no se sentía tan valiente.

Decidió que hablaría con alguien, aunque no con Sean. Siempre había protegido y apoyado a su hermana pequeña, ahora le tocaba a Aria ayudarlo a él.

Subió al apartamento y se acomodó en el sofá para llamarla con la única compañía de Perseo, el gato de Olivia. No había rastro de Sean.

—Dichosos los oídos, hermanito —lo saludó Aria en cuanto descolgó el teléfono—. No estoy segura de si debería colgarte o comenzar a gritarte.

Cam inspiró hondo. Se había ganado la reprimenda a pulso.

—Lo siento.

—Lo siento ni siquiera se acerca a lo que quiero oír, Cam. No quiero una disculpa, no la necesito —le dijo Aria, enfadada—. Quiero la verdad, saber qué te pasa y cómo ayudarte.

Era algo muy similar a lo que le había dicho Sean, y eso lo hizo sentir aún peor.

—No sé por dónde empezar...

Aria se tomó unos segundos para contestar, odiaba tener que mantener esa clase de conversación por teléfono, sin poder verle la cara a su hermano, pero sus universidades se encontraban a más de seis horas en coche. Ojalá pudiera cruzar el pasillo y llegar a su puerta como hacían cuando vivían en la misma casa.

—Por el principio, Cam. Todas las historias empiezan por el principio.

Contarle a Aria lo que había descubierto era complicado, muy complicado,

pero comenzó hablándole de Maverick.

—Ella y yo... tuvimos algo hace años.

Escuchó la risa de su hermana a través de la línea. Normalmente, ese sonido le hubiera hecho sonreír.

—Me lo imaginaba. Yo era una cría, pero me daba cuenta de ciertas cosas.

—¿En serio?

—La mirabas con la misma cara de lelo que Clark Kent a Louis Lane —se burló, y Cam recordó que, por aquel entonces, Aria había tenido una extraña fijación con Superman.

Sonrió un poco, aunque su hermana no pudiera verlo, y prosiguió contándole cómo había sido para él volver a encontrarse con Maverick después de tanto tiempo, escucharla reír... Una vez que empezó ya no se detuvo, y le habló incluso de algo de lo que jamás pensó que hablaría con su hermana pequeña.

—Nos acostamos —soltó a bocajarro, con el teléfono apretado contra la oreja.

—¿Antes de que ella se fuera de Baker Hills o estas navidades?

—En ambas ocasiones —confesó Cam.

—Bueno, no puedo decir que no me lo esperara, al menos lo de estas navidades. Mi mente de hace siete años era demasiado ingenua para pensar ese tipo de cosas.

Cam escuchó la voz de Max por detrás de la de su hermana.

—¿Estás ocupada? Podemos hablar en otro momento...

—No, no lo estoy. No para ti. —Su voz sonó un poco más alejada mientras le decía a su novio que iba fuera a hablar. Tras unos pocos segundos, y el sonido de una puerta abriéndose y volviéndose a cerrar, se centró de nuevo en

la conversación—. ¿Y qué ha ido mal? Porque entiendo que, si me cuentas todo esto, tenéis algún problema.

Cam suspiró. Estaba a punto de abrir también una brecha entre Sean y su hermana, y eso era algo que no quería hacer. Sin embargo, necesitaba sacarlo fuera o terminaría perdiendo la cabeza.

—Tiene una hija, Aria, una niña de unos seis años, y ella es igual que... tú.

En el silencio posterior, casi pudo escuchar la mente de su hermana procesando la información que acababa de darle.

—¡Oh, Dios!

—No es lo que piensas —aclaró—. No puede ser mía.

—No te entiendo, Cam —replicó ella—. Si se parece a mí, debería ser tu...

—Es de Sean —la interrumpió, apretando los dientes.

Se había puesto en pie y deambulaba por el salón como un animal enjaulado.

—Estás loco. No puede ser. Sean nunca te haría algo como eso —sentenció Aria, y él quiso creerla.

—Maverick y yo siempre usamos protección. Siempre —recalcó, deteniéndose junto a la pared. Apoyó la espalda en ella y se dejó caer hasta el suelo—, y nunca tuvimos ninguna clase de problema.

Un resoplido atravesó la línea.

—Los condones fallan, hermanito. Cualquier cosa puede fallar si lo comparas con el amor y la devoción que Sean siente hacia ti, y eres un jodido idiota si no te das cuenta de eso...

Su voz fue aumentando de volumen hasta que acabó gritándole que no podía entender que creyera algo así de su gemelo. Aria estaba furiosa e indignada. Cam se sintió avergonzado y permitió que le gritara su

hermana pequeña; fue como una bofetada mental, como si lo sacudieran por dentro.

—No sé de quién será esa niña, pero no es de Sean —concluyó ella—. —

Puede que haya sido un inconsciente la mayor parte de su adolescencia, pero nunca se acostaría con una chica por la que tú sintieras algo; ni siquiera aunque él estuviera también enamorado de ella. Deberías saberlo, Cam. Preferiría mil veces sufrir él que hacerte daño a ti.

En el fondo, Cam lo sabía, siempre lo había sabido, y aun así había dudado.

—La abuela de Maverick dijo que él la... la forzó —apenas si podía pronunciar esa palabra, no para hacer referencia a su gemelo.

—¿Qué?! Mierda, Cam. Eso sí que no me lo creo.

—Yo tampoco —terció él—. Maverick dijo que no había sido así. Hablaré con él —cedió, sentado en suelo, aturdido por la vehemencia de su hermana.

Era la primera vez que ella le echaba la bronca a él.

—Hazlo, y hazlo ya —exigió Aria—, o te juro que lo haré yo.

5

Cam permaneció un buen rato sentado en el suelo, intentando reconciliarse consigo mismo y con las emociones que había vivido en las últimas semanas. No lo había tenido fácil y no se lo había puesto fácil a los demás.

Escuchó la puerta de entrada abrirse y luego volverse a cerrar. Supuso que se trataría de Sean; Olivia era más de colarse por la ventana. Esperó hasta que su gemelo se adentró en el salón y lo descubrió tirado en el suelo. Ninguno de los dos tenía buen aspecto.

Sean se le quedó mirando unos segundos antes de hablar.

—¿Qué haces ahí? —inquirió, la voz carente de emoción.

Cam le mostró la mano en la que aún mantenía el móvil.

—Hablabas con Aria.

La respuesta sorprendió a Sean, últimamente su hermano no hablaba con nadie. Aunque también hirió un poco su orgullo; no había recurrido a él.

—Tenemos que hablar, Sean —dijo al fin.

Ambos sintieron alivio; Sean, esperando que le contara de una vez que sucedía, y Cam, sabiendo que era lo correcto. Sin embargo, entre ellos se había alzado una barrera que nunca había existido y que dificultaba más aún el mantener una conversación normal.

Sean lo pensó un momento y, a continuación, le tendió la mano a su hermano para ayudarlo a levantarse. El gesto era más que eso, era una oferta de paz, y Cam la aceptó. Se asió a él y se puso en pie. El contacto, aunque breve, resultó reconfortante. Echaba de menos a su gemelo.

—Vamos, salgamos de aquí —propuso Cam—. Será mejor que demos una vuelta mientras hablamos.

Sean no se negó. Hubiera ido hasta el fin del mundo para hablar con él.

Salieron a la calle y se subieron al coche sin mediar palabra. No se dirigían a ningún sitio en particular, pero terminaron aparcando frente al Silver's, un local a las afueras del campus en el que solía haber actuaciones en directo varias veces en semana y al que acudían muchos alumnos de UCLA.

Ese día estaba tranquilo, podrían mantener una charla mientras se tomaban algo, y Cam prefería estar en un sitio público; eso lo ayudaría a mantener la calma, o al menos eso era lo que esperaba.

Pidieron dos cervezas y se sentaron en una de las mesas. Tras un sorbo a sus respectivas bebidas, Cam se planteó cómo empezar la conversación. Sean ya estaba al tanto de su relación con Maverick, al contrario que Aria, por lo que no tenía sentido regresar hasta el inicio de esta.

No, con Sean tendría que ser más directo.

Respiró hondo varias veces, buscando el valor para soltar la bomba, pero Sean se le adelantó:

—Lo sabes, ¿no? Maverick te lo ha contado y por eso no me hablas.

A Cam se le vino el mundo encima. En el fondo, había estado convencido de que había otra explicación y de que Sean no tendría nada que ver. Él no, su gemelo no.

—Lo sabías —murmuró, y muy a su pesar no sintió ira, sino decepción.

Los ojos se le humedecieron.

—Ella me pidió que no te lo contara —explicó Sean, mientras hacía girar su botella de cerveza entre las manos, nervioso—. Y luego cuando se marchó supuse que era mejor dejarlo estar. No quería que tú sufieras...

—¿No querías que sufiera? —lo interrumpió Cam, incapaz de callar por más tiempo. La carcajada posterior estaba cargada de cinismo—. ¿Y qué cojones esperabas, Sean? Tú sabías lo que era para mí, me lo dijiste, sabías que ella y yo estábamos juntos.

Sean agitó la cabeza, dolido por la dureza con la que su gemelo escupía cada palabra.

—Era un puto crío. ¡Yo qué sé! No sabía qué hacer y ella no quería contártelo.

Cam apretó los dientes con fuerza y un músculo palpitó en su mandíbula. A duras penas se contenía.

—Me da igual que no quisiera, tú deberías habérmelo contando —le dijo, en voz baja pero airada—. Joder, ni siquiera deberías haber tenido que contarme nada si no te hubieras acostado con ella.

La acusación desgarró su garganta al salir al tiempo que le rompía el corazón.

—¡Qué mierda dices, Cam! —soltó su gemelo, casi gritando, y la gente a su

alrededor comenzó a prestarles atención—. ¿Qué se supone que significa eso?

Cam estaba haciendo un esfuerzo titánico para no levantarse e irse; era su hermano y lo quería, pero ese amor cada vez se resentía más.

—Os acostasteis, Sean, eso es lo que digo —le espetó, tratando de no contestar también a gritos—, y el resultado es una niña idéntica a Aria que ahora tiene seis años.

La cerveza de Sean resbaló entre sus manos y cayó al suelo, pero no hizo ademán de recogerla. Abrió la boca casi tanto como los ojos, totalmente desconcertado, algo que no extrañó a Cam, estaba claro que no tenía ni idea de la existencia de la niña.

Tardó casi un minuto en reaccionar.

—Bromeas. —Fue lo único que acertó a decir, pero Cam, por desgracia, no bromeaba.

Negó con la cabeza y se bebió la mitad de la cerveza de un trago. Cualquier cosa para distraerse del infierno que se había desatado entre su gemelo y él.

—¿Tienes una hija con Maverick? —preguntó Sean, atónito.

—Tú —recalcó— la tienes.

Pero ahora fue el turno de Sean para negar.

—Eso es imposible. Maverick y yo nunca nos hemos acostado. Nunca —

recalcó—, y que hayas sido capaz de pensar que sí dice mucho de la opinión que tienes de mí. —Cam no podía creer que se hiciera el ofendido—. Si alguien de los dos es el padre, eres tú —insistió Sean—. Si Maverick te dijo que hubo algo entre nosotros, te mintió.

Cam se puso en pie, fuera de sí, y lo apuntó con el dedo.

—¡Lo has confesado, joder! Hace un momento —lo acusó, roto de dolor—, has dicho que ella no quería que me lo contaras.

Pero Sean negó de nuevo; no tenía ni idea de cómo sentirse, si cabreado por lo que Cam sugería o aliviado porque aquello no fuera más que un malentendido.

Claro que el malentendido parecía tener seis años...

—No era eso de lo que hablaba, y ahora siéntate y deja de dar el espectáculo. ¿De verdad creías que ella y yo...? Joder, hermanito, eres un gilipollas.

Cam estaba aturdido, no sabía qué pensar. No obstante, le tranquilizó que Sean fuera capaz de referirse a él como su hermano con ese tono cariñoso, a pesar del insulto. Eso fue lo único que consiguió que se sentara de nuevo.

—Usamos condón siempre, Sean.

Su gemelo hizo lo mismo que había hecho su hermana pequeña: reírse.

—Lo que yo te diga, eres un gilipollas. Espera un momento —le dijo, cambiando notablemente de actitud—, ¿tengo una sobrina?

Cam no sabía si reírse o llorar, estaba al borde del colapso.

—Sean, esto no es una broma.

El gemelo suspiró, no era momento para los chistes fáciles.

—¿Cómo sabes que no es tuya?

Cam le contó lo que había visto, y describió a la niña con tanta precisión que incluso él se sorprendió. Se había fijado en ella más de lo que pensaba para estar en *shock*.

—¿Qué dijo Maverick? —continuó interrogándolo. Pero Cam no tenía respuesta para eso—. ¿Eres imbécil? Aunque pensaras que era mía. Cam, hubiera sido tu sobrina, por el amor de Dios. ¿Huiste? ¿Así sin más?

Había estado huyendo durante semanas, por un motivo o por otro, pero siempre huyendo, encerrándose en sí mismo y manteniendo a los demás al margen.

—¡Joder, tío! Tienes una hija —repitió Sean.

—Deja de decir eso.

—Puedo dejar de decirlo, pero no por eso dejará de ser real.

Su hermano tenía razón.

Cam se levantó y fue a la barra a por otras dos cervezas. No solía beber, menos aún si salía con el coche, pero ese día lo necesitaba. Regresó a la mesa, puso la botella frente a su gemelo y se sentó de nuevo.

Apartó de su mente por el momento el hecho de que era probable que tuviera una hija, quizás buscando la forma de asimilarlo, y optó por preguntarle a Sean otra cosa.

—¿Qué me ocultabas? ¿Qué era lo que Maverick no quería que me dijese?

Sean lucía ahora mucho más relajado que a su llegada, como si el hecho de tener una sobrina desconocida hasta ahora no le preocupara en absoluto. Pero, tras su pregunta, se incorporó en el asiento y se inclinó hacia Cam.

—Un día, la primavera anterior a que Maverick se marchara de Baker Hills, yo estaba en la cabaña solo. Maverick apareció poco después. Había quedado contigo, pero tú habías salido a ayudar a papá con algo. Siempre eras tú el que se ofrecía, yo era un jodido imbécil irresponsable — explicó, y Cam advirtió lo mucho que se arrepentía su hermano de no haber pasado más tiempo con su padre—. Estábamos los dos sentados en el colchón, solo hablábamos, te lo juro

—se apresuró a aclarar—. Apareció su padre, la había visto salir de su casa justo cuando él enfilaba la calle con el coche y la había seguido hasta nuestro jardín.

No le sentó bien encontrarnos allí, él... —hizo una pausa— la abofeteó

delante de mí, le dijo que era una buscona y no sé cuántas cosas más, y le dio igual que

tanto ella como yo le dijésemos que no estábamos haciendo nada malo.

—Nunca le gustamos a esa familia —intervino Cam—. Mamá me contó que tuvieron una pelea en el instituto.

Maverick nunca había querido contarle a sus padres que Cam era su amigo, mucho menos que había algo más entre ellos.

—Se la llevó a rastras. Yo quise contártelo, Cam, pero Maverick me hizo jurar que jamás lo haría. Se avergonzaba de lo que su padre era capaz de llegar a hacer y de lo que pensaba sobre ella.

Cam suspiró y bajó la vista. Había presionado a Maverick sobre el tema.

Sabía que sus padres eran muy estrictos con ella y que no iban a permitirles salir juntos, tendría que haber sospechado que la cosa era más seria de lo que había imaginado.

—Debiste decírmelo, Sean.

—Lo sé, lo sé. Pero ella me lo pidió llorando, me dijo que nunca había ido tan lejos como para pegarle y que tú te preocuparías y te meterías en un lío por defenderla —se excusó Sean, aunque ahora sabía que hubiera sido mejor contarle—. Yo estaba seguro de que la defenderías, Cam, que no te quedarías de brazos cruzados. Sabía que la querías, joder, al igual que lo sabía ella.

Maverick conocía sus sentimientos, sí, y aun así, aunque la obligaron a marcharse, nunca había sido capaz de llamarlo para contarle lo sucedido, para decirle que tenía una hija.

—Su abuela me dijo que la forzaste —señaló Cam, aunque sabía que aquello no tenía ni pies ni cabeza.

La expresión horrorizada de Sean le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Yo... no, Cam. Nunca, nunca haría algo como eso a nadie —aseguró Sean, con el rostro desfigurado por la frustración, y él lo creyó.

6

Regresaron a casa andando a pesar de que no estaba precisamente cerca.

Ambos estaban demasiado conmocionados como para conducir. No sabían si se debía al alcohol o a la conversación que habían mantenido. Con toda probabilidad, a lo segundo; tan solo habían tomado dos cervezas. No pararon de hablar durante el trayecto. Charlaron como no lo habían hecho en semanas. Cam se descubrió sincerándose con su gemelo como pocas veces lo había hecho, mostrándose todo, sus miedos, el rencor, incluso el odio que se había apropiado de su voluntad. Todo. Era Sean, podía confiar en él.

Sus dudas se habían evaporado y su gemelo, aunque enfadado, olvidó enseguida la desconfianza de su hermano. Así eran las cosas entre ellos.

—Olivia estaba muy preocupada por ti. Y yo también —añadió, aunque resultaba evidente.

—Me ha dicho que os casaréis en Lostlake.

—¿Te lo ha dicho? Será... —Sean rio a pesar de todo—. Pero no te ha dicho que quiero que seas mi padrino, ¿verdad? Porque juro que la mataré si es así.

Cam se detuvo en mitad de la acera. Su pecho, por primera vez en mucho tiempo, se aligeró. Se sintió... bien.

—¿En serio?

Sean esbozó una sonrisa.

—Deja de poner esa cara de idiota. ¿De verdad creías que me casaría sin contar con el mejor padrino que podría tener?

Cam sintió que las lágrimas acudían de nuevo a sus ojos y recordó también la imagen de Maverick en el lago, no importaba que ella nunca hubiera estado allí.

—Joder, la he cagado, Sean, y ella...

¿Qué había hecho? ¡¡Tenía una hija, por Dios!! Una hija preciosa con Maverick, con la única chica a la que de verdad había amado en toda su vida.

Tenía una hija...

—Te has perdido seis años de su vida, Cam —suspiró su gemelo, agitando la cabeza—, todos nosotros lo hemos hecho. ¿No estás cabreado?

Debería estarlo. Maverick le había arrebatado cualquier posibilidad de decisión sobre el futuro de su propia hija, no le había dado margen para hacerse cargo de su responsabilidad y, con ello, se había perdido una parte importante de su vida. Sin embargo, aún estaba asimilándolo todo, y había sentido tanto dolor desde la muerte de su padre que la noticia solo podía provocarle una inmensa alegría.

—No sé cómo sentirme —barbotó a duras penas—. Sí, supongo que sí, pero...

—Tengo una sobrina, tío. —Sean soltó una carcajada y Cam, que continuaba en *shock*, se unió a él—. Vuelve a contarme cómo es.

Cam le narró una vez más lo poco que sabía con todo lujo de detalles.

—Ni siquiera sé cómo se llama —señaló, al finalizar.

Sean le asestó un golpe en el hombro.

—Eres un puto imbécil, hermanito, aunque eso yo ya lo sabía. ¿Qué vas a hacer?

Cam valoró sus opciones. Maverick podía encontrarse aún en Baker Hills,

pero había dicho que no iba a quedarse allí a vivir. Estaba de visita, por lo que más tarde o más temprano regresaría a California.

—No sé dónde viven...

La confesión le valió otro puñetazo de su hermano. Sean parecía encantado con la idea de tener una sobrina, y Cam no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa al pensar en que iba a ser un tío terrible, de los que consentían y urdían travesuras con sus sobrinos como si también ellos fueran aún niños; eso si Maverick les permitía acercarse a la pequeña. ¿Por qué demonios se lo había ocultado durante tanto tiempo? Con dieciséis años, resultaba obvio que no había estado preparado para ser padre, pero se hubiera hecho responsable de ella sin dudarlo.

Si quería saber dónde se encontraban, iba a tener que llamar a la abuela de Maverick, y dudaba que la mujer le fuera a contar lo que necesitaba saber. Otra opción era confesárselo todo a su propia madre y que esta se presentara en casa de los Parker y le reclamara a la anciana una dirección. Si Maverick por casualidad estaba aún en Baker Hills, la señora Donaldson podría hablar directamente con ella. O quizás lo adecuado sería que volara de nuevo a Ohio y fuera él el que llamara a su puerta.

—Ni siquiera sabe quién soy —murmuró, recordando que la niña no le había prestado la más mínima atención en el porche.

Habían cruzado una mirada, solo eso, y Cam no había apreciado señal alguna de reconocimiento por su parte. ¿Qué le habría contado Maverick al respecto? Con seis años ya habría preguntado alguna vez por su padre...

—Eso puedes cambiarlo —replicó Sean—. Estás en tu derecho, Cam, y si Maverick la llevó a Baker Hills tal vez es porque quería contártelo y que la conocieras. Sabía que podrías verla en cualquier momento. ¿De verdad se parece tanto a Aria?

Cam asintió, distraído, pensando en qué hacer. La cabeza le daba vueltas.

—Es una pequeña versión pelirroja de ella.

—No va a haber quién aguante a nuestra hermanita —se rio Sean.

Se estaba tomando aquello extremadamente bien, claro que no era él el que acababa de descubrir que era padre.

Llegaron al edificio en el que vivían y subieron por el ascensor.

—¿Quieres que me quede esta noche? Pensaba dormir arriba, con Olivia, pero si necesitas hablar o que esté contigo.

Cam negó.

—Estaré bien, necesito pensar.

—¿Seguro? —insistió Sean, reacio a dejarlo solo—. No, me quedo. No quiero bajar mañana y encontrar que has hecho la maleta y te has pirado o cualquier cosa por el estilo.

—Tú eres el impulsivo, hermanito, no yo.

Sean arqueó una ceja.

—De vez en cuando no está mal ser impulsivo, ¿sabes? Pero preferiría que esta vez me dijeras lo que pretendes y no volvieras a hacer el capullo.

Sin previo aviso, Sean tiró de él y lo abrazó. Su relación siempre había sido buena, pero no eran unos fanáticos de las muestras de afecto. Sin embargo, Cam agradeció más que nunca el gesto. Lo necesitaba.

Sean lo soltó y se dispuso a abrir la puerta del apartamento.

—¿Sabes? —le dijo—. A papá le hubiera encantado tener una nieta.

—Lo sé —repuso Cam, con una sonrisa triste en los labios—. Y me hubiera matado de saber cómo me he comportado todo este tiempo.

Accedieron al salón y Sean fue directo hacia la cocina en busca de algo que comer. No habían cenado y las cervezas le habían abierto el apetito. Aunque seguía un poco preocupado por su gemelo, estaba seguro de que las

cosas iban a empezar a cambiar desde ese momento. No volverían a ser como antes, eso era imposible, pero, con suerte, serían incluso mejores. No iba a atosigar más a Cam con su reciente paternidad, pero estaba convencido de que su hermano podría ser

un padre ejemplar si Maverick le daba una oportunidad; si alguien podía serlo, era él.

—¿Qué hay de Maverick? —gritó, con la cabeza metida en el refrigerador.

Cam lo había seguido y estaba apoyado en el umbral de la puerta, observándolo rebuscar en el interior.

—¿Maverick? ¿Qué pasa con ella?

Sean se irguió para mirarlo.

—Sigues colgado de ella. ¿Hay posibilidad de que vosotros... bueno, ya sabes, os convirtáis en una familia? ¿Es eso lo que quieres?

Cam lo pensó un momento y la idea le produjo vértigo. Sin embargo, una parte de él se enamoró de esa misma idea.

«Una familia. Una familia con Maverick», pensó para sí mismo, y sonrió.

7

La noche resultó larga y extraña. El paso de las horas no disminuyó el desconcierto de Cam. La tarde anterior había peregrinado por el campus en busca de soluciones para su futuro. Algunos de sus profesores se habían apiadado de él, otros le dijeron que la puerta de su despacho estaría abierta para el siguiente semestre, no antes, por lo que ya era una realidad que no se graduaría ese verano. Sin embargo, al margen de sus estudios, todo en lo que Cam podía pensar era en Maverick y en su hija.

La mañana no alivió el revuelo de pensamientos que lo asediaban, no habría alivio para él hasta que encontrara a Maverick y esta le permitiera ver a la

niña.

Ambas, quería verlas a ambas.

A pesar de lo sucedido durante las fiestas entre ellos, no albergaba muchas esperanzas de que lo que él sentía por Maverick fuera recíproco. La había visto triste y titubeante, tal vez solo había ido a Baker Hills para desvelarle la existencia de la niña, y lo que había pasado fuera solo consecuencia de su relación en el pasado. Se habían acostado, pero eso no tenía por qué significar nada.

Sean ya se había marchado a clase, así que se sentó a desayunar solo y decidió llamar a su madre; más tarde o más temprano, tendría que enterarse.

La señora Donaldson recibió la noticia mejor de lo que Cam esperaba, y le echó un sermón muy parecido a los que ya había recibido de Sean y Aria. Para los Donaldson, la familia era muy importante, y aquella niña era una Donaldson.

—¿Qué tiene que ver todo esto con tu hermano? —inquirió su madre.

—¿Con Sean?

—No os hablabais —señaló la mujer, y Cam comprendió a qué se refería—.

Si me dices que Sean lo sabía y no había dicho nada, te aseguro que cogeré un vuelo a California y lo pondré en su sitio.

—No, mamá, Sean tampoco sabía nada —le dijo, cargado de remordimientos—. Él y yo... estamos bien. Solo fue un malentendido.

Hubo un silencio. Cam continuaba pensando en lo injusto que había sido con su familia y lo poco que había valorado sus esfuerzos por ayudarlo.

—No me has llamado solo para decirme que soy abuela, ¿no? —La señora Donaldson soltó una risita, algo que Cam jamás hubiera esperado de ella—.

¿Qué necesitas?

—Tienes que ir a casa de los Parker.

Era consciente de que no resultaría un buen trago para su madre presentarse en la puerta de la abuela de Maverick, pero le explicó que no tenía ni idea de si ella aún continuaba en Baker Hills o ya había regresado a California, en cuyo caso necesitaría saber dónde vivía. Su madre aceptó el encargo encantada.

Estaba entusiasmada con la posibilidad de ver a su nieta. A Cam le sorprendió un poco su actitud, era más de lo que hubiera esperado de ella.

Tras colgar, seguía dándole vueltas al tema. No podía dejar de pensar en Maverick. Su mente volvía una y otra vez a ella, hasta que cayó en la cuenta de un detalle que había pasado por alto hasta entonces.

—¡Maverick! —exclamó en voz alta a pesar de estar solo.

Se sentó en el sofá con el móvil de la mano y abrió el navegador. Buscó la playa que le daba nombre a la chica. Maverick le había contado muchas veces de dónde provenía su familia materna; la costa oeste, California, su madre había sido surfista de joven... Al abandonar Baker Hills, era allí a donde se habían dirigido. No era gran cosa, pero sí un lugar por el que comenzar a buscar.

Localizó Half Moon Bay, la zona en la que se encontraba la playa; no era una población excesivamente grande, y Maverick había dicho que trabajaba en una cafetería. Esperaría a tener noticias de su madre, pero si ella no conseguía una dirección concreta, estaba dispuesto a plantarse en aquel pueblo y recorrer todas y cada una de las cafeterías con las que contara.

Las encontraría, no iba a parar hasta encontrar a Maverick y a su hija.

Para cuando Sean y Olivia regresaron de clases a la hora del almuerzo, Cam tenía ya preparada una lista de los locales que coincidían con la descripción que Maverick le había dado. La señora Donaldson no había dado señales de vida aún, pero él estaba más decidido que nunca.

—¿Os apetece hacerle una visita a Aria? —les preguntó, en cuanto pusieron un pie en el apartamento.

Olivia y Sean se miraron el uno al otro y luego centraron su atención en Cam.

—¿Tienes un ataque de nostalgia o algo así? —terció Olivia.

Pero Sean sonreía; de algún modo, intuía lo que su hermano se proponía.

—¿Vas a ir a por ella? —preguntó, y no se estaba refiriendo a su hermana.

—¿A por Aria? —intervino Olivia, que no entendía del todo lo que estaba sucediendo—. ¿Ha pasado algo?

Sean negó, tiró de ella y la llevó hasta el sofá. Quería conocer los planes de su gemelo.

—Vamos contigo —le dijo, y Olivia asintió.

No le importaba a dónde, un viaje siempre era una buena idea, y Cam por fin parecía más animado.

—Maverick, la playa —aclaró Cam—, está en Half Moon Bay, a una hora de coche de Berkeley. He pensado que podemos hacerle una visita a Aria.

—¿Quieres ir ahora? —lo interrogó Sean, sacando ya el móvil para mandarle un mensaje a su hermana.

—Mañana tenéis clase —repuso Cam, con tono culpable.

En realidad, él también tenía algunas, las de los profesores que habían accedido a darle una oportunidad para recuperar las que había perdido.

Sean enarcó las cejas.

—Dilo y nos vamos ahora mismo —aseguró.

Cam se preguntó cómo había podido dudar de su gemelo. Le proponía

saltarse las clases, a saber con qué consecuencias, conducir unas seis o siete horas hasta Berkeley, y luego una más para llegar a Half Moon Bay, todo ello sin la mínima certeza de dar con Maverick. Sean ni siquiera conocía cuáles eran su plan para localizarla, y allí estaba, dispuesto a salir corriendo en el momento en el que él lo dijera. Olivia, a su vez, también parecía encantada con la idea de acompañarlo.

«No me los merezco», pensó.

—¿No tienes entrenamiento? —le preguntó, y Sean hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Lo arreglaré, Cam. Esto es más importante. Se trata de mi sobrina.

Olivia no se puso a gritar como una loca ni pareció sorprenderse. Cam supuso que Sean la habría puesto al corriente.

—Está bien —cedió, no quería esperar más.

—Bueno —intervino Olivia, poniéndose en pie—, subiré a meter un par de cosas en una mochila.

Le dio un beso a Sean antes de encaminarse hacia la habitación de este; era obvio que pensaba subir por la escalera de incendios. Su comentario puso en marcha también a los gemelos, que se dirigieron a sus respectivos dormitorios.

—¡Aria ya está al tanto de todo! —gritó Sean, mientras preparaba sus cosas

—. Podemos quedarnos en casa de Max.

Sin responderle, Cam salió de su habitación y entró en la de su hermano.

No podía creer que, después de todo por lo que habían pasado, fueran a hacer aquello.

—Gracias, Sean —le dijo, y su voz se quebró debido a la emoción.

Su hermano levantó la vista de la mochila que había colocado sobre la cama y se volvió.

—Estás de coña, ¿no? Haría lo que fuera por verte feliz, Cam, cualquier cosa. Métetelo en la cabeza, hermanito. —Le dio un empujoncito en el hombro.

Él también se había emocionado—. Y ahora vete y acaba de recoger. Olivia no tardará mucho más.

Se turnaron para conducir hasta Berkeley. Cam tuvo que esforzarse para no pisarle de más al coche cuando estuvo tras el volante. Tomar la decisión de ir en busca de Maverick había disparado sus niveles de adrenalina, estaba desesperado por llegar.

Sean llamó a su entrenador de camino y los gritos de este se escucharon con claridad en el interior del habitáculo sin necesidad de que pusiera el manos libres. Lo amenazó con echarlo del equipo titular si no regresaba para el fin de semana a pesar de que Sean le aseguró que se trataba de una emergencia familiar. Cuando colgó, Cam le hizo prometer que volvería a tiempo, no importaba lo que sucediera. No quería que saliera perjudicado por su culpa.

Durante el trayecto, pararon para aprovisionarse de refrescos, patatas fritas y un buen surtido de *snacks* que hicieron las delicias de Olivia, y llegaron a Berkeley bien entrada la tarde, cansados pero felices de estar allí. Condujeron directamente hacia el piso de Max. Ya habían estado meses atrás en él. Ninguno guardaba buenos recuerdos de esa visita, pero no hicieron comentarios al respecto. No era algo de lo que quisieran hablar.

Aria los esperaba en la calle, frente al edificio en el que vivía Max, tal y como había hecho la vez anterior. Apenas Cam salió del coche, se lanzó sobre él con tanto ímpetu que estuvieron a punto de caer al suelo.

Cam la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Te he echado de menos —murmuró Aria contra su pecho.

Ambos sabían que no se refería solo a los días que habían pasado desde que se habían despedido en Baker Hills.

—Yo también, hermanita. Mucho.

La mantuvo un instante más entre los brazos y se permitió disfrutar del cariño que le brindaba su hermana. Fue como si recuperara una parte de sí mismo, aunque no estaba del completo, no todavía.

Se separó de Aria con una sonrisa. Le estrechó la mano a Max y los demás intercambiaron también saludos. Era tarde, demasiado tarde para comenzar su búsqueda; todo lo que podían hacer era cenar algo e irse a dormir.

Lo peor fue recibir una llamada de la señora Donaldson en la que los informó de que Maverick no estaba ya en Baker Hills. Su madre no entró en detalles, pero el encuentro con la abuela de la chica no había sido precisamente agradable. La mujer se había negado a decirle nada sobre su paradero.

—Da igual —le dijo Cam—. Pienso encontrarla de todas formas.

8

—No es una lista corta, Cam.

Estaban en Half Moon Bay. Max era el único que no había podido unirse a ellos; ese día tenía un examen que no había forma de que pudiera eludir. Todos miraban por encima del hombro de Aria los nombres de los locales que Cam había localizado a través de internet.

—Puede que sea más —les dijo él. Algunos no constarían en el mapa que había consultado.

Sean le dio una palmada en la espalda.

—No hay problema, nos dividimos y listo.

Eso hicieron. Formaron dos parejas: Sean y Olivia irían por un lado y Aria y

Cam por otro.

Si lo pensaban bien, aquello era una locura. Ni siquiera sabían si Maverick vivía en ese pueblo; o quizás sí, pero no trabajaba allí. Aunque así fuera, podía coincidir con su día libre.

Aria debió detectar la inquietud de Cam, porque se acercó a él y se colgó de su brazo.

—La encontraremos —le dijo, sonriendo para tranquilizarlo.

Cam deseaba que tuviera razón. Asintió para convencerse de ello y echaron a andar. Olivia y Sean ya iban calle abajo en dirección contraria.

A pesar de haberse levantado temprano y de emplear gran parte de la mañana en recorrer las cafeterías de la zona, sus esfuerzos no habían dado frutos aún a la hora del almuerzo. Sean y Olivia tampoco habían tenido suerte. Su hermano le había enviado un mensaje para decirle que Olivia y él iban a parar un momento para comer algo y que luego se pondrían de nuevo en marcha. Ellos decidieron hacer lo mismo; estaban muertos de hambre.

Compraron unos perritos calientes y refrescos y se sentaron en el muro que delimitaba la playa, mirando al mar. Las olas eran increíbles y no aptas para novatos. Cam entendió por qué atraían a tantos surfistas. Había una belleza extraña e hipnótica en la forma en la que el mar cobraba fuerza y se iba levantando para dar lugar a aquellas olas inmensas.

—Siempre he querido hacer surf —comentó Aria, y le dio un mordisco a su perrito.

—Olivia podría enseñarte.

Su hermana se giró para mirarlo.

—¿Olivia sabe hacer surf?

Cam se encogió de hombros y sonrió. En realidad, no tenía ni idea.

—Dudo mucho que haya algo que no se atreva a hacer.

Aria estuvo de acuerdo con él.

—Es perfecta para Sean —señaló ella. Dio otro bocado, masticó y tragó antes de continuar—. Y Maverick lo es para ti.

—No quiero hacerme ilusiones, Aria, no sé si ella...

No terminó la frase, no estaba seguro de qué decir. Aunque la niña fuera hija suya, aún estaba el hecho de que Maverick jamás se hubiera puesto en contacto con él durante años.

Su hermana le dedicó una sonrisa comprensiva y, por primera vez, Cam se sintió como si ella fuera la hermana mayor y él estuviese perdido y necesitase su consejo. Tal vez fuera así. Quizás todos necesitamos a alguien que haga de hermano mayor, de amigo, que nos tienda la mano y que nos diga que todo va a salir bien.

—Eres la mejor persona que conozco, Cam. Siempre has estado ahí para mí

—le dijo Aria, manteniendo la sonrisa en sus labios—, incluso cuando yo no creía necesitarte. Te pareces tanto a papá... —Hizo un breve pausa, turbada por el recuerdo—. Maverick sabe eso, pero, si duda, muéstraselo. Terminará por verlo, igual que lo ve Sean o lo veo yo. Olvídate de lo correcto o de ser responsable, es probable que eso no sirva con ella. Sé tú mismo, sé solo Cameron James Donaldson y todo saldrá bien.

No podría haber contestado aunque hubiera querido. Se limitó a abrazarla y darle las gracias en silencio. Mientras la mantenía contra su pecho, su mirada regresó al mar. Había media docena de surfistas en el agua, pero uno de ellos llamó su atención.

—Reconocería esa melena en cualquier parte —murmuró, atrayendo la atención de Aria.

Esta lo soltó y dirigió la vista hacia la playa.

En el agua, una chica pelirroja acababa de empezar a remar sobre su tabla.

No tardó en ponerse en pie, impulsada por una ola de proporciones considerables. Se deslizó con una soltura y una gracilidad que Cam no pudo dejar de admirar, prácticamente bailaba sobre el agua, inclinándose en distintas direcciones para adaptarse a sus movimientos. Su cuerpo fluía en armonía con la

ola, y la imagen hizo que Cam evocara la sensación de su piel bajo la yema de los dedos.

La observó desde donde se encontraban mientras ella se acercaba más y más a la orilla, hasta que comprendió que su intención era salir del agua. Aria, a su lado, había permanecido en silencio, absorta también en el magnífico espectáculo.

—Debería dejaros solos —le dijo, consciente de que Maverick no tardaría en llegar a la arena—. Tranquilo, va a ir bien.

Maverick estaba preciosa, más hermosa de lo que Cam la hubiera visto jamás. El sol hacía brillar las gotas de agua de su pelo, convirtiéndolo en el fuego que él necesitaba para derretir el invierno que había creído infinito, el de su propio corazón. Mientras se acercaba a ella, solo echó de menos una cosa: su sonrisa. No había rastro de ella cuando lo descubrió a pocos metros, caminando en su dirección.

—Eso... eso ha sido increíble —le dijo, sin dejar de sonreír.

Él, al contrario que Maverick, no podía ocultar su sonrisa ni la emoción que suponía haberla encontrado.

Maverick depositó la tabla sobre la arena y tiró del velcro que cerraba el cuello de su neopreno. Estaba sorprendida, Cam era consciente de ello, la conocía bien. Sin embargo, parecía reacia a hablar. Cam esperó, podía esperar todo el tiempo que ella necesitara. Contempló cómo sacudía el pelo y echaba un rápido vistazo al agua. Un momento después, Maverick se decidió a hablar por fin.

—¿Cómo me has encontrado?

Cam pensó su respuesta durante unos segundos, mientras sus miradas se enredaban de una forma familiar, reconfortante.

—Me lo contaste hace años —abarcó la playa con un gesto de su mano—, la playa, tu nombre. Mavericks Beach.

Ella bajó la vista y se miró las manos, desconcertada.

—Me escuchabas. —Fue todo lo que dijo, y Cam pensó en decirle que había prestado atención a cada palabra que había salido de su boca. Siempre.

Avanzó unos pocos pasos hacia ella. Había tanto que quería decirle...

—¿Cómo se llama? —Cam sabía que entendería a quién se refería—.

Quiero... Necesito verla.

Maverick exhaló un largo suspiro, uno que la vació por dentro y se llevó algo más que el aire de sus pulmones.

—No hagas esto, Cam.

—¿Hacer qué? —replicó él, confuso.

Maverick seguía con la vista fija en la arena. Cam deslizó los dedos bajo su barbilla y empujó hacia arriba para obligarla a mirarlo.

—Lily, su nombre es Lily, de Lilian. —Maverick asintió al descubrir su expresión de sorpresa—. Sí, como tu abuela, yo también te escuchaba.

Le había puesto el nombre de la abuela materna de Cam. La mujer había muerto cuando él rondaba los catorce años, pero él siempre la había adorado.

Había sido un golpe duro para todos los hermanos Donaldson, y que Maverick hubiera elegido ese nombre para su hija conmovió a Cam.

—Lily —repitió Cam, y el eco de su nombre le calentó un poco más el pecho.

Pero Maverick se removió, inquieta, y se apartó de él. La mano con la que Cam había sujetado su barbilla cayó a un lado.

—No deberías estar aquí.

—Ah, ¿no? —terció él, levemente enfadado—. ¿De verdad creías que lo dejaría estar? ¡Es mi hija, Mave, por Dios!

Los ojos de Maverick se clavaron él.

—Lo era también hace cuatro días —replicó, dolida—. Lo vi, Cam, vi tu rostro al mirarla. Lo mucho que te horrorizaba. —Su voz se tornó dura—.

¿Sabes? Mi padre también me miró así una vez, y no permitiré jamás que nadie lo haga con Lily. Ni siquiera tú.

9

No logró convencer a Maverick de que lo llevara con la niña, ni siquiera quería escucharlo. Eso lo cabreó y lo entristeció al mismo tiempo.

—¡Me lo ocultaste, joder! —le gritó desde el mismo muro en el que había estado sentado un momento antes junto a Aria.

Maverick se detuvo, descalza sobre la acera y con la tabla de surf bajo el brazo. Cuando se giró hacia él, había lágrimas resbalando por sus mejillas. Cam se arrepintió en el acto.

No podía hablarle del porqué de su expresión al descubrir a Lily en el porche de su abuela. ¿Cómo iba a decirle que había pensado que Sean y ella habían tenido algo a sus espaldas?

Se miraron en silencio, separados por varios metros de distancia. Cam no se atrevió a acercarse a ella y Maverick no parecía tener intención de volver sobre sus pasos. Deseó secar sus lágrimas y ser capaz de conseguir que

dejase de llorar, pero se mantuvo inmóvil.

—Quiero volver a verla, Mave. Por favor, déjame verla.

Ella agitó la cabeza de un lado a otro, pero no había seguridad en aquel movimiento, casi parecía un simple reflejo, una madre protegiendo a su hija.

—No hace falta que le digas quién soy. Solo... deja que la vea. —Ahora sí, Cam avanzó un paso hacia ella, titubeante; odiaba la tristeza que reflejaba su mirada, y se preguntó si tanto le disgustaba que hubiera ido a buscarla—. Aria está estudiando en Berkeley y yo voy a quedarme unos días con ella —continuó, esperando disuadirla para que aceptara—. Por favor, Mave. Tú y yo deberíamos hablar. Querías explicármelo y yo no te dejé. Lo siento, déjame arreglarlo.

Avanzó un paso más. Maverick no retrocedió, así que caminó despacio hasta donde se encontraba.

—Por favor —repitió.

No le importaba suplicar.

—No me dejaron llamarte —soltó Maverick, cuando Cam estuvo frente a ella—. Al principio... mi padre me quitó el móvil y me prohibió que avisara al padre del niño o a cualquier otra persona. Luego...

Cam estiró la mano y tomó la suya con suavidad. Sus dedos estaban fríos.

—¿Qué pasó después, Mave? —Había cariño en su voz, una ternura infinita hacia ella.

Ardía en deseos de rodearla con los brazos y no dejarla marchar jamás. Fue consciente de ello en el instante en que Maverick lo miró a los ojos. Había estado enamorado de ella en el pasado y lo estaba ahora. Amaba a Maverick Parker. Ese pensamiento derritió cualquier rastro de hielo que quedara en torno a su corazón.

—Después yo... —tartamudeó ella, y volvió a negar con la cabeza—. No podemos hablar de esto aquí, Cam. No, yo no...

—Tranquila, solo dime cuándo y dónde. Estaré allí.

Tras esas palabras, más lágrimas acudieron a sus ojos. Cam no comprendía qué había dicho para que reaccionara así.

Sacó su móvil del bolsillo y se lo tendió.

—Apúntame tu número. Te haré una llamada perdida y puedes llamarme cuando quieras. —Cam se estaba esforzando para no presionarla, aunque todo cuanto deseaba era besarla y hacerle prometer que jamás volvería a desaparecer

—. O puedo acompañarte si quieres.

Maverick reflexionó un momento antes de contestar.

—Es tu hija —le dijo, finalmente—, tienes todo el derecho del mundo a verla.

A Cam le daba la sensación de que la idea no le entusiasmaba demasiado.

¿Era posible que no lo quisiera en su vida? ¿Que lo sucedido entre ellos en Baker Hills no hubiera significado lo mismo para ella?

Mientras Maverick tecleaba su número en el teléfono de Cam, él la observó sin disimulo. Había pasado siete años sin saber nada de ella; sin embargo, era como si nunca se hubiera ido pero estuviera a punto de hacerlo ahora. Sentía que la perdía, o quizás nunca la hubiera tenido en realidad.

—Mave, yo...

—Te avisaré —lo cortó ella—. Yo te avisaré.

«Abrázala —se dijo—. No la dejes marchar».

Pero Cam no se movió.

Maverick se deshacía en pedazos frente a sus ojos y él ni siquiera era capaz de reaccionar. Aunque continuaba sin comprender por qué nunca se había puesto en contacto con él, no podía ni imaginar lo que había supuesto para ella criar sola a su hija, ser madre con tan solo diecisiete años. Ahora comprendía que no hubiera ido a la universidad, como también podía entender que le hubiera dicho que era feliz cuando él le había preguntado. Cam había sido testigo de la forma

en la que Maverick trataba a Lily en Baker Hills, incluso mientras discutía con él, y con su abuela presente, el rostro de Maverick se había transformado al mirar a su hija y le había dedicado una de esas sonrisas que él tanto echaba de menos.

Cam trató de no pensar que la tristeza que mostraba en ese momento la provocaba él.

—Está bien —le dijo—, pero llámame, por favor.

La dejó marchar muy a su pesar, con la sensación amarga de no saber qué hacer ni qué decir para recuperar sus sonrisas, para que ella volviera a mirarlo como lo había hecho en el pasado, como Cam quería que lo hiciese. La observó mientras se alejaba cargando con su tabla, y Aria se acercó a él y se colocó a su lado. Se había mantenido al margen pero cerca, por si Cam la necesitaba.

—¿No ha ido bien? —Resultaba obvio que las cosas no habían salido como esperaba. Cam negó, pesaroso—. ¿La quieres, Cam? ¿Estás enamorado de Maverick?

—Sí. —Fue todo cuanto dijo.

No había mucho más que decir; no cuando la chica a la que amaba se estaba alejando de él.

Fueron en busca de Olivia y Sean, que habían continuado visitando cafeterías en busca de Maverick y que se entusiasmaron al enterarse de que habían dado con ella, pero la alegría les duró poco, el tiempo que tardaron en reunirse y comprobar el estado derrotado en el que Cam se

encontraba.

—Tengo su teléfono —comentó Cam, aunque eso no parecía suficiente, nada lo parecía en ese momento. Mientras los ponía al corriente, se habían sentado en una de las terrazas del pequeño puerto—. Tenéis que volver —

agregó, dirigiéndose sobre todo a Sean.

Ya no tenía sentido que todos estuvieran saltándose sus obligaciones universitarias.

—Y una mierda —le espetó su gemelo—, yo quiero conocer a mi sobrina.

Aria arqueó las cejas, pero mostró su acuerdo asintiendo.

—Vais a tener que darme un poco de tiempo para conseguir eso —terció él.

Dio un sorbo a su bebida, más ausente que nunca. Sabía que se le estaba escapando algo, pero no lograba descubrir de qué se trataba.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió Aria.

Esperar, eso era lo que se suponía que debía hacer; sin embargo, se sentía incapaz de quedarse de brazos cruzados. Ya había perdido mucho tiempo, siete años, no quería perder más.

Alternó la mirada entre sus hermanos; la pequeña Aria, que ya no era tan pequeña, había luchado por Max, había ido a buscarlo después de cometer el error de desconfiar de él y de sus sentimientos; a Sean, por el contrario, había sido Olivia la que había tenido que sacarlo del agujero en el que se había metido.

Ninguna de las dos parejas lo había tenido fácil, pero no se habían rendido y allí estaban. Él tampoco quería hacerlo. Al final de la historia, él quería quedarse con la chica, con las dos chicas, quería una familia. Quería esos años de vuelta, y eso era algo imposible de conseguir, pero no iba a perder ni un minuto más. No pretendía imponerle su presencia a Maverick, pero

tenían que hablar, ella debía saber lo que sentía. Todo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste, Aria? ¿Lo de mostrarle a Maverick quién soy? —Aria asintió, y le mostró su comprensión con una sonrisa—. Pues eso es todo lo que tengo, voy a enseñarle quién es Cameron James Donaldson. Ojalá sea suficiente.

—Lo será —terció Olivia, que había permanecido callada hasta entonces—.

Estoy segura de que lo será.

10

Maverick temblaba cuando llegó a la casa de dos plantas en la que vivía desde hacía siete años, y no temblaba debido al frío.

Su tía los había acogido sin reparos, incluso a su padre, al que nunca había soportado por la manera en la que trataba a su madre. Ella lo había echado de allí poco después. Ahora, en la casa, solo había mujeres: su madre, Lily y ella. Su tía vivía en otra de las propiedades con la que contaba en el pueblo, no muy lejos de allí.

Dejó la tabla junto a la puerta, sin molestarse en lavarla con la manguera.

En realidad, lo olvidó por completo a pesar de que era algo que hacía de forma rutinaria cada vez que llegaba de la playa. Tampoco se quitó el neopreno, sino que entró con él puesto. La voz de su madre le llegó desde la cocina, Lily estaba con ella.

—¡Ya he vuelto! —gritó desde la entrada, y enseguida se encaminó hacia ellas.

Lily echó a correr en cuanto entró en la estancia.

—Mamá, mamá —la llamó, lanzándose en sus brazos.

Maverick sonrió y la alzó en vilo; cada vez pesaba más y le costaba levantarla del suelo, pero la cargó sobre su cadera de todas formas.

—¡Estás mojada! —chilló la niña.

Riendo, se revolvió entre sus brazos y Maverick la puso en el suelo, no sin antes darle un beso en la mejilla. Lily regresó corriendo junto a su abuela. La mujer estaba preparándole la merienda a su nieta. Levantó la vista de la encimera y se percató enseguida de que algo iba mal.

—Lily, cariño, ¿por qué no vas un rato a ver la tele? —sugirió, sin dejar de mirar a Maverick—. Pero solo un ratito. Toma —le entregó un sándwich a la pequeña—. Ahora te llevo un poco de zumo.

Lily las observó a ambas con curiosidad, como si supiera que querían deshacerse de ella.

—¿Vais a hablar de cosas de mayores? —inquirió, y su abuela se echó a reír.

—Así es.

—Vamos, peque. Ve al salón. Ahora voy contigo —añadió Maverick.

La niña, no demasiado convencida, obedeció.

Becca, la madre de Maverick, comenzó entonces a recoger los restos de comida y sacó una jarra de zumo de naranja del frigorífico.

—¿Estás bien? —preguntó a su hija.

—Cam está aquí. Cam Donaldson —añadió, aunque no creía que su madre necesitara la aclaración. Estaba al tanto de una parte de lo sucedido en Baker Hills—. Hay algo que no te he dicho nunca —continuó. Rodeó la isla que presidía la cocina y se colocó junto a ella para poder hablar en voz baja y que Lily no la escuchara—. Él es el padre de Lily, no Sean.

Tuvo que explicarle algo que no había hecho hasta entonces. Sus padres nunca habían sabido a ciencia cierta quién era el padre de Lily, aunque siempre habían sospechado de los Donaldson, en concreto, de Sean Donaldson, dado que su padre la había sorprendido con él en la cabaña.

Maverick dejó que pensarán que era él, aunque no lo llegó a confirmar. De algún modo, creía estar protegiendo a Cam. Todo el mundo conocía la fama de ligón de Sean ya por aquel entonces, y Maverick sabía que, de haberse tratado del gemelo más responsable de los Donaldson, sus padres podrían haberse sentido tentados de obligarlo a hacerse cargo de la niña.

—¿Cam? ¿Cam? —repitió su madre, y ella asintió—. ¿Y está aquí?

Volvió a asentir.

En un primer momento, Maverick había creído que eran imaginaciones suyas, que su mente había invocado la imagen de Cam allí, caminando hacia ella sobre la arena con una extraña expresión en el rostro. Pero era real, Cam estaba en Half Moon Bay y quería ver a su hija.

—Quiere verla.

—Está en su derecho —suspiró Becca—. No puedo creer que me mintieras acerca de esto.

—No lo hice, nunca os dije que fuera Sean.

Su madre le dedicó una mirada reprobatoria, pero hizo lo posible por no enfadarse con Maverick. No lo había tenido fácil y ya era tarde para lamentarse por el pasado.

—No sé qué decirle a Lily —repuso ella.

Tampoco sabía cómo afrontar lo que había pasado entre Cam y ella en Baker Hills, algo para lo que no había estado preparada. Pero no dijo nada a su madre al respecto, esa era una de las partes que no le había contado de su viaje.

—Sería bueno para ella conocerlo, Maverick. Es muy lista y cada vez hace más preguntas. Ni siquiera creo que se trague eso de que su padre vive en la otra punta del mundo y no puede venir a verla.

El comentario de su madre la hizo sentir aún más culpable. Nunca había querido confesarle a su hija que la que la había mantenido al margen de su padre todos estos años era ella... ¿La odiaría por ello? Pero Cam tenía derecho a estar con ella, ese era un error que no se perdonaría fácilmente, si bien, en su momento la decisión había parecido ser la adecuada.

—Preséntaselo, que lo conozca —suspiró la mujer, y le tendió un vaso de zumo—. Luego ya encontrarás la manera de decirle quién es. A lo mejor entonces también me lo cuentas a mí —añadió, sonriéndole.

Después de ducharse, Maverick pasó un rato viendo los dibujos con Lily.

Esa tarde le tocaba trabajar, por lo que la niña se quedaría con su madre. Tendría tiempo para pensar y decidir qué hacer.

Aún sentía un hormigueo extraño en el pecho cuando entró en la cafetería en la que trabajaba. Había cogido el móvil y, al ver la llamada perdida de Cam, se había quedado varios minutos observando la pantalla. Incluso ahora, el aparato le quemaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—¡Al fin estás aquí! —Jane, su jefa, se lanzó sobre ella y la abrazó.

Era el primer día que tenía turno después de su regreso de las vacaciones.

Jane y ella eran amigas desde hacía años, cuando Maverick había entrado allí buscando un trabajo que la ayudara a mantener a su hija y a ella misma.

—Yo también te he echado de menos —le dijo con una sonrisa.

—¿Y bien?

Maverick arqueó las cejas, aunque sospechaba lo que Jane le estaba preguntando.

—¿Y bien qué?

—No me hagas sonsacarte la información, Maverick, sabes que lo haría —
repuso, señalando la zona tras el mostrador—. Puedo tenerte fregando
vasos todo el día o... mandarte a limpiar el baño si me lo pones difícil.

Maverick rio. Eso era parte de su trabajo de todas formas.

—¿Lo has visto?

Mantuvo una expresión neutra durante un instante, lo suficiente para crear
expectación. Eso era lo que le gustaba de Jane, era capaz de arrancarte
una sonrisa siempre, no importa lo mal que estuvieran las cosas. Fue hasta la
barra y tomó uno de los delantales con el logo de la cafetería para
ponérselo. Su jefa observó el proceso con atención, esperando una
respuesta.

Maverick terminó de atarse las cintas y alzó la mirada.

—Lo he visto —le confirmó.

Los detalles tuvieron que esperar. Los clientes no podían hacerlo y, al local,
lleno a medias, comenzó a llegar más y más gente. La amistad entre su jefa y
ella era una de las pocas cosas buenas que había conllevado su traslado a
California.

A ella le había confiado más cosas de su pasado que a cualquier otra
persona.

Ella era la única que lo sabía todo, absolutamente todo.

Las horas desfilaron por el reloj sin pausa y de forma apresurada. El
ambiente en la cafetería siempre era bueno, y mucho de los clientes,
habituales.

Maverick disfrutaba de la sencillez de su labor, pero sobre todo del trato
humano y la relación con las personas que allí acudían.

—¿Qué hay, Rob? —Saludó a un chico que venía siempre a media tarde.

Solía sentarse en una de las mesas junto a las cristaleras que daban al paseo y pasaba al menos dos o tres horas allí, consumiendo un café tras otro mientras escribía en su portátil. Había publicado recientemente su primera novela, el inicio de una saga de fantasía, que había escrito sentado a aquella mesa.

—Tengo una idea... —No terminó la frase, pero ella sabía lo que significaba.

Maverick le sonrió.

—Iré a por café.

Rodeó la barra y fue a por una de las jarras y una taza para servirle; Rob estaba inspirado, pero necesitaba su dosis de café para funcionar. Cuando regresó, el chico ya estaba encendiendo el ordenador. Rellenó una taza grande casi hasta el borde sin decir una palabra. Probablemente, él no volvería a abrir la boca hasta que terminara su sesión de escritura.

Maverick dejó también unas galletitas en la mesa y se retiró complacida por la expresión de concentración del muchacho. Su espalda topó con alguien y fue a girarse para pedir disculpas al cliente con el que había tropezado, pero antes incluso de volverse del todo supo de quién se trataba. El aroma de Cam se coló por su nariz y la envolvió por completo, reconocería ese olor en cualquier lugar.

Aun así, su cuerpo completó el giro y sus ojos buscaron el rostro que tan bien conocía.

Durante un instante, ninguno de los dos dijo nada. Fue Cam el que por fin se decidió a hablar.

—Hola.

—Hola —contestó Maverick.

Tiempo atrás, no hubieran tenido que hacer ningún tipo de esfuerzo para entablar una conversación, pero para Maverick resultaba extraño ver a Cam

allí, dos partes de su vida confluyendo en un mismo lugar; presente y pasado estaban ahora en aquel pequeño café del paseo de Half Moon Bay, y ella no tenía ni idea de cómo sentirse al respecto. Entendió lo que debía haber sido para él encontrársela entre los asistentes al funeral de su padre.

—No sé si deberías estar aquí. Estoy... estoy trabajando.

Él sonrió, una sonrisa de medio lado que en otro tiempo la volvía loca; Maverick se estremeció.

—Lo sé. Solo quiero tomarme un café —le dijo, sin dejar de sonreír—. He pasado por unas cuantas cafeterías antes de encontrar el lugar adecuado.

Cam la rodeó para ir a sentarse en una mesa. Ni siquiera la rozó, pero ella fue consciente de todos y cada uno de sus movimientos.

11

Tardó tanto en recuperarse de la sorpresa de ver a Cam en su lugar de trabajo que Jane tuvo que llamar su atención desde detrás del mostrador.

—¿Estás bien? —le preguntó, cuando regresó tras la barra. Jane miró hacia Cam y luego de vuelta a ella—. ¿Se puede saber quién es ese bombón? ¿Os conocéis?

Maverick siseó para hacerla callar, aunque le pareció que la sonrisa de Cam se hacía más pronunciada.

—Cam —susurró muy bajito, y su jefa abrió mucho los ojos y los desvió de nuevo hacia él.

—¿Ese es Cam? —inquirió, y Maverick le dedicó una mirada de advertencia—. Nunca dijiste que fuera tan tan...

Maverick le puso la mano sobre la boca antes de que completara la frase y no la retiró hasta que estuvo segura de que no lo haría.

Cam ya había sido guapo con tan solo quince años, pero ahora era escandalosamente atractivo. Sus ojos azules, idénticos a los que veía cada día

en el rostro de su hija y que habían hecho que no dejara de pensar en él; el pelo rubio alborotado, un poco más largo que entonces; su resplandeciente sonrisa, y esa sombra de barba que le daba un toque de lo más *sexy*. Sin embargo, no había sido su físico lo que había atraído a Maverick. De ser así, no habría encontrado diferencia alguna entre su gemelo y él. Cam era más, mucho más de lo que se veía a simple vista.

—¿Vas a ir a preguntarle qué quiere o prefieres que lo haga yo? —El tono de Jane dejaba claro lo que sucedería si era ella la que lo atendía.

Maverick la retuvo, agarrándola del brazo.

—Ni se te ocurra.

Su jefa se encogió de hombros.

—Atiéndele bien —se burló—, queremos que nuestros clientes vuelvan.

Maverick puso los ojos en blanco. Se acercó despacio a la mesa en la que se había sentado Cam; llevaba la jarra de café en la mano, pero había olvidado la taza. Tuvo que volver sobre sus pasos para coger una.

—Café, ¿verdad?

Cam levantó la vista de la carta y asintió, y una cascada de recuerdos se

hizo con el control de la mente de Maverick. Se esforzó para concentrarse y no derramar la bebida mientras la servía.

—No tenemos pastel de calabaza —comentó, sabiendo que era su preferido

—, pero tal vez quieras probar el de manzana.

—¿A qué hora sales?

La pregunta fue tan directa y repentina que la pilló desprevenida. La jarra estuvo a punto de resbalar de su mano, y le pareció escuchar la risa aguda de Jane a su espalda. Con toda probabilidad, no perdía detalle de

lo que sucedía en la mesa y disfrutaba de ello.

Agitó la cabeza, sin saber si negaba o asentía.

—A las siete —logró contestar por fin.

Cam le dio un sorbo al café y se quedó mirándola. Había una determinación en su expresión que no había estado ahí esa mañana, una que Maverick desconocía.

—Me preguntaba si querrías cenar conmigo.

Todo aquello iba demasiado rápido. Maverick no podía pensar con claridad.

—No sé si es una buena idea, Cam. —Titubeó. Era lógico que Cam se interesase por ella o, más bien, por su hija—. Tengo que regresar a casa, Lily...

—Sí, ya lo imaginaba —la interrumpió él—. He visto un restaurante al venir hacia aquí, tiene una zona de juego para niños. Puede que a Lily le guste.

Abrumada, Maverick balbuceó una excusa y aprovechó la excusa que le brindaba la llegada de nuevos clientes. Se dedicó a realizar su trabajo con un esmero nunca visto; Jane era muy consciente de ello.

—Si sigues sacando brillo a ese plato, lo harás desaparecer —le susurró, divertida.

Era la primera vez que la mujer veía a Maverick perder la compostura. A pesar de lo joven que era, se comportaba siempre con una madurez que no correspondía a su edad. A lo largo de los años en los que había trabajado para ella, algunos clientes habían tratado de tontear con ella y se los había quitado de encima sin ningún problema. Pero claro, aquel no era un cliente cualquiera.

—Quiere que salgamos a cenar. Con Lily —añadió, dejando el plato con el resto de la vajilla.

Jane se apoyó en la barra, de espaldas a la clientela.

—¿Y tú qué es lo que quieres? —le preguntó—. Porque yo tengo muy claro lo que querría...

Maverick le dio un codazo para hacerla callar, pero tuvo que reírse. Su risa atrajo la atención de Cam, que la observó con intensidad renovada.

—Te está mirando de nuevo —silbó Jane, encantada por la situación.

—Yo... yo no...

Jane arqueó las cejas.

—Tú no pareces tú, ¿tanto te impone?

Maverick soltó otro plato; lo había cogido sin darse cuenta y ya estaba reluciente.

—No sé si puedo hacer esto.

—¿Qué es lo que te da miedo, Maverick? —la interrogó su jefa, arrebatándole un tercer plato—. Es el padre de Lily y está aquí, eso tiene que ser una señal.

Maverick desvió la vista hacia la mesa de Cam. Era el padre de Lily, sí, pero también era su primer amor, el chico del que se había enamorado años atrás, un amigo de la infancia, un amante en las navidades pasadas; era solo una persona y, a la vez, era muchas. Maverick se preguntaba cuál de todas ellas estaba sentada en aquella mesa.

Continuó sirviendo a los clientes sin que Cam la interrumpiera o reclamara su atención, hasta que pasó por su lado y él se dirigió a ella.

—¿Te importa ponerme más café, por favor? —le pidió, con voz suave.

Ella asintió y fue en busca de una de las jarras y galletitas para acompañar la bebida. Cuando ya había rellenado la mitad de la taza, Cam rodeó su muñeca con los dedos y la detuvo.

—Gracias —le dijo, pero no la soltó.

La sensación de su mano contra la piel trajo a su memoria lo sucedido en Baker Hills, y el calor que ascendió por su brazo comenzó a extenderse por todo su cuerpo.

—Está bien. Iré... iremos a cenar contigo. Es justo que puedas conocer a Lily.

Las comisuras de los labios de Cam se curvaron y el brillo de su mirada redobló su intensidad. Echó un vistazo al reloj y se puso en pie.

—Estaré aquí a las siete.

Maverick murmuró un «de acuerdo» y se apartó para dejarlo pasar, pero Cam se mantuvo frente a ella. Se inclinó un poco hacia ella y, por un momento, creyó que iba a besarla. Abrumada, sus pies retrocedieron un par de pasos, a lo que él contestó con otra de sus sonrisas torcidas. No se lo estaba poniendo fácil.

—¿Vas a dejar de sonreírme así? —soltó, parte de su descaró habitual recuperado.

—¿Te molesta que te sonría, Mave?

Negó, aunque sí que la ponía nerviosa. De repente, Cam parecía muy seguro de sí mismo y no estaba segura de lo que eso significaba.

—A las siete —repitió Cam, y luego se marchó.

Maverick rellenó varias tazas más, incluida la de Rob, que continuaba enfrascado en su labor sin atender a nada de lo que sucedía en la cafetería, y acudió junto a Jane. Esperó a que su jefa terminara de cobrarle a un cliente.

—Esto no va a salir bien —le dijo.

—¿Te refieres a Lily y él? ¿O a ti?

Miró la puerta por la que Cam había salido hacía apenas unos minutos y reflexionó acerca de lo que tanto le preocupaba; era lo mismo que le había preocupado años atrás, lo mismo que hizo que no lo llamara nunca a pesar de que, tras el secuestro inicial de su móvil por parte de su padre, había tenido ocasiones de sobra para hacerlo.

12

Cam estaba de vuelta a las siete menos diez. Había estado con Sean, Aria y Olivia un rato y luego los había acompañado hasta la estación de autobuses. Él se quedaría con el coche, por lo que habían tenido que buscar una alternativa para regresar a Berkeley. Ninguno había protestado; todos estaban ilusionados y felices de ver a Cam tan decidido. Aria lo había abrazado, al igual que Sean, e incluso Olivia se había mostrado emocionada.

—¿Te molesta si me siento aquí a esperarte? —le preguntó a Maverick, señalando uno de los taburetes de la barra. No quería estorbar.

Debían estar a punto de cerrar, y la mayoría de clientes ya habían abandonado el local.

—Tranquilo, puedes sentarte —intervino Jane, antes de que Maverick pudiera abrir la boca.

Cam tomó asiento y la observó mientras recogía las mesas. Era completamente diferente a la chica que había encontrado en Baker Hills, no había tensión en sus hombros y brillaba, resplandecía cada vez que sus labios se curvaban. Supuso que a eso se refería cuando le había dicho que era feliz con su nueva vida.

Contempló sus movimientos mientras iba y venía por el local, la coleta alta que se había hecho oscilaba de un lado a otro al mismo ritmo que lo hacían sus caderas, de una forma deliciosa.

—Deja de comerte con los ojos a mi empleada —repuso Jane, divertida.

Cam apartó entonces la mirada de Maverick. Se centró en la dueña de la cafetería y le ofreció una sonrisa de disculpa.

—Es difícil. Llevo siete años sin verla —replicó, con una sinceridad apabullante. A continuación, bajó un poco la voz—. Me da miedo que vuelva a desaparecer.

Aun habiendo susurrado, Maverick escuchó cada palabra.

La campanilla de la entrada repicó, anunciando la llegada de un nuevo cliente a pesar de que el cartel de «cerrado» ya colgaba visible contra el cristal de la puerta. Cam se giró a tiempo para ver pasar a la carrera una pequeña de melena pelirroja. Lily se lanzó sobre las piernas de su madre en un intento de darle un susto.

—Buuuu —gritó la niña.

Maverick fingió asustarse y cayó de rodillas al suelo, para luego tirar de su hija y envolverla con sus brazos. Cam asistió al intercambio de besos, sonrisas y miradas cómplices que se dedicaron; lo maravilló verlas juntas, tan parecidas y a la vez tan diferentes. Vio a Aria en la pequeña, pero también descubrió que los ojos de Lily eran del mismo azul que los suyos y su sonrisa la misma que él tanto se había negado a dejar asomar a su rostro en los meses anteriores.

Se le encogió el corazón al comprender que había una parte de él en aquella

pequeña personita, y se sintió sobrecogido por esa realidad: era padre.

—La abu me ha dicho que tú y yo vamos a cenar fuera —comentó la niña, que parecía encantada con la idea.

Señaló al exterior. Cam siguió la dirección de su pequeña manita y descubrió a la madre de Maverick justo delante de una de las cristaleras. A pesar de los siete años transcurridos, la señora Parker lucía mucho mejor que entonces.

Maverick y ella podrían haber pasado por hermanas.

La mujer alzó la mano y saludó a Cam. No había rastro de la hostilidad que en otras ocasiones había mostrado su familia hacia él. Correspondió a su saludo con uno muy similar y una sonrisa de cortesía.

—Sí, hoy cenamos fuera —repuso Maverick, aún arrodillada frente a Lily—, con un amigo.

—¿Un amigo tuyo?

Maverick asintió y se volvió hacia Cam.

—Lily, él es Cam.

La niña también lo miró, y él se bajó del taburete para acercarse; imitó a Maverick y se puso de rodillas.

—¡Tú estabas en el pueblo de mi otra abuela! —exclamó la niña, emocionada.

Maverick mantenía a la pequeña sujeta por la cintura, pero ella había dejado de prestarle atención. Cam estaba tan nervioso que no sabía cómo actuar.

—Hola, Lily —la saludó finalmente, y extendió la mano en su dirección—.

Encantado. Así que te acuerdas de mí...

Chocó los cinco con él en vez de estrecharle la mano; Maverick reprimía la risa a duras penas.

—¿Conoces a mi abuela? Vive allí, en Baker... Baker...

—Hills —le recordó Maverick.

—¡Eso! Es un poco gruñona.

—¡Lily! —la amonestó Maverick, esforzándose para no soltar una carcajada.

—Déjala, dice la verdad —apuntó la señora Parker, que había entrado en la cafetería y ahora estaba junto a la puerta contemplando la escena. Jane hacía rato que había desaparecido en el interior del almacén para dejarlos a solas —. Cam Donaldson —lo saludó entonces la mujer, acercándose a él.

—Señora Parker. —Hizo un gesto con la cabeza, aunque no se irguió; no quería alejarse de Lily.

—Llámame Becca, por favor. —Echó un vistazo a la niña y a Maverick—.

Tráelas a casa temprano.

Cam asintió a pesar de que escuchó a Maverick resoplar. Resultaba obvio que la mujer continuaba mostrándose de lo más protectora con ella y, por supuesto, también con su nieta.

—Así lo haré.

Un breve asentimiento por su parte y un gesto de aprobación por parte de Becca Parker.

El restaurante no estaba lejos de la cafetería, por lo que fueron andando hasta él. Lily iba de la mano de Maverick, relatándole lo que había hecho por la mañana en el colegio. Cam no intervino en ningún momento, se limitó a escucharla embelesado. Al llegar, la niña salió corriendo directa a la zona de juegos aunque Maverick le advirtió que debía acudir a la mesa en cuanto la llamara.

—Es toda energía —comentó Cam mientras se sentaban.

—No te haces una idea, a veces resulta agotadora —repuso Maverick, había resignación en su tono de voz, pero también un cariño inmenso.

Estaba más nerviosa de lo que aparentaba, mucho más. Era consciente de que Cam haría preguntas y seguramente le exigiría formar parte de la vida de Lily. Había mucho de lo que hablar y no tenía ni idea de por dónde empezar. Sin embargo, fue Cam el que tomó la palabra en primer lugar.

—Tu madre tiene buen aspecto —comentó, rompiendo el silencio en el que se habían sumido.

Por duro que resultase, Maverick sabía que su padre solo había sido un lastre tanto para su madre como para toda su familia. Era duro aceptarlo, pero era la verdad. Una vez que había salido de sus vidas, todo había comenzado a mejorar de inmediato.

—Y ella es... —añadió Cam, lanzando un rápido vistazo a la zona infantil

—. Fantástica.

«Igual que tú», pensó, pero no llegó a verbalizar ese pensamiento.

Se observaron durante unos minutos y el silencio regresó a la mesa. A pesar de la algarabía que reinaba en el restaurante, no prestaban atención a las voces de los otros comensales.

—Lo siento —dijo Maverick, enfrentándose de una vez por todas a lo que les había llevado hasta allí—. Nunca quise marcharme de Baker Hills.

Cam levantó la mano, interrumpiéndola, y luego la colocó sobre la suya.

Maverick clavó los ojos en sus manos unidas, y se sorprendió de lo que un contacto tan simple provocaba en ella. Trató de reprimir el temblor que la acometió.

—Lo entiendo. Sé que no tuviste opción. —Cam hizo un breve pausa—.

Pero... ¿por qué no me llamaste, Mave? En todos estos años... ¿por qué? Habría venido, lo sabes; te habría buscado allí donde estuvieras.

Maverick continuaba con la vista fija en sus manos, reacia a levantar la mirada y enfrentarse a la de Cam. Suspiró y trató de recobrar al menos en parte la calma.

—Lo sé, Cam. Sé que hubieras venido —susurró, porque estaba segura de que así habría sido.

El camarero se acercó a la mesa y rellenó sus copas; la de Maverick, con vino, y la de Cam, con agua. Más tarde, tendría que conducir durante una hora para regresar a Berkeley.

Cam esperó pacientemente hasta que el camarero se retiró. Lily, por su parte, continuaba lanzándose por un tobogán circular, ajena a su conversación.

—Podrás verla siempre que quieras —le dijo Maverick, y él no pudo evitar sorprenderse por lo rápido que había cedido—, pero tienes que darme tiempo para contarle quién eres. Deja... deja que te conozca primero, que se acostumbre a ti.

Cam asentía, convencido de que Maverick sabría mejor que nadie cómo afrontar el tema. Le asustaba pensar que Lily pudiera rechazarlo, pero también no ser capaz de volver a llegar hasta Maverick. Quería formar parte de la vida de su hija, verla crecer, ayudarla, protegerla... Pero, además, había algo más que Cam Donaldson deseaba con todo su corazón: a Maverick.

13

Lily resultó ser una niña aún más increíble de lo que Cam podía haber imaginado: inteligente, despierta, no paraba quieta y su parecido con Aria iba más allá del físico; era tan cabezota como su hermana pequeña, lo cual le hizo reír a pesar de que no creía que Maverick apreciara ese rasgo en particular de su hija.

La buena relación entre ambas quedó patente durante la cena. Maverick

adoraba a la niña y Lily sentía devoción por su madre, aunque protestara o se revelara de tanto en tanto. La velada se desarrolló de forma amena y divertida, y Cam fue relajándose conforme avanzaba, tanto que olvidó sus temores.

Cuando llegaron al postre, se sentía tan bien que se inclinó hacia Lily y cuchicheó en su oído:

—¿Te gusta el helado? ¿Crees que tu madre nos dejara tomarnos uno? —le preguntó, y Lily soltó una risita, encantada de ser parte de aquella intriga.

—No me permite comer helado entre semana —le susurró también ella.

Maverick era muy consciente de lo que tramaban, pero los dejó hacer. La estampa la conmovió de tal manera que sabía que no podría negarse. Siempre había sabido que Cam podría llegar a ser un buen padre, no era de eso de lo que había dudado durante los años que lo mantuvo al margen.

—¿Crees que hoy hará una excepción? —le dijo Cam, y el rostro de Lily adquirió una expresión pensativa que la hizo parecer mucho mayor.

—Tal vez si se lo pides tú te haga caso.

Cam fingió una tos y se enderezó en el asiento para dirigirse a Maverick.

Esta se cruzó de brazos y se esforzó para disimular lo mucho que le divertía la situación.

—Habíamos pensado... —empezó a decir Cam, esbozando una mueca inocente. Lily soltó otra risita— que podríamos tomarnos un helado de postre. Si te parece bien, claro. De fruta —añadió, muy serio—, la fruta es muy sana.

—¡De fresa! —intervino la niña, dando botes en el asiento—. Tú siempre dices que tengo que comer más fruta.

Maverick enarcó las cejas ante el argumento expuesto por su hija.

—Así que todo lo hacéis por la fruta, ¿no? Porque es saludable.

Ambos asintieron, y Maverick apenas si pudo contener la risa al descubrir lo mucho que se parecían en aquel momento.

—Sí, mami, la fruta es lo mejor del helado —replicó Lily.

El camarero se acercó para retirar los platos y les preguntó si tomarían postre. Tanto Cam como Lily miraron a Maverick, sonrientes, a la espera del veredicto.

—Helado para todos —afirmó, poniendo los ojos en blanco.

Cam y Lily chocaron los cinco por debajo de la mesa, y la sensación cálida que inundó el pecho de él, aunque desconocida, resultó reconfortante.

—Se ha dormido —le hizo saber Maverick, cuando Cam maniobraba con el coche frente a la casa de esta.

Terminó de aparcar y detuvo el motor. Al caer el sol, la temperatura había descendido y corría una brisa fresca procedente del mar. Las calles estaban casi desiertas y Cam había sugerido llevarlas de vuelta en coche para evitar que Lily se cansara. La niña había empezado a bostezar incluso antes de que pagaran la cuenta en el restaurante.

Cam volvió la cabeza y la observó unos segundos. Estaba profundamente dormida, tan solo el cinturón de seguridad había evitado que terminara tumbada sobre el asiento trasero.

—Puedo llevarla dentro si quieres —se atrevió a sugerir Cam.

—Te lo agradecería —repuso Maverick, abriendo la puerta para descender del coche—. Cada vez pesa más.

Cam salió del vehículo y lo rodeó para alcanzar la puerta trasera. Con una delicadeza infinita, desabrochó el cinturón y tomó a la pequeña en brazos.

Maverick contemplaba sus movimientos con atención; apenas si pudo discernir entre la multitud de emociones que se agolpaban en su interior al ver la forma

en la que él la acunó contra su pecho.

Lo guió por el interior de la casa y agradeció no toparse con su madre, que ya debía estar acostada. Cam depositó a la niña en una pequeña cama de un dormitorio repleto de peluches, juguetes y al menos tres pósteres de gatitos.

Sonrió al imaginar a Lily jugando con Perseo. Tendría que invitarlas a que lo visitaran en UCLA, estaba seguro de que le encantaría.

Maverick la tapó con una manta y ambos regresaron a la planta baja. Cam se dirigió hacia la puerta de entrada, dispuesto a marcharse; no quería tentar más a la suerte ese día.

—Espera, Cam, te acompaño fuera —le dijo Maverick, al ver que se marchaba.

Salieron en silencio y caminaron juntos por la acera. A pesar de no dirigirse la palabra en los pocos metros que separaban la casa del coche, Cam deseó haber aparcado más lejos, alargar aquella tarde tan especial.

Al alcanzar el vehículo, se volvió hacia ella con las manos en los bolsillos.

—Gracias, Mave —le dijo, ligeramente avergonzado—. No sabes lo que esto significa para mí.

Ella estaba a tan solo unos pasos de él, arrebujada en una chaqueta de punto demasiado fina para proporcionarle abrigo suficiente. Cam advirtió en su mirada el rastro de la tristeza que tanto lo había confundido en Baker Hills.

—¿Estás bien? —inquirió, y sin poder evitarlo se acercó un poco más a ella

—. ¿Tienes frío?

Frotó sus brazos con las manos para hacerla entrar en calor con la misma naturalidad que habría empleado siete años atrás, sin pensar demasiado en lo que hacía. Maverick se estremeció, y Cam no dudó entonces en envolverla con los brazos. Fue un acto reflejo, una muestra de los sentimientos que no era capaz de dominar; sin embargo, cuando la tuvo

contra su pecho, su cuerpo entero vibró al revivir todo lo que aquella chica pelirroja le hacía sentir. Era difícil resistirse al aroma de Maverick, al tacto de su piel, el sonido de las carcajadas que, durante la cena, habían hecho desear a Cam que no parara de reír nunca.

—¿Estás bien? —repitió, aunque no sabía si se lo preguntaba a ella o a sí mismo.

Maverick levantó la barbilla y sus ojos se encontraron.

—Sí —murmuró ella, a pesar de no saber cómo se sentía en realidad.

Los dedos de Cam se deslizaron por la curva de su rostro con una lentitud deliciosa, tanto que volvió a estremecerse. Sus labios estaban tan cerca que sus alientos se entremezclaron y formaron uno solo. Cam deseaba besarla, lo había deseado desde el momento en que la había visto en la playa, saliendo del agua, y sus miradas se habían cruzado; pero ahora lo deseaba de una forma tan intensa que no creía ser capaz de resistirse.

—Mave... —dijo su nombre con suavidad, como un ruego—. Quiero besarte.

Que Cam Donaldson le pidiera permiso para besarla eran tan propio de él que Maverick no pudo evitar sonreír. Las dudas que albergaba perdieron fuerza y dejaron de torturarla los segundos suficientes para que cediera a su petición; sin

embargo, no estaba en absoluto preparada para lo que sucedió a continuación.

Cam tomó su rostro entre las manos y rozó sus bocas con una tranquilidad perezosa, y eso fue lo único que hizo durante un largo instante. Pero luego todo cambió, en cuanto los labios de ella se entreabrieron y le dieron paso a su lengua, este recorrió con verdadera necesidad cada rincón. La mantuvo en todo momento muy cerca, profundizando en el beso cada vez más, arrebatándole la cordura y dejando a su paso una pasión que la desbordó más allá de su propio límite. La besó como nunca la había besado antes; era un beso, solo eso, y a la vez era mucho más.

Al separarse, ambos jadeaban.

—No me importa por qué elegiste dejarme atrás, Mave —le dijo él, con la respiración entrecortada pero más decidido que nunca—, aunque espero que logres contármelo algún día. Pero quiero que sepas que no voy a dejar que vuelvas a hacerlo.

Maverick apenas si podía comprender todo lo que esa declaración de intenciones suponía. Aquel era Cam, el chico que había bailado con ella en la cabaña del árbol, también el que le había hecho el amor por primera vez, el mismo del que se había enamorado sin remedio, el que siempre la había escuchado... Era Cam y no era él.

14

Siete años antes.

—Te dije que bailarías conmigo, Cam Donaldson —rio Maverick, arrastrándolo hacia la pista.

Era una de las últimas canciones y las habían bailado casi todas.

También había reído juntos, hablado de mil tonterías y se habían besado a escondidas más veces de las que podía recordar. No querían llamar la atención, pero era el baile de fin de curso y estaban demasiado achispados para resistirse a los rincones oscuros que el gimnasio en que se celebraba la fiesta les brindaba.

Cam, que no solía beber, lo llevaba bastante peor que Maverick. Así que, cuando llegó el final, él aún no estaba ni mucho menos preparado para dejar ir a su chica.

Incluso luego, cuando estuvieron en la cabaña, Maverick no podía reprimir la risa al verlo excesivamente contento a causa del alcohol.

Ya a solas, Cam dejó de contenerse. Deseaba a Maverick a todas horas, no importaba las veces que la besara o hicieran el amor, no se cansaba nunca de aquello y sabía que no se cansaría jamás.

—Estás borracho, Cam —le dijo, divertida.

Pero Cam le dedicó una media sonrisa y la acomodó en su regazo.

—Eso no va a impedirme hacerte el amor —afirmó él, y deslizó las manos por sus costados.

A Maverick, la caricia le erizó la piel. Aún tenían puesta la ropa, en su caso, un vestido corto cuya falda ahora se arrugaba en torno a sus caderas; pero a Cam no parecía importarle.

—No quiero pasar el verano separado de ti —se lamentó él, hundiendo la cara en el hueco de su cuello. Aspiró su aroma y comenzó a darle besos y pequeños mordiscos a lo largo de la piel de este—. No quiero —repitió—. No quiero estar lejos de ti nunca, Mave.

Ella gimió, desesperada por sentirlo en su interior, sabiendo que pasarían las siguientes semanas sin poder verse.

—Solo son un par de meses —intentó animarlo y animarse ella.

Cam gruñó como protesta y alargó la mano en busca de sus pantalones, pero no encontró lo que buscaba.

—Oh, joder —maldijo. Las caderas de Maverick frotándose contra su erección—. No tengo preservativo.

Podían haber parado, deberían haber parado, y en otro momento puede que lo hubieran hecho. Siempre habían sido lo suficientemente responsables para usar protección, pero aquella noche les pudo el ansia de entregarse al otro, de suplir los días que pasarían separados, de decir «te quiero» en forma de besos y caricias que el otro no pudiera olvidar y a los que se aferrara cuando no estuvieran juntos. Los traicionaron las ganas, el alcohol, y, sin ser conscientes de lo que hacían, sellaron el destino que los llevaría a no encontrarse hasta siete años después.

—Estabas demasiado borracho para acordarte a la mañana siguiente —

confesó Maverick, sentada sobre una toalla.

Cam se había marchado a Berkeley la noche anterior, pero había regresado para pasar la tarde con Maverick y Lily en la playa. El tiempo no era el más adecuado para un baño, así que se limitaron a permanecer en la arena. Su hija se encontraba a pocos pasos de ellos, jugando.

—No puedo creer que me comportara de una forma tan inconsciente y que ni siquiera lo recuerde —replicó él, avergonzado.

—Estabas muy muy borracho —insistió ella—, fue más culpa mía que tuya.

Pero no lo lamentos —añadió, desviando su atención hacia Lily—. Yo no lo hago.

Cam también la miró. Él nunca bebía mucho, y el alcohol no le sentaba especialmente bien. Todo lo que solía permitirse era alguna cerveza, sobre todo con su hermano, a veces ni siquiera eso.

Suspiró al pensar en su hermano; había llegado el momento de sincerarse.

—Pensé que Lily era hija de... Sean —farfulló, encogiéndose al pronunciar el nombre de su gemelo—. Lo siento, yo... Me horrorizó pensar que él y tú...

Maverick se giró hacia él, enfadada pero también perpleja por lo que acababa de escuchar.

—¿Con Sean?! ¿Creíste que me había acostado con Sean?

—No lo digas como si él no fuera tan guapo como yo —se permitió bromear, más avergonzado aún que antes.

Maverick lo atravesó con la mirada.

—Nunca fue una cuestión de físico, Cam, por eso Sean nunca me atrajo de esa forma. Yo... me enamoré de ti poco a poco, mientras crecíamos juntos; no hay atractivo que iguale eso.

—Debería haberlo sabido —se lamentó Cam.

Ahora, después de haber hablado con Sean y también con Maverick, le parecía ridículo haber creído que ambos lo hubieran traicionado.

—Deberías —terció ella, aunque su voz se suavizó—, pero mi actuación tampoco ayudó mucho. Supongo que estamos empatados.

Lily corrió hasta ellos, obligándolos a dejar en el aire la conversación.

—Cam, tienes que ayudarme —le dijo la pequeña, y él no pudo negarse.

Maverick se mantuvo al margen para observarlos mientras ambos construían un castillo. Acabaron con arena incluso en el pelo, pero ella no hizo ni un solo comentario; se limitaba a contemplar la escena, su mente repleta de un miedo que debería haber considerado absurdo.

Lily, en cambio, estaba encantada con el nuevo «amigo» de su madre, así se lo había hecho saber esa misma mañana en el desayuno.

—Voy a tener que regresar a UCLA —le dijo Cam, poco después, una vez que Lily se despidió de él frente a su casa dándole un abrazo y haciéndole prometer que volverían a la playa en más ocasiones pero con las herramientas necesarias para hacer un castillo «indestructible»—. Me quedan solo unas pocas asignaturas para graduarme, pero no podré hacerlo hasta el siguiente semestre.

—Para, Cam. No tienes que cambiar tus planes por mí, por nosotras — se corrigió enseguida.

Cam se encogió de hombros.

—Mis planes... Bueno, he pensado en improvisar. —Aquello sí que era una sorpresa para Maverick—. ¿Qué te parece si Lily y tú venís a visitar el campus?

Sean está deseando conocerla, podríamos ir a verlo jugar. Por cierto, Aria también quiere verla. Después de todo, es una Donaldson.

Maverick bajó la vista al suelo y la fijó en los adoquines de la acera para que él no se percatara de la humedad que se acumulaba en ellos. Lily

tenía otra familia además de la suya, una que estaba deseando conocerla y que estaba segura de que la recibiría con los brazos abiertos; así eran los Donaldson.

—Olivia, la novia de Sean, tiene un gatito. Lily se volverá loca con él —

continuó, nervioso por su silencio—. Y él está a punto de fichar por los Rams.

Después de graduarme, me gustaría quedarme aquí, en California, así estaría cerca de él y de... Lily. Pero no tenemos que hablar de esto ahora si no quieres

—aseguró, hablando cada vez más rápido.

—Está bien, Cam. Me parece bien —le dijo Maverick, con la mirada baja.

Pero a él le daba la sensación de que nada estaba bien, de que Maverick estaba más triste que nunca a pesar de lo que le había dicho, y no tenía ni idea de por qué.

—¿Vendrás a UCLA? —inquirió, y casi esperaba que le dijera que no.

Pero ella levantó la cabeza y asintió, esbozando una sonrisa. La cuestión era que Cam conocía todas y cada una de las sonrisas de Maverick, se sabía de memoria la forma en la que se curvaban sus labios y qué era lo que lo provocaba; podía iluminar una habitación entera y, más allá de eso, Maverick hubiera logrado iluminar su corazón de habérselo propuesto, pero no en ese instante. Había cierta satisfacción en su gesto, pero no verdadera alegría, y Cam deseaba verla sonreír de nuevo así más que ninguna otra cosa.

—Me aseguraré de que tengáis nuestro apartamento para vosotras. Sean puede dormir con Olivia, y estoy seguro de que encontraré algo para mí —le ofreció.

Quizás había forzado demasiado las cosas, tal vez ella se sintiera obligada.

La había besado el día anterior y había sentido que correspondía aquel beso,

pero continuaba habiendo un muro entre ellos que no sabía cómo derribar.

—No hace falta que te vayas de tu propia casa, Cam —terció ella, y su sonrisa ganó un poco naturalidad—. Estoy segura de que podremos arreglarnos.

—¿Así que vas a venir de verdad?

—Claro que sí —le dijo ella, más animada—. Ya te lo he dicho. Seguro que a Lily le encantará.

Cam atrapó su barbilla para evitar que desviara la mirada.

—Haré que no te arrepientas de ello, Mave. Te lo prometo —le dijo, con una seriedad tal que a ella le dio la sensación de que había muchas más promesas escondidas tras sus palabras.

15

No hacía ni siquiera una semana de su visita a Half Moon Bay y Cam ya estaba desesperado por ver de nuevo a Maverick y Lily. Lo había arreglado todo para que Sean pasara el fin de semana en casa de su novia; él dormiría en la habitación de su gemelo, y Maverick y la niña lo harían en la suya.

—No la atosigues, Sean —le advirtió Cam—. Ni siquiera sabe que somos su familia.

—¿Maverick no le ha dicho nada aún?

—No, y no me importa esperar si ella cree que es lo mejor.

—Yo ya se lo hubiera soltado —replicó, encogiéndose de hombros.

Olivia negaba con la cabeza.

—Vamos a tener que trabajar un poco lo de tu sensibilidad antes de que se nos ocurra tener a un pequeño Sean—rio ella.

Sean se giró hacia su novia con tanta rapidez que resultó cómico. Cam reprimió una carcajada al contemplar su expresión.

—¿Eso quiere decir que vas a tener *miniseans* conmigo?

Se acercó a ella con una sonrisa bobalicona en el rostro. Cam nunca hubiera dicho que algo así le haría ilusión a su hermano, pero tal y como estaban las cosas ya nada lo sorprendía.

—O *miniolivias* —terció ella, rodeando su cuello con los brazos.

Cam tuvo que toser para recordarles que estaba allí.

Olivia empujó a Sean con suavidad para apartarlo y se centró en Cam.

—Bien, ¿y tú qué?

—Yo dormiré aquí —le dijo, pero no era eso a lo que Olivia se refería.

—Tú y Maverick, ¿en qué punto estáis?

Cam, en el sofá, se hundió un poco en el asiento. No tenía ni idea.

—No lo sé.

—Pensaba que habíais acercado posturas cuando os visteis la semana pasada —bromeó Sean, ganándose un codazo por parte de su novia—. ¡Ouch!

Para una vez que no me pongo en plan bestia...

—Casi te prefiero en plan bestia, Sean —señaló Olivia, pero su atención regresó enseguida a Cam—. ¿Por qué no salís los dos solos? Nosotros nos quedaremos cuidando a Lily. Podemos ver una peli y hacer palomitas, si a

Maverick le parece bien —argumentó para convencerlo—. Os vendrá bien hablar.

Sean también se mostró encantado con la idea de pasar un rato con su sobrina; le daba igual que ella no supiera que era su tío. Cam, por el contrario, titubeó. Para el sábado había planeado llevarlas a ver jugar a Sean, este les había conseguido entradas y Olivia también acudiría al partido. Para esa noche, la del viernes, no había hecho demasiados planes, aunque no podía negar que también quería pasar tiempo con Maverick. Sus conversaciones habían quedado interrumpidas la mayoría de las veces, y sabía que tenían aún mucho por aclarar.

Sin contar con que no podía dejar de pensar en besarla de nuevo.

—¿No me convertiría eso en un egoísta? —les planteó, arrancándole una sonrisa a Olivia que no fue capaz de interpretar.

—Hazme caso, Cam —repuso esta—. Maverick es la madre de tu hija, pero también es una mujer, y estoy segura de que no ha tenido demasiadas oportunidades para serlo en los últimos años. Debe haber sido duro criar a Lily sola. Si ella es para ti algo más que la madre de tu hija, vas a tener que ganártela también a ella.

Desde luego, lo que decía Olivia tenía sentido; Cam estaba tan ansioso por pasar tiempo tanto con su hija como con Maverick. Quería hacer las cosas bien con ambas y no tenía ni idea de si lo estaba consiguiendo.

Cuando por fin llegaron al campus, Maverick y Lily se dirigieron directamente al apartamento de Cam. Tal y como habían previsto, Lily apenas si pudo contener la emoción al descubrir a Perseo hecho un ovillo en el sofá. La niña se acercó muy despacio y se sentó junto a él.

—Ahora no vamos a poder arrancarla de ese sofá en todo el fin de semana

—rió Maverick, observándola.

—Tal vez eso nos dará la oportunidad de salir a cenar. Tú y yo —soltó Cam, aprovechando su comentario—. Olivia y Sean se han ofrecido para cuidarla.

Cam los había obligado a marcharse para darles algo de intimidad, aunque a

Sean casi había tenido que echarlo de la casa y tuvo que prometerle que lo avisaría cuanto antes.

—Yo... No sé si Lily... —farfulló Maverick, ante lo inesperado de la proposición.

—La cuidarán bien. Deja que los conozca y, si ella acepta, podríamos disfrutar de una velada para adultos.

El comentario, que no pretendía otra cosa que animarla a aceptar, carecía de ninguna segunda intención, pero Cam fue muy consciente de cómo había sonado. Maverick, no obstante, parecía divertida a pesar del azoramiento de Cam.

—¿Me estás pidiendo una cita, Cam Donaldson? Oh, Dios, si hasta te estás sonrojando...

La carcajada que salió de los labios de Maverick fue como música para sus oídos. Sintió deseos de besarla allí mismo, pero la presencia de Lily lo disuadió por muy poco.

—¿Qué pasa, mami? —le preguntó la pequeña al escucharla reír.

Maverick agitó la cabeza y fue a sentarse junto a ella.

—¿Te gusta el gatito?

Lily había empezado a acariciarlo con mucho cuidado, y Perseo ronroneaba complacido.

—Es precioso —aseguró la niña—, yo también quiero tener uno, ¿podemos tener uno?

Maverick continuaba sonriendo. Cam ya se había dado cuenta de que sus sonrisas siempre eran genuinas cuando iban dirigidas a Lily. ¿Era él el problema entonces? ¿El que provocaba que a veces su mirada reflejara esa tristeza tan desoladora?

Su hija, desde luego, no lo era.

Tras darles un tiempo prudencial para instalarse, le preguntó a Maverick si le importaba que Olivia y Sean bajaran a conocer a Lily. Su hermano llevaba alrededor de veinte minutos acosándolo con mensajes. Tras avisarlos, apenas si tardaron unos pocos segundos en aparecer, cualquiera diría que estaban esperando detrás de la puerta de entrada.

Sean, como no, congenió con la niña casi de inmediato. Perseo ayudó mucho, y que su gemelo lo cogiera y se lo colocara a Lily entre los brazos hizo pensar a Cam que la pequeña adoraría a su gemelo hasta el fin de los tiempos.

De alguna manera, terminaron corriendo del salón hasta uno de los dormitorios y consiguieron que el gato los persiguiera, para delicia de Lily.

—No sé quién de los dos es peor —señaló Olivia, aunque parecía encantada de ver a su novio divirtiéndose con la niña.

Maverick no pudo negarse a salir con Cam. Sean y Lily se plantaron frente a ella, se arrodillaron y afirmaron que no los sacarían de casa ni a rastras, que iban a cenar pizza y palomitas y verían una película; además, pensaban acostarse

muy tarde. Lo dijeron los dos a la vez, y Cam supo que Sean lo había planeado para darle la oportunidad de estar a solas con Maverick.

—Venga, mami. Me quedaré con el tito Sean y la tita Olivia —soltó su hija como si nada.

A Maverick se le descolgó la mandíbula al escucharla y Cam fulminó a su gemelo con la mirada.

—Sean, ¡joder! —farfulló en voz baja.

Pero su hermano era la viva imagen de la inocencia.

—Los titos cuidarán a Lily. ¿O era al revés? —bromeó Sean, y Lily y Olivia se unieron a él, coreando su comentario.

La pequeña se abalanzó sobre su madre y esta la cogió en brazos.

—Me portaré bien —le aseguró la niña, muy seria.

—Me dan más miedo ellos que tú —replicó Maverick, y Lily supo que se había salido con la suya.

Cam no había tenido tiempo para planear nada, pero conocía un italiano cerca del campus en el que se comía bien; esperaba que a Maverick le gustara.

Luego tal vez pudieran tomarse también una copa en alguno de los bares a los que solía ir con Sean y con sus amigos.

Silbó por lo bajo cuando Maverick salió de su habitación ya cambiada de ropa. Como no había previsto una salida de ese tipo, Olivia le había prestado un vestido corto de color azul noche que, al ser Olivia algo más bajita y delgada que ella, se ajustaba a sus curvas como un guante. Cam se obligó a apartar la vista para no ponerse en evidencia delante de todos.

Le hizo jurar a Sean que lo llamaría si surgía cualquier problema y Maverick se despidió de su hija con un beso y una advertencia de que se portara muy bien.

—Estás muy muy guapa, mami —le dijo ella, y alternó la mirada entre Cam y su madre, como si supiera que escondían algo más de lo que le habían contado.

Para cuando llegaron al restaurante, Cam no sabía quién de los dos estaba más nervioso por haber dejado a Lily con Sean y Olivia, si Maverick o él.

—¿Quieres que les envíe un mensaje para saber que va todo bien? —le preguntó, pero Maverick le aseguró que no era necesario.

Cam lo envió de todas formas.

La respuesta llegó en forma de mensaje de audio en el que Lily se reía a carcajadas y varios selfis de los cuatro —Perseo también salía— desparramados en el sofá comiendo pizza.

—Nos la devolverán hecha una salvaje —rio Cam, y Maverick se quedó mirándolo con una expresión extraña en el rostro—. ¿Qué?

—Has dicho «nos la devolverán», a nosotros —aclaró, y sus labios se curvaron de forma leve.

—¿Te ha molestado? —preguntó él, aunque no creía que fuera así.

—Resulta raro, pero no, no me molesta. Supongo que llevo todos estos años pensando en Lily como algo mío.

Estaba parados aún junto al coche. Cam le ofreció el brazo y recordó lo que Olivia le había dicho esa mañana.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —Maverick asintió—. ¿Qué te parece si esta noche somos solo tú y yo?

—¿De qué hablas? —inquirió ella, sin esconder su desconcierto. No terminaba de entenderlo.

—Tú misma lo has dicho, llevas años pensando solo en Lily. Deja que esta noche seamos solo Maverick y Cam. Solo por esta noche —repitió, no quería que pensara que Lily no era importante para él.

Lo era, y mucho. Estaba dispuesto a demostrárselo. Pero ambos se merecían esa velada; ella se lo merecía.

—Lily está en buenas manos —continuó, tomándola de los hombros—.

Puede que la malcrien de todas las formas posibles, pero la cuidarán como si se tratara de su propia hija. Así que vas a relajarte y a disfrutar de la cena...

—hizo una pausa y le mostró una sonrisa juguetona; en esa ocasión, sí que eligió lo que iba a decir de forma premeditada— y de lo que venga después. Esto es una cita, Maverick Parker, una de verdad.

16

El restaurante tenía buena fama y era viernes por la noche, pero tuvieron suerte y consiguieron una mesa a pesar de no haber hecho reserva. Cuando se sentaron, Maverick aún continuaba asimilando lo que Cam había dicho. En un primer momento, se había sentido egoísta por

desear esa clase de libertad, aunque solo fuera por una noche, como si de algún modo traicionara a su hija por querer algo así. Pero luego comprendió que no tenía nada que ver y que no la quería menos por ello. Lily estaba cuidada y era una niña feliz, y no tenía que sentirse mal por disfrutar de una velada «adulta», significara lo que eso significase para Cam.

El pensamiento la hizo sonreír.

—¿Todo bien? —preguntó él, sentados ya a la mesa.

—Perfecto —le dijo, y Cam también sonrió.

—Así que te gusta servir café —la interrogó, después de que el camarero pasara a tomarles nota.

Viniendo de Cam, y dada la sonrisa que lucía este, Maverick supo que no buscaba despreciar su trabajo, sino interesarse por ella y por lo que hacía.

—Es sencillo, pero me gusta. Los clientes son casi siempre los mismos —le contó—. Y Jane, mi jefa, es una muy buena amiga. Ella fue la primera en tenderme una mano cuando necesité ganarme la vida de algún modo en Half Moon Bay. Me hubiera gustado ir a la universidad —agregó, y se encogió de hombros—, pero soy feliz. Tengo tiempo libre para hacer lo que me gusta.

«Para estar con Lily», pensó, y Cam, de algún modo, lo supo.

Continuó haciéndole preguntas durante toda la cena y Maverick cada vez fue animándose más. Le habló del surf y de lo mucho que disfrutaba practicándolo. «Con un nombre como el mío, supongo que estaba destinado a gustarme», le contó riendo. También le habló de los paseos al atardecer por la bahía junto a Lily y su madre, de la fotografía... Durante los años transcurridos desde el nacimiento de Lily, le había sacado fotos prácticamente a diario con la esperanza de que él pudiera disfrutar de esos momentos de algún modo. Pero calló ese detalle, aunque había tres álbumes que reposaban en ese mismo instante en el maletero de su coche; ya encontraría el instante adecuado para dárselos.

Cam la escuchó hablar y le prestó toda su atención. Quería saber más, quería saberlo todo de ella, y Maverick terminó por olvidar incluso sus miedos.

Cuando él alargó la mano y la puso sobre la suya, ella no la retiró. Un agradable cosquilleo ascendió por su brazo, uno muy familiar.

Disfrutaron de la cena y, al acabar, después de asegurarse de que Sean, Olivia y Lily no habían prendido fuego a la casa, decidieron ir a tomar algo a un local frecuentado por alumnos de UCLA. Cam entró en el bar llevando a Maverick de la mano. Saludó a varios compañeros de clase y a algunos miembros de los Bruins.

—¿Y Sean? ¿No ha salido esta noche? —le preguntó Crowley, uno de los defensas del equipo.

—Está haciendo de canguro.

Su amigo no entendió nada, pero Cam no se detuvo a darle explicaciones.

Estaba seguro de que Sean no tardaría en alardear de su sobrina frente a todos sus colegas. Sonrió y continuó avanzando en busca de un hueco libre en la barra.

Era muy consciente de las miradas que Maverick atraía entre la clientela masculina del local, y también parte de la femenina.

Hallaron un hueco y situó a Maverick entre el mostrador y su cuerpo.

—Estás increíble, ¿lo sabías? —le dijo, susurrándole las palabras al oído—.

Aún más preciosa que cuando tenías dieciséis años. Ellos también lo han notado.

Señaló en dirección al grupo de compañeros de Sean, y Maverick rio.

—Deberías saber que los jugadores de fútbol no me interesan lo más mínimo.

—Yo también jugaba al fútbol antes, Mave.

Ella no se giró para mirarlo, pero se recostó ligeramente contra su pecho antes de contestar:

—Tú siempre fuiste la excepción.

Maverick continuó con la vista al frente. Percibía con claridad las zonas en las que sus cuerpos se tocaban, y notó también cuando los dedos de Cam rozaron con descuido una de sus piernas. Fue solo un segundo, una caricia casual producto de un empujón que recibió de un muchacho pasando tras él, pero le puso la piel de gallina.

La atmósfera se tornó sofocante, aunque puede que el calor que sentía no tuviera nada que ver con la cantidad de gente que se apiñaba en el local.

—¿Puedes pedirme una cerveza? —le dijo él, y de nuevo su aliento revoloteó junto a su oído.

El pulso comenzó a acelerarse y se sintió como la primera vez en la que Cam y ella se habían besado en la cabaña del árbol. A pesar de haberse conocido mucho antes, con tan solo diez años, ese día había estado muy nerviosa, ansiosa y, a la vez, repleta de miedos absurdos que luego él se había encargado de disipar a base de besos dulces y caricias torpes pero tiernas. Cam siempre conseguía, de una forma u otra, poner su vida patas arriba...

Pasado y presente... No importaba cuándo ni dónde, existían personas cuya huella iba más allá de un momento o lugar, personas que no estaban destinadas a dejar de ser nunca. Maverick comprendió entonces que Cam era de esa clase de personas, con Lily o sin ella, sabía que los recuerdos que habían creado juntos nunca se borrarían, siempre sentiría ese hormigueo agradable cuando la tocara, ese escalofrío de placer cuando la mirara.

—¿...a tomar? —El camarero, frente a ella, le estaba hablando, y por un momento no supo lo que le preguntaba.

—Dos cervezas —pidió Cam, aún tras ella.

Cuando les sirvió, Cam se inclinó para alcanzar la suya y ella se giró un poco para pasársela. Se encontró sin quererlo cara a cara con él, sus labios demasiado cerca como para ignorarlos. Apenas atinó a retroceder un poco. El espacio disponible era mínimo; cada vez llegaba más gente al local.

Cam alzó su botella para brindar con ella, y el sonido de cristal contra cristal la sacó por fin de su trance. Maverick se apresuró a darle un largo trago a su bebida, rezando para que eso ayudara a bajar la temperatura de su cuerpo, revolucionado por su cercanía.

Pero Cam no le dio tregua. La espalda de Maverick reposaba ahora contra la madera del mostrador y no tenía a dónde ir. Él se inclinó otra vez para dejar la cerveza y, una vez que tuvo las manos libres, las apoyó en la barra; sus brazos a ambos lados del cuerpo de ella, su boca a tan solo unos centímetros. Una de sus comisuras se elevó y la expresión canalla que asomó a su rostro le dijo a Maverick que no era la única a la que le afectaba la cercanía de sus cuerpos. Por los ojos azules de Cam desfilaron multitud de emociones, unas más osadas que otras, pero todas, sin duda, tentadoras.

Maverick colocó una mano sobre el pecho de él, no con la intención de separarlo, sino porque ardía en deseos de tocarlo. Incluso a través de la camisa negra que llevaba, la piel de Cam parecía arder.

—Ya no tengo quince años —le dijo él, y sus ojos descendieron hasta su boca.

Maverick era perfectamente consciente de en qué estaba pensando, sus pensamientos era muy similares. Si algo les había sobrado siempre era pasión, y esta continuaba ahí, latiendo en cada mirada, en cada roce.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir? —lo provocó ella, a sabiendas.

Cam recortó parte de la distancia que había entre sus cuerpos, aunque sus bocas continuaron anhelándose. Una de sus manos se posó en su cadera y ascendió por su costado. Fue un movimiento lento, muy lento, como si Cam estuviera recreándose en la curva de su cintura, aprendiéndosela de memoria.

Luego deslizó la mano bajo su chaqueta hasta su espalda, y se detuvo brevemente en la zona entre sus omóplatos que el vestido dejaba al descubierto.

Comenzó a trazar líneas, dibujando formas que su piel se bebía con necesidad.

Se movió de nuevo y sus labios terminaron junto a su oído, rozando el lóbulo al hablar.

—Que hay un montón de cosas que ahora mismo estoy pensando en hacerte, cosas que mi mente inocente de entonces no soñó siquiera —susurró.

Acto seguido, su boca buscó el hueco tras su oreja.

La besó muy suavemente, torturándola con una ternura que Maverick solo había conocido en él. Moviéndole sus labios por parte de su cuello y fue dejando besos sobre su piel, uno tras otro, excitándola de una forma deliciosa.

A Maverick se le escapó un gemido que quedó ahogado por el bullicio reinante en el local pero que Cam no pasó por alto.

—¿Me propones una cita y luego un revolcón rápido, Cameron? —se burló, y que empleara su nombre completo solo azuzó más el deseo de este—. No me parece que las cosas hayan cambiado mucho.

Estaban en un bar, rodeados de estudiantes universitarios, pero eso no disuadió a ninguno de los dos. Se retaron con la mirada unos segundos y el deseo los arrastró un poco más.

—Nadie ha hablado de un revolcón, Parker —la rebatió él, siguiéndole el juego—, y mucho menos he dicho que vaya a ser rápido.

Por puro instinto, Maverick adelantó las caderas, y Cam aprovechó ese movimiento para empujarla ligeramente con la mano que mantenía sobre su espalda. Ya no quedó espacio alguno entre ellos. Maverick se mordió el labio inferior al percibir con claridad la erección de Cam.

Se separó de ella y se hizo de nuevo con su cerveza para darle un trago, sin dejar de observarla, y Maverick supo que estaba perdida cuando lo vio sonreír.

—Voy a disfrutar mucho con esto —soltó él sin más, haciendo gala de un descaro que la hizo reír.

Y fue entonces, al escuchar sus carcajadas, cuando Cam supo que el que estaba perdido era él. Si había algo jodidamente *sexy* de Maverick, era su risa; que fuera él el que la provocaba, lo volvía loco.

Salieron del bar con mucha más urgencia que con la que habían entrado.

Cam ni siquiera se despidió de sus amigos, sino que atravesó el local de una punta a otro en cuestión de segundos, sus manos entrelazadas con fuerza. No la miró a los ojos hasta que estuvieron junto al coche, y entonces ya no fue capaz de reprimirse por más tiempo. La acorraló contra la carrocería y atacó su boca con voracidad. Maverick recibió el asalto casi con alivio.

Las manos de Cam se deslizaron por la parte exterior de sus muslos y alcanzaron sus caderas, y de ahí pasaron a sus nalgas.

—¡Joder, Mave! —gruñó, al sentir que ella correspondía sus caricias apretándose contra su erección.

Mordisqueó su labio y ahondó en su boca, llenándose de ella, reclamando todo lo que pudiera darle. Mientras la besaba, se sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—Dame... dame un segundo —le pidió, separando sus bocas, aunque era lo último que deseaba en ese instante.

Sus dedos volaron sobre el teclado mientras Maverick lo observaba desconcertada. La besó con desesperación con el móvil aún en su mano, y se retiró de nuevo cuando el aparato vibró.

—¿Se puede saber qué haces? —inquirió Maverick, al comprobar que empezaba a teclear otra vez.

Cam le mostró la pantalla. Había una foto de Lily acurrucada en una cama, durmiendo junto a Perseo.

—Están en el piso de Olivia. Podemos subir cuando queramos a buscarla, hay unas llaves en casa —le dijo Cam—, pero ahora mi apartamento está vacío...

Maverick se echó a reír al comprender lo que trataba de decirle.

—¿Te me estás insinuando?

Cam negó, muy serio, durante un segundo. Luego tiró de ella y volvió a besarla.

—Solo te digo que voy a llevarte a casa, voy a follarte primero y a hacerte el amor después, Parker —afirmó, y sus manos se perdieron bajo su falda.

Esta vez, sin embargo, ascendieron por la parte interna de sus muslos hasta alcanzar el encaje de su ropa interior. Maverick estalló en llamas al sentir el contacto.

La necesidad de ambos aumentó de tal forma que llegar hasta el apartamento requirió de ellos verdadera fuerza de voluntad. Tras aparcar el coche, corrieron por la calle como los dos chiquillos que habían sido cuando se conocieron, aunque sus intenciones ahora no fueran tan castas como entonces.

17

Encontraron la casa en silencio y a oscuras, justo como Sean le había dicho que estaría, y Cam no pudo evitar dar gracias mentalmente a su gemelo por haber pensado en que aquello pudiera suceder.

La puerta aún no se había cerrado del todo y él ya había agarrado a Maverick por las caderas. La alzó en vilo para que lo rodeara con sus piernas

y la colocó contra la pared. La besó largo rato, luchando contra la necesidad de poseerla en ese mismo instante. Quería que durase, iba a recrearse con el sabor de sus besos y la calidez de su piel durante tanto tiempo como fuera posible, y, después de eso, tal y como le había dicho, volvería a hacerle el amor de forma lenta y minuciosa hasta que Maverick sintiera deseos de gritar su nombre.

—¿Esto es todo lo que sabes hacer, Cameron? —volvió ella a la carga, aunque la voz se le quebró al pronunciar su nombre.

Cam supo que estaba tan excitada como él. Le dedicó una sonrisa descarada que prometía más, mucho más, y caminó cargando con ella hasta su dormitorio.

—Estás jugando con fuego, Parker —repuso él, mientras la depositaba sobre la cama.

No se tumbó encima, sino que se arrodilló a su lado en el colchón. Sin esperar más, se deshizo de las braguitas de Maverick y empujó con suavidad sus rodillas para dejarla totalmente expuesta.

—Definitivamente, voy a disfrutar mucho con esto —afirmó, inclinándose para tomarla con la boca.

Maverick gimió al sentir su lengua apretarse contra su centro; lamiéndola con suavidad primero y con más ímpetu después. Sus jadeos no hicieron más que aumentar la intensidad con la que Cam la acariciaba, como si sintiera en su propia carne el placer que le estaba provocando. Mientras sus labios se movían, llevándola al límite, hundió un dedo en su interior y ella tuvo que cerrar los ojos, desbordaba por la sensación. Continuó torturándola sin pausa y, poco después, un segundo dedo se unió al anterior.

Cam la saboreó con deleite, perdido entre sus piernas, hasta arrastrarla al abismo de un primer orgasmo que la dejó temblando. Pero no se detuvo ahí. La giró para colocarla boca abajo y Maverick lo dejó hacer, estremeciéndose aún por las oleadas de placer que recorrían su cuerpo. Cam bajó la cremallera de su

vestido y se deshizo de la prenda; el sujetador fue lo siguiente en desaparecer.

Quedó desnuda frente a él.

—¿Has terminado? —le dijo ella, observándolo por encima de su hombro.

Cam negó, y una sensual sonrisa acompañó al gesto.

—Ni siquiera he empezado aún.

Besó su piel, cada rincón de ella; lamió, mordió, succionó su espalda, la curva de sus nalgas, mientras sus dedos volvían a estimularla con delicadeza, muy poco a poco. Acarició su cuerpo con una devoción tal que Maverick no pudo hacer otra cosa que rendirse y rogar para que él se uniera por fin a ella.

—Cam...

—¿Ya no soy Cameron? —bromeó él, pero comenzó a quitarse su propia ropa.

Se desnudó por completo sin separarse de ella y luego volvió a recorrer sus curvas, piel con piel, la acarició con todo el cuerpo, conteniéndose a duras penas; despertando su excitación de nuevo, acercándola una vez más al clímax.

—Cam —gimió Maverick, ansiosa—. Por favor.

La súplica fue más de lo que él pudo resistir.

Se inclinó hasta alcanzar el primer cajón de la mesilla y tomar de él un preservativo que no tardó en ponerse. Se colocó tras ella, tiró de sus caderas para alzarlas y, sin más aviso que ese, la penetró.

Cam gruñó, su respiración se volvió entrecortada y su pulso se desbocó.

Cada embestida le arrancaba un jadeo que excitaba tanto a Maverick como la sensación de tenerlo por fin en su interior. Se hundía en ella una y

otra vez sin descanso, hasta que tuvo que parar para evitar alcanzar el orgasmo antes de lo que deseaba.

Maverick se incorporó entonces y pegó su espalda contra el pecho de Cam.

—Tengo que reconocer que te estás esforzando —rio, con esa complicidad que compartían y que rellenó una parte del vacío en el pecho de Cam.

Acarició su pechó y jugueteó con sus pezones endurecidos, y cedió al deseo de saborearlos.

—Esto es lo que haces conmigo, Mave —le susurró, justo antes de que ella cayera, ahora boca arriba, sobre el colchón—. Me vuelves loco —añadió, aunque calló su siguiente pensamiento.

«Estoy jodidamente enamorado de ti».

Deseo y amor no eran lo mismo, pero en el caso de Cam confluían y se enredaban hasta dar forma a un único sentimiento. Quería perderse en su cuerpo,

pero también ser parte de su alma; devolverle esos años en los que no había estado a su lado.

Se tumbó sobre ella, agarró sus manos para colocárselas por encima de sus cabezas, y la penetró de nuevo. Maverick gimoteó de puro placer al sentir cómo la llenaba.

—Podría hacer esto para siempre —murmuró, arrancándole a Maverick una carcajada.

—No aguantarías tanto —replicó, sin comprender del todo el sentido de sus palabras.

Pero Cam volvió a embestirla y su espalda se arqueó, y sus caderas salieron a su encuentro para recibirlo con desesperación.

—Ponme a prueba —la desafió.

No hablaron más. Cam pasó un brazo bajo su rodilla y alzó una de sus piernas, para colarse aún más hondo en su interior. Sus respiraciones se volvieron erráticas y sus cuerpos danzaron en perfecta armonía, sintiéndose el uno parte del otro, exigiéndose más aunque se lo estuvieran dando absolutamente todo, incluso el alma.

Maverick no tardó en alcanzar un límite desde el que ya no había vuelta atrás y se vio empujada al clímax, arrastrando con ella a Cam cuando las paredes de su sexo se apretaron en torno a él.

Cayeron enredados sobre las sábanas. Maverick apoyó la cabeza en su pecho antes de cerrar los ojos. Aún se estremecía de placer, exhausta pero satisfecha, acurrucada contra su cuerpo y disfrutando de ese instante de intimidad tan similar a muchos otros que habían compartido en el pasado. Era como volver a estar por fin en casa después de mucho tiempo fuera.

—Subiremos a por Lily cuando quieras —le dijo Cam, luchando por recuperar el aliento. Deslizó los dedos por uno de sus mechones pelirrojos—, aunque mi idea era tener tiempo para recuperarme y luego hacerte el amor con algo menos de prisa —rio, avergonzado, de nuevo casi como el adolescente de años atrás.

Cam siempre había encontrado la manera de mostrar su dulzura, daban igual las circunstancias en las que se encontraran, y a Maverick le agradó comprobar que eso no había cambiado y que, además, no dejaba de pensar en el bienestar de su hija.

Aunque se había dejado convencer para salir esa noche, se sentía en parte culpable. Llevaba años haciéndose cargo de Lily sola, aunque contaba con la

ayuda de su madre; todo lo que se había permitido era pasar, de vez en cuando, un par de horas en el mar haciendo surf.

—Ella está bien —susurró Cam, como si supiera el rumbo que habían tomado sus pensamientos—. Sean y Olivia nos llamarán si se despierta o pasa algo.

Él depositó un beso en su sien que la hizo sentir mejor, y ese beso llevó a otro, y ese a otros, cada vez más intensos, cada uno más apasionado que el anterior... Hasta que Maverick cedió al deseo de sentirse de nuevo parte de aquel chico dulce que le había robado el corazón con tan solo dieciséis años y que ahora parecía dispuesto a recuperarlo.

Se olvidó por el momento de sus dudas y dejó a un lado todo para sentirlo únicamente a él. Cam, por su parte, se preguntó si ella desearía tanto como él que ese instante se volviera infinito, que la distancia que los había separado hasta entonces no volviera a hacerlo jamás. Se preguntó si Maverick estaría dispuesta a compartir más que unas pocas horas de su vida con él.

Porque Cam Donaldson ansiaba más que una noche. Quería toda una vida.

18

Horas después, subieron al apartamento de Olivia y Maya. Cam supuso que esta última no estaría allí si Sean se había aventurado a llevarse a Perseo con ellos; la compañera de piso de Olivia era alérgica al gato y solía comenzar a estornudar y a rascarse de forma frenética en cuanto estaba en la misma habitación que el animal.

Entraron de puntillas para no despertar a nadie, pero fue en vano. Bajo la puerta de la habitación de Olivia había una rendija de luz que indicaba que no estaban dormidos. Cam llamó con suavidad y Sean no tardó en salir del dormitorio y reunirse con ellos en el salón.

—No he querido dormirme por si Lily se despertaba —les dijo, con aspecto somnoliento y cansado.

Cam arqueó las cejas. Era difícil reconciliar la imagen que todo el mundo tenía de su gemelo con la de alguien capaz de pasar horas velando el sueño de una niña de seis años. La entrada de Olivia en la vida de Sean había obrado verdaderas maravillas; lo había cambiado por completo.

Sonrió.

—¿Qué? —inquirió Sean, al percatarse de la expresión de su hermano, pero

este agitó la cabeza.

—¿Se ha portado bien? —intervino Maverick.

—Tal vez deberías preguntarle eso a Lily. Sobre Olivia y él —aclaró Cam, ahogando una risita.

Sean le dio un empujón.

—Es única —aseguró, ignorando la pulla de su gemelo—, y lista, y divertida. Además, tiene el encanto de los Donaldson —se jactó, orgulloso de la niña que dormía en la habitación de al lado—. Nos permitirás seguir viéndola,

¿verdad?

Ahora fue Cam el que le propinó un empujón disimulado a su hermano. No quería que presionara a Maverick, no hasta que ellos pudieran hablar del tema.

Pero ella esbozó una sonrisa, miró a Cam un instante y asintió.

Sean debió comprender que se había excedido. Alternó el peso de una a otra de sus piernas y se frotó el cuello.

—Bien. Voy a dormir un poco —les dijo, y los dejó a solas.

Lily dormía enredada en una manta, y Perseo lo hacía junto a ella. La niña ni siquiera se había llevado a la cama su peluche favorito, a pesar de haber insistido a su madre para que no olvidara meterlo en su bolsa de viaje antes de marcharse de Half Moon Bay. Maverick la contempló con una sonrisa igual de serena que la que reflejaba el rostro de la pequeña, y Cam las observó a ambas con atención, como si no se creyera del todo que estuvieran en la misma habitación que él, que existieran en realidad.

Ella se inclinó para tomar a Lily en brazos, pero Cam se le adelantó. Había anhelado el momento en el que pudiera sostenerla de nuevo contra su pecho; dormida podía permitirse acunarla de la forma cariñosa en la que lo haría un padre, su padre. Le pidió permiso a Maverick con la mirada y, en cuanto esta se lo concedió con un leve asentimiento, la levantó y la

sostuvo con una mezcla de felicidad y terror que no logró comprender. La cabeza de Lily se deslizó y terminó reposando contra su pecho; Cam no podía dejar de mirarla y tampoco controlar el torrente de emociones que atravesaba su cuerpo y su mente en ese momento.

—Es preciosa —murmuró muy bajito, aunque eso no alcanzaba a describir en modo alguno lo que de verdad quería decir sobre la niña.

Bajaron hasta el apartamento de Cam en silencio; Maverick con el corazón encogido por una escena que no se había atrevido siquiera a soñar, y Cam demasiado abrumado por sus propios sentimientos. Acomodaron a la niña en la cama de Cam, y Maverick, que había cargado con Perseo, lo depositó también sobre el colchón. El animal giró dos veces sobre sí mismo y se aovilló pegado al costado de Lily.

—Tú... tú quieres... —Cam no sabía muy cómo abordar el tema.

Finalmente, hizo un gesto en dirección al otro dormitorio—. Dormiré en la habitación de Sean —concluyó, y Maverick comprendió por fin qué era lo que no se atrevía a preguntar.

Tardó unos segundos en decidir qué hacer.

—Me quedaré aquí con Lily —le dijo, y él no hizo ninguna objeción al respecto.

Era lógico que quisiera dormir con su hija, aunque lo que en realidad preocupaba a Maverick era que Lily se despertara antes que ellos y los sorprendiera juntos en la cama. Tenía mucho de lo que hablar con ella y no quería empezar dándole ese tipo de explicaciones.

—Te veré... Os veré mañana —afirmó Cam, en un susurro, y no pudo evitar acercarse a ella y darle un beso de buenas noches.

Fue rápido pero delicado, una promesa.

Resultaba tan extraño como reconfortante. La vida de Cam se había puesto del revés en apenas un mes y no terminaba de acostumbrarse. Disfrutó del

contacto suave de los labios de Maverick durante un segundo y luego se marchó a la habitación de su gemelo.

A la mañana siguiente lo despertó una risa infantil proveniente del salón acompañada de una voz que hablaba en susurros. Se puso una camiseta de su hermano antes de abandonar el dormitorio y reunirse con Maverick y Lily, que ya hacía varias horas que estaban en pie.

—No hemos querido despertarte —le dijo Maverick, sentada en el sofá.

Tenía aún el pelo húmedo por la ducha que se había dado y Cam sonrió al recordarla saliendo del mar con su tabla debajo del brazo.

Lily estaba a su lado, mordisqueando una de las galletas que Cam había comprado pocos días antes esperando que le gustaran. No conocía sus gustos, nada de ella, salvo lo mucho que adoraba los gatos. Se sintió excluido al pensar en todo lo que se había perdido de ella, en lo que se perdía incluso ahora. No era más que un extraño, un amigo de su madre en el mejor de los casos.

Maverick percibió el momento en el que la expresión de Cam se ensombreció y la tristeza se acumuló en su mirada azul, oscureciéndola.

—Sean juega esta tarde —comentó él, apartando esos pensamientos de su mente, aunque sus ojos no recuperaron el brillo—. Tengo entradas para los tres si os apetece ir a verlo.

—¡¡Sí!! —chilló la niña, entusiasmada—. Tito Sean me ha explicado que juega de *quarterback*, es el que más mola del equipo.

Cam podía imaginarse perfectamente a su gemelo empleando esas mismas palabras para contarle a Lily cuál era su labor en el equipo. Recordó entonces que le había comprado un regalo. Fue a su dormitorio y regresó con el paquete entre las manos, tan ilusionado como la propia niña.

—Esto es para ti.

La cara de Lily se iluminó y comenzó a dar pequeños botes en el asiento.

Ese detalle, unido a la sonrisa que asomó a los labios de Maverick, fue suficiente para dejar atrás la tristeza que se había apoderado de él momentos antes.

A Lily le encantó la gorra y la sudadera de los Bruins, el equipo de UCLA en el que Sean jugaba, y aseguró que se la pondría esa misma tarde para animar a Sean desde las gradas.

—Gracias —le dijo Maverick rato después en la cocina.

Pero Cam agitó la cabeza, negando. No había nada que agradecer. Se mantuvo junto a la cafetera a la espera de que el café estuviera listo. Maverick echó un vistazo a Lily para asegurarse de que continuaba en el salón, entretenida con Perseo, y se colocó junto a Cam.

—Quiero decírselo —susurró, y él no necesitó que especificara a qué se refería. Ladeó la cabeza para mirarla con un movimiento tan repentino que a punto estuvo de arrancarle una carcajada a Maverick—. Es lo justo, tiene derecho a saberlo, y tú... —Las palabras se le atascaron en la garganta.

Cam le rodeó los hombros con un brazo, no se atrevió a más.

—Puedo esperar —le dijo, aunque no era del todo verdad; ya se había perdido demasiado de la vida de su hija.

—No, está bien. Encontraré la manera de explicárselo...

Cam deseó besarla, lo deseaba con todo su ser, pero se contuvo.

No profundizaron más en el tema, no con Lily en la habitación de al lado; aunque ambos sabían que se debían una conversación. Pero no ese día.

Después de desayunar, salieron a dar un paseo y Cam les enseñó el campus.

También almorzaron fuera, junto con Sean, Olivia y Maya, y Lily se ganó a todos y cada uno de ellos sin excepción. Tal y como su gemelo había comentado, la pequeña tenía el encanto de los Donaldson, sumado a su maravillosa sonrisa, resultaba difícil no caer rendido ante ella.

Esa misma tarde, disfrutaron del partido y animaron a Sean hasta perder la voz, y Lily no dejó de aplaudir con sus pequeñas manitas cuando, en una de las ocasiones en la que los Bruins anotaron, Sean traspasó la línea de anotación y se volvió hacia la grada para dedicarle el tanto a su sobrina.

—La emoción no la dejará dormir esta noche —le susurró Maverick a Cam, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Sin embargo, también ella parecía estar disfrutando. Cam se atrevió entonces a mover la mano y colocarla sobre la suya. Le dio un ligero apretón mientras sus ojos confesaban lo mucho que deseaba besarla y estrecharla entre sus brazos; si Maverick descifró o no su expresión, no hubo manera de saberlo.

Tras el partido, Lily iba de la mano de su madre mientras caminaban por el pasillo que conducía a los vestuarios.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Olivia, y la pequeña asintió con efusividad—. Procura no decírselo al tito Sean o no habrá quién lo aguante luego.

Lily soltó una risita. Aún llevaba puesta la gorra que Cam le había regalado y también la sudadera con el emblema del equipo.

—Pero ha ganado —respondió ella, porque los Bruins habían jugado como nunca y habían obtenido una holgada victoria.

—Por eso lo digo. No necesita que nadie se lo repita —se burló Olivia, y Cam rio.

—A Sean le gusta presumir —le susurró él a la niña, aún sonriendo.

Tal vez Lily no se dio cuenta y puede que Cam tampoco lo comprendiera en ese momento, pero estaba volviendo a ser de nuevo él mismo, un poco más cada vez, más de ese Cam capaz de bromear y meterse con su gemelo, más feliz, más libre de las cargas que tanto habían oprimido su pecho en las últimas semanas.

Empezaba a reconciliarse consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba; tenía esperanza. Solo había una preocupación que aún mantenía una parte de su angustia latiendo en su corazón... su futuro con Maverick y Lily.

Sean salió del vestuario exhibiendo su mejor sonrisa, le dio un largo beso a Olivia y, acto seguido, fue directo hacia la niña. La tomó en brazos y la lanzó al aire ante la mirada horrorizada de sus padres, que por un momento temieron que se le escapara de las manos.

—¿Lo has visto? —le decía, pero la niña apenas podía hablar a causa de las carcajadas.

Cam envidió un poco la naturalidad con la que su gemelo se relacionaba con Lily, lo fácil que resultaba para él. Pero eso cambió cuando Sean se acercó a él con ella aún entre los brazos y la sentó sobre sus hombros, como si supiera con exactitud lo que le rondaba la mente. Lily se agarró a su cuello sin parar de reír, y Cam se derritió al sentirla aferrándose a él. Ladeó la cabeza en dirección a Maverick, que los observaba con una expresión indescifrable.

—Vamos a comer algo. Me muero de hambre —sugirió Sean.

Algunos de sus compañeros de equipo, incluido Crowley, salieron del vestuario. No perdieron detalle de la escena. Cam sabía que lo habían visto con Maverick la noche anterior en el Silver's y también que habría rumores acerca de la relación que unía a los gemelos con la niña, pero no le importaba en absoluto.

La muerte de su padre había cambiado por completo sus prioridades, las de ambos, y Cam era ahora más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo.

Cenaron todos juntos y, aunque faltaran Aria, Max o la señora Donaldson, Cam se sintió como en familia. Pasó la comida alternando la mirada entre Maverick y Lily, y Olivia, sentada a su lado, se burló un poco de él debido a eso.

—Se te cae la baba —le susurró, para que los demás no se percataran

de ello.

Cam puso los ojos en blanco, pero sabía que tenía razón.

De alguna forma, Sean se las arregló para dejar a solas a Maverick y Cam.

Lily se mostraba encantada con las atenciones que todos le dedicaban y no le importó que su madre se quedara rezagada mientras regresaban caminando al apartamento.

—Mave, yo... —Cam tomó aire y trató de ordenar sus pensamientos—.

Podemos arreglárnoslas para que pueda verla hasta que me gradúe. Me quedaré en California después de eso —agregó, porque eso era lo que deseaba, estar cerca de ellas—. Y nosotros...

—Cam —lo interrumpió ella. No lo miró, siguió caminando con la vista fija al frente—. No necesitas decidir tu futuro ahora. Podemos ir con calma.

Él asintió y siguieron andando en silencio hasta que el edificio en el que vivía apareció ante ellos.

Maverick suspiró.

—Te eché de menos —admitió ella, aún sin mirarlo—. Durante todo ese tiempo, miraba a Lily y te veía en ella y... —Inspiró con fuerza—. Te echaba de menos.

Cam pensó en lo que no le decía. Estaba seguro de que había algo que se callaba; la tristeza que asomaba a sus ojos era buena prueba de ello. La agarró del brazo para detenerla y echó un rápido vistazo al portal. No había ni rastro de los demás, ya debían estar arriba.

Acunó su rostro entre las manos y rebuscó en su mirada tratando de dar con la causa de su agonía.

—Tú y yo... —comenzó, pero Maverick negó.

—No hablemos de eso ahora, Cam —le dijo; rogó más bien.

—¿Por qué?

—Porque no es el momento.

—No lo entiendo, Mave. Pensaba que podríamos ser... que podíamos ser una familia —soltó, titubeante. No porque no creyera en lo que decía, sino porque no sabía si era eso lo que ella quería.

Los ojos de Maverick brillaron con la humedad que acumulaban, y ella se esforzó para contener las lágrimas. Cam no comprendía porque cada una de sus palabras parecía hacer que ella se sintiera peor. No era eso lo que deseaba, anhelaba su sonrisa más que ninguna otra cosa.

Mantuvo un instante más su cara entre las manos, el pulgar acariciando su mejilla con suavidad.

—Está bien —cedió finalmente—. No hablaremos de esto si no quieres. Por ahora —añadió. Más tarde o más temprano, iban a tener que hablar de ellos, no como padres de una niña, sino como pareja.

Eso era lo que Cam quería, a Maverick a su lado, para siempre.

19

El fin de semana terminó y, con él, el tiempo del que disponían. Pero Cam estaba decidido a ver a Maverick y a Lily siempre que le fuera posible, como también lo estaba a graduarse. Entre semana acudía a sus clases y todos los fines de semana que podía escaparse viajaba a Half Moon Bay para visitarlas.

Pasó enero y parte de febrero de un lado a otro de la costa californiana. En sus visitas, Maverick mantenía una actitud ambigua que desconcertaba a Cam; lucía feliz al ver cómo se relacionaba con Lily, cómo hablaban, reían juntos e incluso cómo comenzaban a compartir confidencias, pero él continuaba vislumbrando una sombra de dolor tras su sonrisa y no tenía muy claro qué hacer para cambiar eso.

Aún no le habían explicado a la pequeña quién era en realidad Cam y,

aunque este se moría de ganas de decírselo, se armó de paciencia a la espera de que Maverick encontrara el momento oportuno para hacerlo.

De su propia relación, de la magia de la noche que habían compartido en la universidad semanas atrás, de los momentos que habían pasado juntos durante las navidades, de los besos, las caricias, las promesas formuladas con tan solo una mirada... De lo que sentían el uno por el otro, no volvieron a hablar en todo ese tiempo a pesar de que Cam no era capaz de apartar esas imágenes de su mente.

Aunque Lily no supiera aún que era su padre, le estaba resultando más difícil acercarse a Maverick que a ella.

—Así que aún no lo sabe —señaló Becca, la madre de Maverick.

Cam estaba en la cocina de su casa en Half Moon Bay y, por su tono, comprendió que su pregunta no era solo una forma de iniciar una conversación.

Maverick había subido a acostar a Lily y él se iría enseguida de vuelta a Berkeley para pasar la noche en el apartamento de Max.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora Parker?

Ella esbozó una mueca de disgusto.

—No me llames así, por favor. Solo Becca, y pregunta lo que quieras.

—Lo siento, Becca —se disculpó él. Resultaba obvio que ella no estimaba demasiado a su exmarido—. ¿Cree que hay algún motivo por el que Maverick no quiere decirle a Lily quién soy?

La mujer negó. Tomó asiento frente a él con una taza de té entre las manos.

—No creo que eso sea lo que le preocupa —señaló—. Lily te adora, a ti y a tu familia. No deja de hablar de vosotros. Y Maverick es consciente de cómo la tratas; ojalá su padre se hubiera comportado así con ella —suspiró, apesadumbrada.

A pesar de que la propia madre de Cam no había tardado mucho más que la de Maverick en quedarse embarazada, sus vidas habían sido completamente diferentes; sus familias, el modo en el que las dos parejas habían enfrentado el hecho de ser padres jóvenes, el amor que les mostraron a sus hijos o la manera de criarlos... todo había sido diferente.

—Siento lo que pasó entre mis padres y el padre de Maverick — volvió a disculparse, pero Becca le restó importancia con un ademán—. Entonces, ¿hay algo más que le preocupa a Maverick?

Cam sabía que esa charla debía estarla manteniendo con Maverick y no con su madre, pero presionarla no había servido de nada, y le daba miedo que, de alguna manera, pudiera hacerle daño sin siquiera saberlo. ¿Qué más podía esconderle ella después de tanto tiempo?

Becca le dio un sorbo a su té y se tomó un momento para responder.

—Todo, le preocupa todo. Lleva años preocupándose por todo, más aún en lo que respecta a Lily. Ha sido duro para ella —afirmó, y Cam estaba convencido de que era verdad. Por mucha ayuda de su madre con la que hubiera contado, criar a una niña sin su padre tenía que haber requerido mucho sacrificio.

—Podía habérmelo dicho en cualquier momento —replicó Cam, sin ánimo de reproche—. Yo hubiera estado aquí. Quizás... Quizás lo que su exmarido pensaba de mi familia le influyó más de lo que cree —aventuró, aunque no creía muy probable que así fuera.

—Lo dudo. Maverick no lo ve desde hace años y no es que se llevaran muy bien.

Cam apoyó los codos en la mesa y escondió la cara entre las manos, frustrado. Becca estiró el brazo y le dio un apretón de ánimo en el hombro.

—Eres un buen chico y ella lo sabe, y Lily estará encantada cuando se entere de la verdad.

Cam amagó una sonrisa torpe para agradecerle a la mujer su apoyo

justo cuando Maverick apareció en la puerta de la cocina retorciéndose las manos y con la mirada repleta de inquietud.

—Se lo he dicho —soltó con voz temblorosa, más pálida que de costumbre

—. Ella quiere que subas. Quiere... quiere hablar contigo.

Cam permaneció inmóvil durante unos segundos, asimilando lo que Maverick acababa de decir y sin saber si ella habría escuchado algo de la conversación que había mantenido con su madre. No se movió hasta que Maverick se apartó del umbral y le hizo un gesto indicando las escaleras que llevaban al piso superior.

Se puso en pie y atravesó la cocina en unas pocas zancadas, pero al pasar junto a ella se detuvo. Pensó en cogerle la mano, en rozar su piel de alguna manera solo para decirle que todo iría bien, que él estaba allí y no pensaba marcharse, que no tenía que preocuparse de nada; pero Maverick retrocedió un paso más, apartándose de él.

La felicidad que le producía que Lily supiera por fin que él era su padre se vio enturbiada por el muro existente entre Maverick y él. Al margen de la existencia de Lily, Cam sabía que hubiera ido a buscar a Maverick a cualquier lugar en el que se encontrara si ella lo hubiera avisado. Era por eso por lo que Sean nunca le había hablado de lo que había sucedido entre el padre de Maverick y ella, le hervía la sangre solo de pensar en que le hubiera puesto la mano encima, y su gemelo lo conocía lo suficientemente bien para ser consciente de que hubiera removido cielo y tierra hasta dar con ella. La había amado hasta ese punto en el pasado y la amaba aún más ahora.

Ascendió por las escaleras despacio; temblaba como no lo había hecho nunca. Él, normalmente decidido y capaz, se sentía perdido. Era el momento que había estado esperando, ese instante en el que podría mirar a su hija a los ojos sabiendo que ella comprendía quién era él. Y, aunque decírselo no iba a hacer que la niña lo asumiera de repente y lo tratara como tal, era un paso más, uno muy importante.

Dio dos golpes en la puerta entreabierta y se adentró en la habitación

sin esperar una respuesta. El dormitorio se hallaba iluminado tan solo con la luz tenue de una lámpara situada sobre la mesilla de noche, junto a la cama, y Lily se encontraba acostada ya, tapada con una manta hasta el pecho y rodeada de varios peluches que apenas si dejaban espacio sobre el colchón para nada más.

Cuando Cam se aventuró a mirar el rostro de la niña, la encontró seria, con el ceño fruncido como si de un adulto se tratase. Le recordó tanto a Aria que no pudo evitar sonreír. Ambas compartían esa mueca que no terminaba de expresar ni disgusto ni desconcierto, sino algo intermedio.

—Hola, peque —le dijo, acercándose a la cama.

Había empezado a llamarla así semanas atrás, tal y como hacía Maverick, y la niña lo había aceptado de una forma natural.

Cam cogió un gato de peluche que le habían comprado días atrás, también gris, como Perseo, y se sentó en el lugar que este había ocupado. La pequeña tardó un poco en contestar a su saludo, continuó observándolo con esa pequeña arruga atravesando su frente, pensativa.

—Mami dice que tú eres mi papá —soltó por fin, y Cam asintió con un nudo en la garganta. No estaba seguro de si, a la niña, la idea le disgustaba o no

—. Y también dice que no te fuiste lejos antes de que yo naciera, que... —

titubeó, tal vez sin comprender del todo lo que Maverick acababa de explicarle

—. Que tú no sabías que yo estaba aquí.

Cam no tenía muy claro hasta dónde habían llegado las explicaciones de Maverick, ni qué habría alegado para justificar su ausencia durante tanto tiempo, pero lo último que deseaba era que Lily guardara rencor a su madre por lo que había hecho.

—¿Crees que podrías hacerme un hueco mientras hablamos? —le pidió. Al comprobar que no se oponía, retiró varios peluches y los depositó en el suelo.

Lily se deslizó hacia un lado y él se tumbó de forma precaria casi al borde del colchón.

—¿Es verdad? —insistió ella, cuando él se hubo acomodado.

Cam mantenía el gatito de trapo entre las manos. Había imaginado decenas de veces lo que le diría a Lily cuando supiera la verdad, pero ahora las palabras se negaban a salir.

—Sí, lo es —admitió, y el mismo temblor que había sacudido su cuerpo minutos antes se adueñó ahora de su voz—. Yo no quería irme lejos, hubiera querido estar contigo siempre, y con tu madre —agregó—. Fue complicado para ella y no pudimos hacer otra cosa, Lily.

Estaba justificando a Maverick incluso sin saber lo que realmente había sucedido, pero en ningún momento se planteó hacer nada diferente.

La niña se removi6, también inquieta, y sus ojos fueron a parar al peluche que Cam sujetaba. Este se lo tendió y esbozó una sonrisa, tanteándola. Ella sonrió un poco también.

—¿Y volverás a irte? —El deje de amargura con el que lo interrogó no le pasó inadvertido a Cam.

Probó a pasar un brazo bajo la cabeza de la niña, y se le encogió el corazón al sentir cómo ella acurrucaba su pequeño cuerpo contra él.

—¿Tú quieres que me quede? Porque a mí me gustaría quedarme —le dijo, las lágrimas aflorando a sus ojos.

Nunca, en toda su vida, había sentido la extraña emoción que se adueñó de él en ese momento. Se forzó a tragarse unas lágrimas que no eran de tristeza, sino de pura felicidad.

La niña asintió, moviendo la cabeza de arriba abajo, y su sonrisa es

ensanchó un poco más.

—¿También se quedarán el tito Sean y Olivia? —inquirió, y ahora había esperanza en su voz.

—Claro que sí, y también Aria. ¿Te acuerdas de ella? ¿La chica que tanto se parece a ti? Ella también es tu tita.

Lily la había conocido el fin de semana anterior, cuando su hermana se había acercado hasta Half Moon Bay con Max y con él. Maverick se había alegrado de poder volver a verla y, como era de esperar, la niña había conquistado también a la tercera de las hermanas Donaldson.

—¡Ahora tengo una familia grande! —exclamó la pequeña, entusiasmada con la idea, y Cam no pudo evitar reír, aliviado—. Y un papá.

Esas últimas tres palabras fueron más de lo que pudo resistir. Varias lágrimas escaparon mejilla abajo y Cam se apresuró a secarlas antes de que ella se diera cuenta de que estaba llorando.

—¿Puedes quedarte mientras me duermo? —Lily elevó la barbilla para mirarlo a la cara y él asintió, incapaz de hablar.

Era consciente de que, conforme creciera, probablemente haría más preguntas, y aún no estaba seguro de en qué punto estaban Maverick y él y de cómo iban a afrontar las cosas ahora o cómo se organizarían... Todo dependía de ella, en realidad. Cam la quería en su vida, pero no porque fuera la madre de su hija, sino porque estaba completamente enamorado de ella.

—Duerme tranquila, me quedaré aquí.

«Siempre», se dijo. No había nada que deseara más.

20

—¿Y bien? — inquirió Maverick, una vez que bajó al piso inferior y regresó a la cocina.

Becca había desaparecido, y Cam supuso que quería darles algo de

intimidad.

—Se ha dormido —repuso él, demasiado aturdido para darle una respuesta más elaborada.

Sabía lo que ella le preguntaba, podía detectar la ansiedad en su mirada y en la forma en la que retorció uno de sus mechones pelirrojos. Maverick amaba a su hija por encima de cualquier otra cosa o persona, y Cam podía entender que así fuera.

«¿Hay lugar también para mí, Mave?», se preguntó, sin ser capaz de expresarlo en voz alta.

Tal vez ella solo veía en él a un muchacho del que una vez había estado enamorada y que le había dado lo mejor de su vida. Tal vez eso, y nada más, era lo que Cam representaba para ella.

—Creo que se lo ha tomado bien —admitió, en un intento de calmarla y de serenarse también él mismo—. Ella... ha querido que me quedase hasta que se durmiera, por eso he tardado tanto.

Maverick se mordió el labio y asintió.

—Supongo que es una buena señal. Emplea toda clase de trucos conmigo para que me quede y no dormir sola —rio, nerviosa. Ninguno de los dos sabía muy bien cómo actuar—. En cambio, con mi madre no hace lo mismo. Se duerme sin problemas si es ella la que la acuesta.

—Hará más preguntas —terció. Él también las tenía—. Preguntas para las que no tengo respuesta.

Maverick suspiró y fue a sentarse en una de las sillas. Parecía exhausta, aunque, más que algo físico, Cam intuía que su agotamiento era mental. Becca llevaba razón al decir que se preocupaba por todo, al menos en lo que respectaba a su hija.

La observó unos segundos desde su posición, aún de pie y cerca de la puerta. Llevaba unos vaqueros y una camiseta desgastada, y se había recogido

el pelo en un moño descuidado del que escapaban varios mechones. Era preciosa.

Cam se descubría pensando en ello cada vez que la miraba, incluso en aquel momento, pese al cansancio y la preocupación, Maverick era la chica más hermosa que hubiera conocido jamás.

Se aproximó a ella con cautela, atraído por la necesidad de sentirse más cerca pero con miedo a su reacción. No había ido más allá de pequeños roces accidentales desde el fin de semana que Lily y ella habían pasado en UCLA, y, a Cam, la idea de que Maverick no sintiera lo mismo que él lo consumía. Durante todo ese tiempo se había repetido que mantenían las distancia solo porque Lily desconocía quién era él, pero no estaba seguro de que fuera solo eso lo que los separaba. Y le dolía, dolía como el demonio.

Maverick mantenía la vista en el suelo, como si no fuera capaz de enfrentarse a su mirada. Así que Cam se arrodilló delante de ella y esperó.

—Poco a poco —le dijo ella, un instante más tarde—. Iremos resolviéndolo poco a poco.

Pero Cam estaba harto de ir poco a poco. Podía mostrar una paciencia infinita con respecto a Lily, eso no era un problema, pero quería a Maverick, la quería en su vida; la necesitaba. Deseaba volver a verla sonreír sin rastro de tristeza o miedo, de la forma en la que lo había hecho tiempo atrás al mirarlo.

—No quiero ir poco a poco —soltó, con mayor brusquedad de la que pretendía. Los nervios y su ansiedad le habían jugado una mala pasada—.

Quiero que estemos juntos.

—Cam...

—No, Mave, deja que lo diga. No sé a qué tienes miedo... Quiero estar contigo y con Lily, como una familia.

Estaba presionándola, algo que se había prometido no hacer, más aún cuando ellas vivían en Half Moon Bay y él aún tenía que permanecer en la universidad al menos por un semestre más. Pero luego... Luego Cam estaba dispuesto a vivir allí si eso era lo que ella quería, si no deseaba cambiar a Lily de colegio ni alterar la vida de su hija; a Cam no le importaba ceder en eso, buscaría trabajo por la zona de ser así.

—Te quiero —murmuró. No quería callarlo por más tiempo—. Te quiero, Mave.

Ella alzó la vista al escucharlo. Se quedó mirándolo un momento, con la cabeza ladeada y una sonrisa algo triste bailando en sus labios.

—Lo sé, Cam, sé que lo haces —le dijo. Esa no era la respuesta que él esperaba—. Y sé que quieres a Lily y deseas formar parte de su vida. Es más de

lo que mi padre hizo por mí.

Continuaba sin comprender cuál era el problema, a menos que Maverick no sintiera lo mismo por él. El pensamiento resultó tan doloroso que fue Cam el que rehusó su mirada.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Maverick no contestó; no le dio una explicación ese día ni tampoco al siguiente. Cam se marchó de regreso a UCLA con una mezcla de alegría y tristeza que lo mantuvo más callado de lo habitual incluso después de llegar al campus y sentarse en el salón de su apartamento a tomar una cerveza con Sean.

—Entonces, ¿ha ido bien? —inquirió su hermano, después de que le contara lo sucedido con Lily el día anterior—. Porque no pareces todo lo feliz que deberías.

Cam se estiró sobre el sofá para alcanzar a Perseo, que daba saltos entre los cojines jugueteando con su propia cola, y lo colocó sobre su regazo. El animal le brindaba cierto consuelo ahora que estaba lejos de Maverick y Lily.

—¿Es por ella? ¿Por Maverick? —continuó interrogándolo, cuando Cam permaneció en silencio—. ¿Ella y tú no...?

No concluyó la frase, no sabía muy bien cómo animar a su gemelo y no quería echar más leña al fuego.

—Vendrán el viernes. —Fue todo cuando este dijo.

El siguiente fin de semana sería el cumpleaños de los gemelos, el uno de marzo, y la tradición siempre había sido que lo celebraran juntos con una fiesta por todo lo alto. Cam había invitado a Maverick para que viniera de nuevo a UCLA con Lily y poder celebrarlo con ellas, pero no estaba seguro de que los planes de su gemelo fueran aptos para una niña de seis años.

—Este año haremos algo más tranquilo —terció Sean, que ya había pensado en Lily, y Cam no pudo evitar sonreír para mostrarle su agradecimiento.

A pesar de todos los cambios que habían sufrido sus vidas en los meses anteriores, los gemelos continuaban compartiendo la misma complicidad de siempre, tal vez incluso más.

—Y tal vez Maverick y tú podríais salir a celebrarlo luego por vuestra cuenta —añadió a continuación—. Olivia y yo cuidaremos de Lily encantados.

Cam no estaba muy convencido de que Maverick aceptara la propuesta, pero no le dijo nada a su hermano. Permaneció un rato en silencio, bebiéndose la cerveza a pequeños sorbos, sin saborearla realmente. Pensaba en Maverick, en la noche en la que habían salido a cenar los dos solos semanas atrás, en su sonrisa

mientras coqueteaban apoyados en la barra del bar, en la forma en la que lo había mirado. Recordó también sus encuentros durante las fiestas navideñas. Maverick había mostrado también entonces parte de esa extraña tristeza de la que no parecía conseguir deshacerse; si bien, en otros momentos había reído, reído de verdad, como la Maverick de años atrás. En la cabaña del árbol, había visto en ella a la chica de dieciséis años de la que se había

enamorado. ¿Qué era lo que convertía esos momentos en algo diferente? ¿Por qué ella parecía alejarse de él cuanto más se acercaba Cam a su hija?

Becca había dicho que Maverick se preocupaba por todo, sobre todo en lo concerniente a Lily, pero aquello no podía ser por su hija; Maverick parecía feliz con la relación que se había establecido entre Cam y la niña...

Y entonces lo comprendió. Revisó mentalmente cada momento, pasado y presente, en el que Maverick y él habían estado juntos, repasó cada conversación, cada mirada; evocó la imagen de los dos críos que habían sido años atrás y la de los dos adultos en los que se habían convertido. Sus vidas habían sido diferentes; sus familias, tan distintas.

—Creo que sé lo que le pasa —admitió en voz alta, reclamando la atención de su gemelo.

Sean enarcó las cejas. Se incorporó un poco en el sofá y dejó su cerveza a un lado, dispuesto a escuchar las teorías de Cam.

—¿Y bien? —le dijo.

Cuantas más vueltas le daba Cam, más convencido estaba de que sus suposiciones tenían que ser correctas. Conocía a Maverick, no importaba el tiempo que hubieran pasado sin verse, y ella también lo conocía a él, o eso creía.

—Voy a necesitar que me hagas un favor —repuso Cam, inclinándose para que Sean pudiera ver su expresión.

Su gemelo apenas tardó unos segundos en responder, lo justo para que la unión que compartían, y que les permitía descifrar el pensamiento del otro con una simple mirada, le dijera lo que necesitaba saber.

—Lo que quieras, hermanito —replicó Sean, sonriendo—. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Me alegra que Lily esté tan feliz —aseguró Becca, y Maverick asintió.

Estaban aún en su casa en Half Moon Bay, aunque se suponía que deberían haberse marchado a UCLA la tarde anterior. Pero Aria la había llamado un par de días antes. Junto con Max, quería darles una sorpresa a los gemelos. Irían con Lily y con ella para la celebración de su cumpleaños, pero no podían viajar hasta el sábado por la mañana. Así que había retrasado su salida para poder ir todos juntos.

Cam se había mostrado decepcionado cuando lo había llamado para decirle que le habían cambiado el turno en el último momento y que llegarían a UCLA el sábado poco después de la hora del almuerzo, en vez del viernes por la tarde.

Sin embargo, Maverick estaba segura de que se alegraría al descubrir que Max y su hermana iban con ellas.

—Lo está llevando muy bien —terció, en respuesta al comentario de su madre.

Lily había asumido con relativa tranquilidad que Cam era el padre que creía al otro lado del mundo. Maverick se sentía estúpida por haberle contado esa historia a su hija y la culpabilidad había planeado sobre su cabeza de forma constante en los últimos días. A pesar de lo bien que se había desarrollado todo al confesarle la verdad a la niña, ella continuaba albergando dudas acerca de lo que le depararía el futuro en lo concerniente a Cam. No dudaba de que sería un padre estupendo para Lily, uno que nada tendría que ver con el suyo, y que se desviviría por su hija. Sabía que, tras la graduación, se quedaría en California, no importaba cuáles hubieran sido sus planes anteriores; e incluso, era muy probable que decidiera mudarse a Half Moon Bay.

—¿Y tú? —inquirió Becca, al pie de la escalera.

Maverick alzó la mirada hacia la parte superior. Estaban esperando a que Lily eligiera qué peluche se llevaría consigo a UCLA, las maletas ya estaban en el coche y se marcharían en cuanto la niña bajara.

—¡Vamos, Lily! Se hace tarde —gritó, para que la pequeña pudiera oírla desde la planta superior.

Fue una forma de ganar algo de tiempo antes de contestarle a su madre, porque en realidad no tenía ni idea de cómo responder.

—Yo estoy bien —dijo por fin, pero Becca no la creyó.

—Sabes que a mí no me supone ningún problema que estés con un Donaldson, ¿verdad?

Maverick agitó la cabeza, ese no era el problema.

—Lo sé, mamá, pero Cam y yo no estamos juntos.

Su madre rio.

—Será porque tú no quieres. Él parece más que dispuesto.

Maverick suspiró.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Se encogió de hombros. No quería tener esa conversación con su madre a pesar de que, con toda probabilidad, ella comprendería sus miedos mejor que nadie.

—Lily es lo importante ahora —afirmó, evitando contestar.

Becca dejó de sonreír y una arruga cruzó su frente en señal de disgusto.

Continuaba siendo joven para ser abuela de una niña de seis años, e incluso lucía mejor aspecto que durante los años que estuvo casada. Es más, Maverick sabía que de vez en cuando tenía citas, algo que ella sin duda aprobaba.

—Tú también eres importante, Maverick. Todos queremos a Lily, tú más

que nadie. No tienes nada que demostrar —aseguró la mujer—. Eres madre, sí, pero tienes solo veintitrés años. Te mereces ser feliz y, aunque no me has pedido mi opinión, tengo la sensación de que Cam ayudaría mucho a que lo fueras.

Resonaron pasos apresurados en la planta superior y Lily apareció corriendo escaleras abajo.

—Despacio —la reprendió Maverick; la excusa perfecta para no ahondar en lo que su madre había dicho.

—¡Estoy lista! —dijo la pequeña, en cuanto se reunió con ellas.

Agitó en el aire el peluche del gatito gris tan parecido a Perseo mientras sonreía.

Maverick se despidió de su madre con un beso en la mejilla, y esta le dedicó una mirada elocuente, sabedora de que había esquivado sus preguntas.

—¡Vamos, vamos! —las urgió Lily, deseosa de emprender el viaje—.

¡Quiero ver a papá!

Tanto Maverick como Becca desviaron la vista hacia ella. Era la primera vez que se refería a Cam así.

—Bueno, al menos una de las dos lo tiene claro —farfulló Becca en voz

baja, lo suficiente como para que solo Maverick la oyera.

Lily abrazó a su abuela y, acto seguido, tomó a Maverick de la mano para arrastrarla hacia la entrada. Ella se dejó llevar. También tenía ganas de ver a Cam, muchas más de las que estaba dispuesta a admitir.

Pasaron con el coche por Berkeley para recoger a Max y a Aria, y pusieron rumbo a UCLA. Había decidido salir muy temprano, casi al amanecer, ya que les esperaban algo más de siete horas de carretera, siete largas horas en las que Maverick no dejó de pensar ni un momento en el sermón de su

madre; sin embargo, para cuando aparcaron frente al edificio del campus en el que vivían los gemelos, la expresión de Maverick albergaba más tristeza y resignación que nunca.

Lily atravesó la puerta del apartamento como una exhalación y se lanzó sobre Cam al grito de «¡Papá!». Maverick vislumbró la sorpresa en su rostro y le regaló una sonrisa al descubrir también la humedad que se acumuló de forma repentina en sus ojos.

—¡Feliz cumpleaños! —le dijo la pequeña, y, en brazos de su padre, se giró, buscando a Sean con la mirada—. ¡Feliz cumpleaños, tito Sean! —Se quedó unos instantes pensando antes de añadir—: Eres mi tito de verdad...

Todos rieron.

Cam le dio un beso a Lily y, tras estrecharla un poco más entre sus brazos, la dejó en el suelo para permitir que saludara también a su gemelo y a Olivia.

Habían preparado una pequeña celebración allí mismo, en el apartamento, nada demasiado espectacular en comparación con las de otros años. Pero parecía lo más adecuado para poder celebrarlo en familia.

«Familia».

Maverick contempló a Cam mientras se acercaba a ella. Él se inclinó e invadió su espacio personal sin ningún pudor, y depositó un beso en su mejilla, muy cerca de la comisura de su boca.

—Hola —le dijo él, y esbozó una media sonrisa que hizo que las rodillas se le aflojaran.

Era difícil resistirse al famoso encanto de los Donaldson, y ella llevaba semanas luchando para no caer enredada en él.

—Hola —respondió, sosteniéndole la mirada a pesar de la intensidad con la que Cam la observaba, como si pudiera ver dentro de ella—. ¡Feliz

cumpleaños, Cam! —añadió, y aprovechó para reclamar la atención de Lily.

Había preparado dos regalos para los gemelos, y sabía que su hija estaba

ansiosa por entregárselos. La niña los había metido en la mochila que aún colgaba de su espalda y le había rogado a Maverick que le permitiera dárselos en cuanto llegasen, sin esperar a la celebración. Así que, en cuanto hubo repartido besos y abrazos entre todos los presentes, Lily se sentó en el suelo y los sacó. Se los entregó a Cam y Sean con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Mis regalos! —les dijo, y luego añadió—: También son de parte de mami.

Maverick sonrió. A Sean le habían enmarcado una bonita foto de Lily y él que Olivia le había enviado a Maverick y que ella se encargó de imprimir. Era del día en el que habían asistido al partido, por lo que Lily llevaba la gorra y la sudadera del equipo de Sean.

—Tendremos que hacernos otra cuando fiche por los Rams, pequeñaja —le dijo Sean, revolviéndole el pelo, y la niña asintió, feliz de que le hubiera gustado.

El regalo de Cam era similar, aunque mucho más especial. Cuando lo desenvolvió, se encontró tres abultados álbumes de fotos. Sentado también en el suelo, y bajo la atenta mirada de Lily, Maverick y el resto del grupo, abrió el primero de ellos. Conforme pasaba las páginas, repletas de fotos de Lily que reflejaban cada momento desde su nacimiento hasta el presente, su expresión se iba transformando. Nadie dijo nada cuando varias lágrimas resbalaron por sus mejillas, aunque todos se percataron de ello.

A pesar de la decisión de no llamar nunca a Cam y contarle la verdad, Maverick siempre había albergado la esperanza de ser lo suficientemente valiente como para ir en su busca y hablarle de la existencia de Lily. Sabía que nada podría enmendar la pérdida de todos esos momentos, pero había querido asegurarse de que, al menos en parte, Cam

pudiera disfrutar de ellos.

—Es... es... —A Cam no le salían las palabras.

Tiró de Lily y ambos se fundieron en un abrazo que le encogido el corazón a Maverick.

—¿Te gusta, papá? —inquirió la pequeña, convirtiendo las lágrimas de Cam en una maravillosa sonrisa—. Mamá dijo que esto te gustaría.

Él asintió y elevó la vista hasta Maverick. Sus miradas se encontraron a mitad de camino; la de Cam, agradecida, y la de Maverick, tan emocionada como pudiera estar él mismo.

—Gracias —articuló a duras penas, para luego concentrarse de nuevo en Lily—. Muchas gracias —le dijo a esta.

Celebraron el cumpleaños con algo a medio camino entre una merienda y una cena. Cuando Olivia y Maya se disponían a sacar las dos tartas que habían comprado para los gemelos, llamaron al timbre de la puerta y Aria, situada algo más cerca, se apresuró hacia la entrada.

—¿Has invitado a alguien más? —le preguntó Cam a su gemelo, pero este se encogió de hombros.

Ninguno de los dos sabían de quién podía tratarse. Aria, sin embargo, sonrió incluso antes de abrir la puerta.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó la señora Donaldson, en cuanto atravesó el umbral.

—¿Mamá?! —replicaron los gemelos al unísono.

Cam y Sean se pusieron en pie y sendas sonrisas aparecieron en sus rostros.

Su madre siempre había sido reacia a coger el avión, incluso cuando, meses atrás, Sean había estado hospitalizado por un duro placaje en uno de sus partidos, había sido su padre el que se había trasladado hasta California para estar a su lado.

—¿No creeríais que iba a perderme vuestro cumpleaños? —repuso la mujer, y sus ojos se posaron entonces en Lily.

Al descubrir la expresión de ternura con la que su madre observaba a la pequeña, y a pesar de que echaba muchísimo de menos a su padre, Cam sintió que por fin el hueco de su pecho se cerraba. Que, de alguna manera, las piezas dispersas de su corazón se recolocaban. Fuera lo que fuese lo que le deparara el futuro, contaba con una familia que siempre lo arroparía.

Ahora solo quedaba una última pieza por encajar: Maverick.

22

—Creo que tu madre adoptaría a Lily sin pensárselo dos veces — bromeó Maverick, y acto seguido se dio cuenta de lo que acababa de decir.

Lily llevaba el apellido «Parker». Cam no constaba como padre de la niña.

—Respecto a eso... —repuso Cam, titubeante—. Me gustaría que realizáramos los trámites para que fuera mi hija a efectos oficiales.

Maverick asintió, había contado ya con que eso sería lo que él querría, y estaba de acuerdo.

—Bueno, ha sido una celebración... interesante —terció ella, contemplando la escena.

Seguían todos en el salón del apartamento de los gemelos. La señora Donaldson, que se había puesto de acuerdo con Aria para viajar desde Ohio y sorprender a sus hijos, estaba encandilada con su nieta y, además, había tratado a Maverick casi con mayor amabilidad que la que mostraba a sus propios hijos.

Cam se deslizó un poco sobre la pared en la que ambos se apoyaban y se colocó tan cerca de Maverick que sus brazos se rozaron.

—¿Quién ha dicho que haya terminado? —dijo él, con un tono travieso que le provocó un escalofrío.

Cam parecía más feliz que nunca, casi tan despreocupado como cuando tenía quince años y vivían en Baker Hills; el pensamiento hizo sonreír a Maverick.

—Mi madre, Sean y Olivia van a quedarse cuidando de Lily —señaló él—, y tú y yo y los demás vamos a irnos de fiesta.

Cam no aceptó una negativa por respuesta. Por lo que le dijo, los miembros de la hermandad a la que tanto Sean como él pertenecían no habían renunciado a celebrar una fiesta en honor al *quarterback* estrella de los Bruins y a su gemelo.

Aunque Sean faltaría, ya que se había ofrecido a cuidar de Lily, Cam, Aria, Max y Maya sí que pensaban asistir.

—Debería quedarme yo y que Sean fuera —objetó Maverick, sintiéndose culpable—. No debería perderse su propia fiesta.

—Yo ya tengo mi fiesta aquí —replicó el aludido, sosteniendo a su sobrina entre los brazos y poniéndola cabeza abajo.

Olivia, que los observaba divertida, se acercó a Maverick.

—La primera sorprendida soy yo, pero te aseguro que no lo echará de menos. No es que vaya a aburrirse —le dijo, y señaló en dirección al gemelo.

Sean había perdido ya el interés en la conversación y se había centrado de nuevo en la pequeña—. Salid y divertíos, estaremos bien.

La chica se ofreció a prestarle también algo de ropa, como ya había hecho semanas atrás, pero Maverick había venido preparada en esta ocasión.

Aun convencida de que no lo iba a utilizar, había añadido a su equipaje un precioso vestido que no había tenido oportunidad de estrenar. Lo había comprado en un arrebato absurdo, dado que no solía arreglarse tanto, pero ahora se alegraba de haberlo traído consigo.

—Está bien —cedió finalmente—. Iré a cambiarme.

Cam olvidó parte de lo que se había propuesto para esa noche cuando Maverick salió de su habitación lista para marcharse a la fiesta.

Llevaba un vestido verde esmeralda que le llegaba a medio muslo y que se ajustaba a sus curvas con tanta precisión que empezó a plantearse si llevaría algo debajo. El pensamiento no ayudó demasiado a que recuperara la lucidez, tampoco a que cerrara la boca a pesar de las risitas que se escucharon a lo largo de la estancia.

Por un momento lo único que vio fue a la Maverick de dieciséis años ascendiendo por la escalinata de su antiguo instituto para reunirse con él.

Aunque no se trataba del mismo vestido, ella brillaba tanto como lo había hecho aquella noche, y estaba aún más guapa que entonces.

Cam también se había cambiado, aunque sus vaqueros negros y el jersey oscuro que se había puesto no tenían mucho que ver con el traje que había llevado aquel día. Sin embargo, Maverick sonrió cuando sus miradas se encontraron.

Sean le dio un par de palmaditas en la espalda a su gemelo.

—Pasadlo bien —le dijo, y bajó la voz para susurrarle—: No le des opción, hermanito.

La determinación de Cam no había decaído. Solo esperaba que su corazonada acerca de Maverick fuera cierta.

La fiesta en la hermandad ya se había desmadrado incluso antes de la llegada de los anfitriones. Cam se vio arrastrado por la casa por los compañeros de equipo de su gemelo a pesar de sus protestas. La ausencia de Sean despertó la curiosidad de sus amigos, que se vio aún más incrementada cuando Cam no dudó en decir que se había quedado a cargo de su propia hija.

—¿Tienes una hija? —lo interrogó uno de los *running back*, mientras le

ponía un vaso rojo en la mano y lo rellenaba solo Dios sabe con qué.

Él se demoró dando algunas explicaciones, no demasiadas, solo las necesarias para que sus amigos formaran parte también de esa nueva faceta de su vida. Pero lo que en realidad quería era regresar de nuevo junto a Maverick.

Le dio un trago a su bebida para descubrir que se trataba de whisky.

Aunque no solía tomar bebidas tan fuertes, se dijo que la noche bien lo merecía y a punto estuvo de apurar todo el contenido de un solo trago. Buscó la espalda ancha de Crowley entre los que se apiñaban en la cocina de la casa, repartidos alrededor de varios barriles de cerveza. No habían escatimado en gastos para celebrar el cumpleaños de los gemelos, aunque tampoco era que necesitaran una excusa para montar una fiesta.

Tardó un poco en localizar al defensa. Sabía por su hermano que Olivia y él habían tenido algo antes de que esta conociera a Sean, pero eso no había afectado en absoluto a la buena relación que había entre ellos. Había sido a Crowley al que Sean había recurrido para que le echara una mano con sus planes para esa noche.

—¡Ey! ¿Qué tal, tío? —lo saludó Cam, cuando lo vio aparecer por fin en el umbral de la cocina.

Crowley estrechó su mano y le dio una palmadita en la espalda.

—Está todo listo —aseguró, sin permitirse ni una sola sonrisita socarrona

—. Espero que vaya todo bien.

—Yo también. Gracias por todo.

El defensa asintió y se dirigió hacia uno de los barriles, y Cam se vio por fin libre de regresar junto a Maverick. Rellenó su vaso, lo volvió a vaciar casi de inmediato y se dirigió al salón para ir en su busca, decidido a disfrutar

de una noche muy especial a su lado.

Maverick se encontraba con Aria y Maya, bailando en el salón más espacioso con el que contaba la residencia. Aquella era una de las hermandades más populares de todo el campus y las celebraciones eran parte de la rutina habitual de sus miembros, pero Maverick nunca había estado en una fiesta universitaria, por lo que todo era nuevo para ella.

—¿Max no baila? —le preguntó a Aria, que soltó una carcajada al escucharla.

—Tal vez cuando se tome un par de copas, y no creo que ni siquiera entonces.

Max, apoyado en una pared cercana, se limitaba a observarlas sin perder

detalle de la escena. Las tres chicas ya habían atraído las miradas de parte de los presentes. Salvo algunos de los compañeros de equipo de Sean, nadie conocía a Maverick, y su melena pelirroja llamaba la atención poderosamente. Aunque ella no era demasiado consciente de ello, no al menos hasta que unas manos se deslizaron por sus caderas y la arrastraron hacia atrás.

Se sobresaltó en cuanto sintió la caricia y su primer instinto fue lanzar el codo y clavarlo en las costillas de quién fuera que se hubiera atrevido a tocarla sin su permiso. Cam soltó una maldición al recibir el golpe, pero no perdió del todo la sonrisa.

—Me lo tengo merecido —le dijo, resoplando, cuando Maverick se giró para increparlo.

El enfado de la chica se disolvió tan rápidamente como había aparecido y su expresión reflejó una expresión culpable que hizo reír aún más a Cam.

—Lo siento —se disculpó, pero él negó.

—No esperaba menos de ti. —Echó un vistazo alrededor. Había

bastante gente bailando, personas entrando y saliendo de la sala y otras charlando en las zonas más cercanas a las paredes—. No conozco a la mayoría de esta gente.

Maverick se encogió de hombros.

—Yo tampoco.

Una sonrisa tironeó de las comisuras de la boca de Cam y avanzó un paso hasta situarse de nuevo muy cerca de ella.

—Entonces —le dijo, bajando un poco la cabeza para mirarla directamente a los ojos—, podemos ser quiénes queramos. Quizás... solo un chico y una chica que van juntos a un baile —agregó, y Maverick comprendió que también él recordaba lo mucho que se parecía su vestido al que una vez había llevado para asistir con él a uno de los bailes de su instituto.

Cam rodeó su cintura con un brazo y la atrajo con suavidad hasta que no quedó espacio alguno entre sus cuerpos. Sus alientos se enredaron hasta formar uno solo, y Maverick se estremeció al percibir lo mucho que añoraba el sabor de sus besos.

La mirada celeste de Cam barrió su rostro, deteniéndose brevemente en su boca y alcanzando luego sus ojos. Parecía a punto de besarla...

—¿Vamos a por algo de beber? —propuso entonces, y la soltó.

No fue capaz de esconder del todo su decepción.

—Sí, claro —acertó a responder.

Cam la tomó de la mano, entrelazando los dedos con los suyos, y se encaminó hacia la cocina después de advertir a los demás de que iban a por bebidas.

—¿Sabes? He estado pensando mucho en nosotros —le dijo a Maverick.

—Cam... —comenzó ella, pero él colocó un dedo sobre sus labios

para acallarla.

Lo mantuvo ahí más de lo necesario. Solo después de un largo instante, lo retiró y continuó avanzando entre la gente.

23

Consiguieron bebidas para todos y volvieron con el resto del grupo para seguir disfrutando de la fiesta. Cam rio, bromeó e incluso bailó, y Aria logró arrancar a Max de su lugar junto a la pared y hacer que se uniera a ellos.

Maverick se esforzó en olvidar el breve acercamiento entre Cam y ella, y se concentró en disfrutar de la noche sin más expectativas que las de pasar un buen rato con todos.

Tras varias horas allí, Maverick tenía que reconocer que se lo estaba pasando como nunca. Tal vez fuera estúpido por su parte sentirse así; pero después de años sin acudir a una fiesta, la sencillez de poder compartir un rato con amigos, reír, bailar y hablar con ellos resultaba reconfortante. Más aún teniendo en cuenta que uno de esos amigos era Cam Donaldson.

No había dejado de mirarla en toda la noche, de dedicarle sus mejores sonrisas torcidas, las mismas que conseguían hacerla temblar de pies a cabeza, y habían bailado juntos en varias ocasiones. Bebió más cerveza de la que probablemente debería y rio tanto que le dolía el estómago. Los roces descuidados y aparentemente accidentales de Cam le quemaban la piel; y, mientras dejaba que la música retumbara en su pecho y guiara sus movimientos, empezó a desear que esas caricias sutiles se convirtieran en algo más.

Siempre se había sentido así con él. Durante siete largos años había añorado su ternura, las risas, el tacto de sus dedos sobre su piel, el cielo sin fin en el que se convertían sus ojos cuando la miraba... Y ahora que lo tenía delante se negaba a dejarse arrastrar de vuelta a sus brazos.

Mientras bailaba con Aria y sus pensamientos vagaban en un recorrido

minucioso por las últimas semanas, percibió a Cam detrás de ella, muy cerca. No había manera de que supiera realmente que se trataba de él; sin embargo, lo sabía. Quizás por el calor que ascendía desde la parte baja de su espalda o por el aroma que la envolvió cuando dio un paso atrás y se recostó levemente contra su pecho. Estaba un poco mareada, acalorada también, seguramente por el alcohol y por la atmósfera cargada que se respiraba a esas alturas en el interior de la hermandad.

Los brazos de Cam rodearon su cintura y la apretaron un poco más.

—¿Te diviertes? —murmuró en su oído, y su aliento revoloteó sobre la piel del cuello de Maverick.

Una descarga atravesó su columna de arriba abajo, estremeciéndola; estaba segura de que él lo había advertido.

Asintió despacio. No le veía la cara, pero Cam sonreía. Deslizó los dedos sobre la tela de su vestido unos centímetros hacia arriba y el pulso de Maverick se desbocó. ¿Cómo era posible que la hiciera sentir tanto con tan poco?

—Me alegra que lo estés pasando bien, pero... —Dejó el resto de la frase en el aire mientras la hacía girar sobre sí misma.

No llegó a salir de la cárcel de sus brazos, pero ahora estaban frente a frente, y no estaba en absoluto preparada para encararse con él. En su mirada brillaba de nuevo la determinación que había visto el día que la encontró en Half Moon Bay.

—¿Pero? —inquirió Maverick.

Sin querer, bajó la vista hasta tropezar con sus labios entreabiertos; en ellos se dibujó una sonrisa canalla.

—Tengo una sorpresa para ti.

No le dio opción a contestar o preguntarle de qué se trataba. Se vio arrastrada entre los universitarios que copaban ya la estancia. La llevó

de la mano por un pasillo y de ahí pasaron a la cocina, en la que un nutrido grupo de gente continuaba sirviéndose más y más bebida. Salieron al exterior por la puerta trasera y fueron a dar a un extenso jardín. También allí había gente, aunque en menor medida que en el interior. Casi todos estaban sentados en el porche o en las escaleras que descendían hasta el césped.

Maverick caminó con cuidado, prestando atención a donde ponía los pies, hasta que se encontraron en el jardín. Cam estaba a su lado, sosteniendo aún su mano, y siguió su mirada para descubrir lo que supuso que los había llevado hasta allí. En mitad de la pequeña explanada se alzaba un gran árbol y, sobre sus ramas, había una casita de madera cubierta de decenas de pequeñas luces. De inmediato, se vio transportada a Baker Hills, a la cabaña del árbol que había sido su refugio durante tanto tiempo en el pasado.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir, conmocionada por el torrente de recuerdos que se había desatado en su mente.

La casita era algo más pequeña que la original y ni mucho menos había sido construida con el mismo mimo que en su día empleara el padre de Cam, pero le pareció igualmente maravillosa.

—Hace años que los de la hermandad la usan para los novatos —le dijo

Cam, aunque ella continuó con la vista en el árbol—. Pero me he asegurado de que esté todo limpio y no haya nadie en ella. Me preguntaba...

Maverick ladeó la cabeza hasta que sus ojos se posaron en el rostro de Cam y encontró sus mejillas ligeramente ruborizadas. Se preguntó si él era consciente de lo encantador que resultaba que fuera capaz de sonrojarse y parecer tan avergonzado. Esa era una de las muchas cosas que le gustaban de él, y que eso no hubiera cambiado, ahora que era un hombre y no un chico de quince años, resultaba casi un milagro.

—Ven —le dijo él, y ella no dudó en seguirlo.

Ignoraron las miradas curiosas y los silbidos que despertaron al comenzar a ascender por la escalerilla que llevaba hasta la cabaña. En el interior, apenas

si había espacio para un sofá y una estantería desvencijada que alguien debía haber ordenado apresuradamente; unos cuantos libros en ella y más de aquellas pequeñas tiras de luces colgaban de las paredes. Había también una botella de vino con dos copas.

Música empezó a sonar dentro de la cabaña y Maverick giró sobre sí misma para encontrarse a Cam con el móvil en la mano y una sonrisa tímida bailando en sus labios. Dejó el teléfono sobre la estantería antes de reunir valor para volver a hablar.

—Baila conmigo una vez más, Mave —Le tendió la mano mientras los primeros acordes de la canción sonaban, la misma canción que habían bailado la noche de fin de año: *Perfect*, de Ed Sheeran.

Agarró sus dedos, abrumada por la intensidad de su mirada, y Cam la sostuvo entre sus brazos con la delicadeza del que piensa que podría romperse si apretaba demasiado. Comenzaron a mecerse a un ritmo lento y suave. Ella apoyó la cabeza en su pecho y se sorprendió cuando él comenzó a cantarle muy bajito al oído. La letra era... Era para ellos, como su propia historia hecha canción...

Lágrimas anegaron sus ojos y, aunque se dijo que no lloraría, no pudo evitar que se deslizaran por sus mejillas. Pero Cam continuó tarareando: *Darling, just hold my hand.*

Be my girl. I'll be your man.

I see my future in your eyes.

Después de todo por lo que él había pasado en los últimos meses, de que la muerte de su padre lo destrozara por dentro, ese instante lo hizo sentir como si todo volviera a estar bien, como si, a pesar de las pérdidas, la vida le diera una segunda oportunidad para ser feliz. Realmente, veía su futuro en los ojos de

Maverick.

—No, no llores, Mave —susurró, y, uno a uno, secó los surcos húmedos de su

rostro con la yema de los dedos—. Por favor —rogó, y tomó entonces su rostro entre las manos.

Aun balanceándose, se observaron el uno al otro en silencio. Maverick dudó, dudó por primera vez de que sus miedos fueran reales. Quizás... quizás no debería seguir huyendo de él y de los sentimientos que la devoraban por dentro.

Y comprendió que había llegado el momento de hacerles frente, que él merecía saber...

—Cuando me enteré... cuando supe que estaba embarazada... —Hizo un pausa, luchando por recuperar el control de su voz. Cam mantenía sus ojos fijos en ella, ojos repletos de esperanza y un amor tan profundo que era imposible de ocultar—. Imaginé lo que dirías al enterarte. Imaginé el momento en que regresarías de Lostlake y yo te contaría la verdad.

—Yo hubiera...

—Lo sé, Cam —lo interrumpió ella, porque esa era la certeza que la había llevado a callar durante tanto tiempo—. Sabía que te harías cargo, sabía que sacrificarías todo por hacer lo correcto. Siempre fuiste demasiado responsable, Cam, incluso con quince años. Siempre te preocupaste demasiado por mí, por mi bienestar... Sabía que continuarías conmigo aunque dejaras de quererme, aunque no me amaras lo suficiente como para compartir tu vida conmigo. Lo harías porque eso era lo que se supone que debías hacer.

Maverick alzó la mano con rapidez y la colocó sobre sus labios, impidiendo que él replicara. Se había estado guardando aquella amargura dentro durante tanto tiempo que ahora no había manera de que pudiera detener las palabras.

—Vi lo que eso les hizo a mis padres, vi en qué se convirtieron y lo que les hizo; lo que me hizo a mí. Puede que Lily no fuera una niña buscada, pero incluso antes de que naciera yo la quería... —Apretó un momento los dientes, permitiendo que la rabia también saliera—. La quería porque era tu hija también.

No deseaba que pasara por lo que yo pasé, ni que tú... tú... Ni que tú estuvieras conmigo por obligación.

Cedió de nuevo a las lágrimas, recordando la infinidad de veces en las que había estado a punto de ponerse en contacto con Cam para hablarle de Lily. Ella sabía que acudiría, que no dudaría un instante. Quizás por eso le había sorprendido tanto que, al descubrir su existencia en Baker Hills, él se hubiera mostrado tan horrorizado.

—No puedo creer que pensaras que era de Sean —sollozó.

Maverick se removió para que la soltara, ahogándose en sus propias lágrimas, sintiéndose mal por no saber, aún ahora, si había obrado mal o bien al permitir que él viviera su vida como un adolescente normal, sin más responsabilidades que las que él mismo ya se encargaba de acarrear sobre sus hombros.

Pero Cam se mantuvo firme y no le permitió deshacerse de él. Aferró su cintura y la obligó a permanecer cerca.

—Fui un estúpido —le dijo, a pesar de todo—. Me sentí morir al pensar que las dos personas a las que más quería me habían traicionado —confesó, mirándola fijamente a los ojos; su verdad más expuesta que nunca—. Y debería haberme dado cuenta antes de qué era lo que te preocupaba. No lo entiendes, Mave... Hubiera hecho lo correcto, sí, pero yo te quería... Te amaba, no me importaba lo que tus padres o los míos pensarán de eso. Te amaba y te sigo amando ahora. Y te voy a seguir amando; no porque seas la madre de mi hija, sino porque eres tú. Quiero estar contigo... y quiero que sonrías, que sonrías de verdad —afirmó, empujando un poco su barbilla hacia arriba—. Estoy jodidamente enamorado de esa sonrisa.

Maverick sonrió a pesar de las lágrimas que rodaban por sus mejillas. No había manera de no hacerlo. Cam también sonrió antes de ceder finalmente al impulso que había estado conteniendo durante toda la noche, durante cada minuto que había pasado con ella, y la besó.

Se abrió en canal para ella y volcó en ese beso todos y cada uno de

sus sentimientos, los «te quiero» que no le había dicho, las caricias que no había podido brindarle, los abrazos que no había llegado a darle mientras estaban separados. Se lo enseñó todo, y Maverick tembló al percibir la ternura, el amor, la devoción, su entrega... Puede que hubiesen pasado años lejos uno del otro, pero en ese instante fue como si jamás hubieran dejado de amarse.

—Voy a estar contigo, Mave, porque eso es lo que quiero y lo que me hace feliz. Nada me obliga más allá de lo que siento por ti —le aseguró, y ella supo que era verdad.

Y en una cabaña en un árbol, con la música flotando a su alrededor, volvieron a besarse, comprendiendo por fin que el futuro de uno siempre había estado en los ojos del otro.

Epílogo

—No siempre será invierno —dijo Cam, haciendo malabarismos para mantener el móvil contra la oreja.

Lily estaba sobre su regazo comiéndose otra galleta. Parecía que al final sí que había acertado con algunas de sus preferencias. Maverick, a su lado, se encontraba recostada sobre él. Cam no podía ser más feliz; las tenía, a ambas, e iba a seguir compartiendo su vida con ellas.

—Sí, ya —replicó Lea, al otro lado de la línea—, como que la primavera llega mañana. Pero ¿qué se supone que significa eso?

Cam sonrió.

—Que las cosas empezarán a ir a mejor.

Lea no estaba segura de que eso fuera a pasar en su caso, pero no quería atosigar a su primo con los detalles de su pésima vida social. El había estado llamándola para interesarse por cómo iban las cosas en el instituto y, en una de esas llamadas, le había confirmado lo que su tía ya le había dicho: Cam era padre de una niña de seis años, la misma que ambos habían visto patinando en el lago en Baker Hills durante las navidades junto

con su madre, Maverick Parker.

No dejaba de sorprenderla que los tres hermanos Donaldson hubieran encontrado el amor en menos de un año. Aria, en verano en Lostlake; Sean, durante el otoño en la universidad; y Cam, en el invierno que llegaría a su fin la mañana siguiente, se había reencontrado con la chica de la que se había enamorado en la adolescencia y había formado una familia. La Leah del pasado seguramente hubiera sentido una envidia malsana, pero ya no era esa chica.

Ahora se alegraba por ellos.

—¿Vas a venir a hacernos una visita? Quiero conocer a Lily —le dijo, rehuendo el tema que sabía que preocupaba a Cam.

—Bueno, la boda de Sean y Olivia será en verano en Lostlake. Nos veremos allí seguro. —Cam echó un vistazo a Maverick, que le guiñó un ojo. Ya habían hablado del tema y ella estaba deseando conocer Lostlake—. Pero pueda que podamos escaparnos antes.

Cam se estaba aplicando incluso más que de costumbre para sacar adelante las asignaturas que le restaban para graduarse. Sean ya había firmado con los Rams para jugar con ellos la próxima temporada, y todos se quedarían a vivir en

California. Incluso su madre se estaba planteando vender la empresa familiar y trasladarse para estar más cerca de ellos, pero Baker Hills siempre sería un hogar al que los Donaldson no dudarían en regresar.

Hablaron durante un rato más y, cuando colgaron, Lea permaneció tumbada sobre la cama de su habitación mirando el techo. Había acabado un trabajo que tenía que entregar al día siguiente y no tenía otros deberes pendientes, tampoco nada que hacer. Así que cogió los libros que había sacado de la biblioteca y se dijo que podría acercarse a devolverlos.

Los días transcurrían con demasiada pereza en Baker Hills, al menos para ella. Pero la llegada de la primavera anunciaba el principio de un final que ella estaba más que deseosa de alcanzar. En unos pocos meses se

graduación en el instituto y se olvidaría por fin del infierno que le habían hecho vivir sus compañeros después de lo sucedido con aquella maldita fotografía. Empezaría de nuevo, muy lejos de ese pueblo, en la primera universidad que la admitiera; no le importaba dónde.

Se puso el abrigo y avisó a su madre de que iba a salir. No tardaría. Sus tardes habían estado mucho más ocupadas cuando aún tenía amigas, si podía llamarlas así. Ahora comprendía que la única persona que se había preocupado por ella era Aria, su prima había dado la cara en su nombre a pesar de que eso le había costado su propia reputación. Agradeció en silencio que la hubiera perdonado por todo lo que sucedió luego, no era como si realmente se lo mereciera.

La biblioteca de Baker Hills no era gran cosa, pero Lea había encontrado un refugio en ella. Además de los libros que empleaba para algunas de sus tareas del instituto, había empezado a sacar también otros por puro entretenimiento.

Devolvió los que llevaba y se deslizó entre las exiguas estanterías en busca de nuevas lecturas con las que pasar las horas muertas. Al final, encontró una trilogía completa de fantasía que llamó su atención y decidió llevársela.

Al salir cargando con los tres tomos y su mochila, el aire fresco le arañó la cara y tiró del faldón de abrigo, que había olvidado abrocharse. Mechones de pelo rubio se agitaron frente a sus ojos y maldijo por no ser capaz de retirarlos.

Con suerte, la aceptarían en Berkeley como a Aria y no tendría que pasar otro invierno padeciendo el frío de Ohio.

Sin ver demasiado bien por dónde iba, metió el pie en un charco. No llovía en ese momento, pero en los dos últimos días no había parado y había agua por todas partes. El bajo del pantalón se le empapó al instante y estuvo a punto de

resbalar y acabar con el culo metido también en el charco. Maldijo de nuevo, esta vez en voz alta y de una forma muy imaginativa.

Escuchó un silbido.

—Vaya boca...

Su humor empeoraba por momentos. Seguro que sería alguno de sus compañeros de instituto, muy dispuesto a burlarse de sus miserias y de recordarle lo explícita que había sido la maldita fotografía.

Resopló y dejó de mirarse los pies. Al empezar a levantar la vista lo primero que vio fue unas botas negras de cordones y las ruedas de una moto.

¿Qué clase de loco conducía una moto con ese tiempo? Sus ojos continuaron ascendiendo, deslizándose por un pecho amplio y bien formado, sobre el que el desconocido cruzaba los brazos, y luego... más arriba... tropezó con unos labios curvados en una sonrisa socarrona y unos ojos verdes que brillaban divertidos.

Los mechones de su pelo negro también se agitaban con el aire frío, aunque a él no parecía molestarle. Era guapo, más que cualquier chico con el que Lea se hubiera tropezado jamás, o al menos eso le pareció a ella.

La cuestión era que ese rostro le resultaba extrañamente familiar... Sabía que lo había visto antes, pero no sabía dónde. El chico debía tener al menos un par de años más que ella, por lo que podría tratarse de algún compañero que ya hubiera terminado sus estudios en el instituto y con el que se hubiera cruzado en algún momento por los pasillos. Baker Hills era un pueblo relativamente pequeño, pero no tanto como para que todos sus habitantes se conocieran.

—Tus padres se horrorizarían si supieran las cosas que salen por esa boca

—señaló, y Lea no pudo evitar ponerse a la defensiva.

No le importaba si estaba bromeando, era más que probable que supiera de ella y de lo sucedido el curso anterior y aquello solo fuera otra de tantas burlas.

Empezaba a cansarse.

—Nadie te ha preguntado —le espetó, resentida, y él alzó las manos en señal de rendición.

—Te recordaba más amable, y también más... pequeña.

Sus sospechas eran ciertas entonces, ya se conocían. Pero Lea estaba convencida de que no hubiera podido olvidar una cara como esa, por mucho que su propietario fuera un imbécil arrogante y engreído, especialmente si era así; a su antigua «yo» le encantaban ese tipo de tíos.

«¿Qué fue de mi propósito de no juzgar a los demás?», se reprochó, pero el chico continuaba observándola con un descaro irritante.

Si lo sabía, si había visto la fotografía que había circulado por cada teléfono móvil de todos los alumnos del instituto, no cambiaría nada que se mostrara brusca con él; tal vez así desistiera de su afán de humillarla. Se debatió durante unos segundos, pero al final ganó la batalla la parte de ella que aún luchaba por mantener cierta dignidad.

—Pues yo no te recuerdo en absoluto, así que si no te importa...

Comenzó a caminar por la acera. Volvería a su casa, al calor de su dormitorio, y se sumergiría en el primer volumen de la historia que acarreaba entre las manos. Evadirse con la lectura era, a buen seguro, la mejor forma de esperar a que llegara la primavera.

Pero él dejó la moto atrás y se apresuró a colocarse a su lado.

—No he cambiado tanto —le dijo, mientras se adaptaba a su paso rápido.

Sonreía. Lea lo sabía a pesar de no estar mirándolo, de alguna forma extraña y retorcida era consciente de ello.

Apretó el paso. No estaba dispuesta a soportar más burlas, ni una más.

—¡Vamos, Lea! —rio él, sin darse cuenta de su creciente enfado—. Soy Jared, Jared Payne.

Lea se detuvo al escucharlo, comprendiendo por fin el porqué de tanta insistencia. Él aún dio unos cuantos pasos más antes de darse cuenta de que la había dejado atrás. Giró sobre sí mismo y permaneció en pie en mitad de la acera, observándola.

—Ahora sí que sabes quién soy —repuso, sonriéndole, y Lea hirvió de rabia.

—Sí, sí que lo sé.

Cuando fue a acercarse, ella retrocedió.

—Acabo de volver al pueblo. ¿Quieres... Podríamos ir a tomar algo a Lucky's? —propuso, y su titubeo hubiera resultado adorable de no ser porque era el hermano mayor de Connor, el mismo Connor que había arruinado su vida.

—Vete al infierno, Payne —escupió, desafiante.

Pero, incluso así, Jared no dejó de sonreír.

Agradecimientos

En esta ocasión, quiero empezar agradeciendo su labor a todos los administradores de blogs, páginas literarias y canales de YouTube que fomentan con su labor el amor por los libros y la lectura. Hacen un gran trabajo, no siempre reconocido, y, como lectora y autora, me admira el trabajo que realizan.

En particular, no puedo dejar de agradecer a Nieves, de *Aprovecha la vida cada día*, y a Toñi, de *Viajando a otros mundos*, el apoyo que me brindan siempre.

A Cristina Martín, por ser mi amiga y compartir mi «sufrimiento». El camino se haría más largo y tortuoso sin ti.

A mis queridas chicas H: Nazareth Vargas, Tamara Arteaga, Yuliss M.

Priego y María Martínez. Sin vosotras mi mundo sería más oscuro, sin

duda.

Gracias por hacerme reír y por estar siempre, en lo bueno y en lo malo (somos como un matrimonio, pero con más componentes).

A mi editora, Teresa, por la confianza y el apoyo; y a Borja, porque sus portadas siempre visten a mis historias con la mejor de sus caras.

Gracias a mi familia, siempre. Por ser y estar.

Y por último, a ti, a cada lector que «rescata» uno de mis libros de una estantería y lo devuelve a la vida. Cada novela es un sueño, uno de mis sueños, y sois vosotros quiénes conseguís que los cumpla. Gracias.

Document Outline

- [Copyright](#)
 - [Nota del Editor](#)
- [Parte 2](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
 - [9](#)
 - [10](#)
 - [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)
 - [15](#)
 - [16](#)
 - [17](#)
 - [18](#)
 - [19](#)
 - [20](#)
 - [21](#)
 - [22](#)
 - [23](#)
 - [Epílogo](#)
 - [Agradecimientos](#)